

**Guía de Estudio
de la Biblia**

(Lecciones de la Escuela Sabática)
Edición para Adultos
Enero – Marzo 2017

EL ESPÍRITU SANTO Y LA ESPIRITUALIDAD

Autor

Frank Hasel

Dirección general

Clifford Goldstein

Dirección

Marcos G. Blanco

Traducción y redacción

Walter Steger

Diseño

Ivonne Leichner

Ilustraciones

Lars Justinen

Contenido

Introducción	2
1. El Espíritu y la Palabra	5
2. El Espíritu Santo: Obrando tras bambalinas.....	12
3. La divinidad del Espíritu Santo.....	19
4. La personalidad del Espíritu Santo.....	26
5. El bautismo y derramamiento del Espíritu Santo.....	33
6. El Espíritu Santo y una vida santa	40
7. El Espíritu Santo y el fruto del Espíritu.....	47
8. El Espíritu Santo y los dones del Espíritu.....	54
9. El Espíritu Santo y la iglesia.....	61
10. El Espíritu Santo, la Palabra y la oración.....	68
11. Entristecer y resistir al Espíritu	75
12. La obra del Espíritu Santo.....	82

La oficina de las Guías de Estudio de la Biblia para Adultos de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día prepara estas Guías de Estudio de la Biblia. La preparación de las guías ocurre bajo la dirección general de la Comisión de Publicaciones de la Escuela Sabática, una subcomisión de la Junta Directiva de la Asociación General (ADCOM), que publica las Guías de Estudio de la Biblia. La guía publicada refleja la contribución de una comisión mundial de evaluación y la aprobación de la Comisión de Publicaciones de la Escuela Sabática, y por ello no representa necesariamente la intención del autor.

© 2017 Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día®, Todos los derechos reservados. Ninguna porción de esta Guía de Estudio de la Biblia puede ser editada, alterada, modificada, adaptada, traducida, reproducida o publicada por cualquier persona o identidad sin autorización previa por escrito de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día®. Las oficinas de las divisiones de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día® están autorizadas a realizar la traducción de la *Guía de Estudio de la Biblia*, bajo indicaciones específicas. Los derechos de autor de esas traducciones y su publicación permanecerán con la Asociación General. "Adventista del Séptimo Día", "Adventista" y el logo de la llama son marcas registradas de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día® y no pueden ser utilizados sin autorización previa de la Asociación General.

Colección Guía de Estudio de la Biblia

GUÍA DE ESTUDIO DE LA BIBLIA PARA LA ESCUELA SABÁTICA EDICIÓN PARA ADULTOS (Sabbath School Lessons), (USPS 308-600). Spanish-language periodical for first quarter, 2017. Volume 122, No. 1 Published quarterly by the Pacific Press® Publishing Association, 1350 North Kings Road, Nampa, ID 83687-3193, U.S.A. Subscription price, \$10.72: single copies, \$3.99. Periodicals postage paid at Nampa, ID. POSTMASTER: Send address changes to GUÍA DE ESTUDIO DE LA BIBLIA PARA LA ESCUELA SABÁTICA EDICIÓN PARA ADULTOS, P.O. Box 5353, Nampa, ID 83653-5353. Printed in the United States of America.

TEXTO Y DIAGRAMACIÓN: CASA EDITORA SUDAMERICANA.
IMPRESIÓN Y DISTRIBUCIÓN: PACIFIC PRESS® PUBLISHING ASSOCIATION.

SE PROHÍBE LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL DE ESTE FOLLETO SIN EL PERMISO DE LOS EDITORES

INTRODUCCIÓN

EL ESPÍRITU SANTO Y LA ESPIRITUALIDAD

Muchos de nosotros hemos escuchado las palabras “Te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”. Y, si somos bautizados, seguramente las escuchamos justo antes de que el ministro nos sumergiera en el agua (ver Mat. 28:19).

Bautizados “en el nombre del Padre, y del Hijo y *del Espíritu Santo*”. Sí, el Espíritu Santo es mencionado allí mismo, junto con el Padre y el Hijo.

Y no es de extrañar. La creencia fundamental número cinco de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, “El Espíritu Santo”, dice: “Dios el Espíritu eterno desempeñó una parte activa, con el Padre y el Hijo, en la Creación, en la Encarnación y en la Redención. Es una persona, de la misma manera que lo son el Padre y el Hijo. Inspiró a los autores de las Escrituras. Infundió poder a la vida de Cristo. Atrae y convence a los seres humanos, y renueva a los que responden y los transforma a la imagen de Dios. Enviado por el Padre y por el Hijo para estar siempre con sus hijos, concede dones espirituales a la iglesia, la capacita para dar testimonio en favor de Cristo y, en armonía con las Escrituras, la guía a toda la verdad”.

Sin embargo, cuando leemos la Biblia, especialmente el Antiguo Testamento, vemos la actividad y la obra directa de Dios el Padre. Sus acciones se encuentran por doquier. En el Nuevo Testamento, especialmente en los evangelios, leemos vez tras vez acerca de la obra y la actividad de Jesús, el Hijo. Jesús (su vida, muerte y ministerio en el cielo) domina el Nuevo Testamento.

En contraste con la actividad tanto del Padre como del Hijo, la obra del Espíritu Santo no está plasmada tan abiertamente en ninguno de los dos Testamentos.

Pero, hay una razón para este contraste: el Espíritu Santo no busca ser el centro de atención. Su papel se encuentra más bien tras bambalinas. El Padre y el Hijo son revelados de forma más directa en la Palabra. Y eso se debe a que el Espíritu Santo está allí para señalarnos, no hacia él mismo, sino hacia Jesús y lo que él ha hecho por nosotros.

Al estudiar la obra del Espíritu, veremos cuán central es para nuestra experiencia cristiana. El Espíritu Santo, siendo Dios él mismo, conoce a la Deidad

como ninguna persona puede hacerlo, de modo que puede revelarnos a Dios de una manera confiable y fidedigna. El Espíritu Santo inspiró, primeramente, a los escritores de la Biblia; y hoy nos guía en nuestro estudio de lo que él inspiró para que estos escritores comunicaran. El Espíritu Santo nos da la seguridad de nuestra salvación por medio de Jesucristo (Rom. 8:16), y nos presenta evidencias de la obra de Dios en nosotros (1 Juan 3:24). El Espíritu Santo también nos limpia de pecado y nos santifica: “Ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Cor. 6:11). El Espíritu genera en nosotros un crecimiento en la gracia a lo largo de toda la vida, produciendo en nosotros el fruto del Espíritu: “amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gál. 5:22, 23).

“El Espíritu iba a ser dado como agente regenerador, y *sin esto el sacrificio de Cristo habría sido inútil*. El poder del mal se había estado fortaleciendo durante siglos, y la sumisión de los hombres a este cautiverio satánico era asombrosa. El pecado podía ser resistido y vencido únicamente por la poderosa intervención de la tercera Persona de la Deidad, que iba a venir no con energía modificada, sino en la plenitud del poder divino. El Espíritu es el que hace eficaz lo que ha sido realizado por el Redentor del mundo” (DTG 625; énfasis añadido).

Debido a su papel crucial en la vida de los creyentes, el estudio de este trimestre nos ayudará a comprender mejor el inmenso don que tenemos en el Espíritu Santo.

Frank M. Hasel, Ph.D., es decano del Departamento de Teología en el Seminario Bogenhofen, en Austria, Europa, donde también sirve como director del Centro de Estudios de Elena G. de White. Su esposa falleció de cáncer en 2009; y desde entonces ha aprendido a confiar en la bondad de Dios de nuevas maneras cada día, y experimenta el consuelo, la paz y el poder transformador del Espíritu Santo en su vida.

Lección 1: Para el 7 de enero de 2017

EL ESPÍRITU Y LA PALABRA



Sábado 31 de diciembre

LEE PARA EL ESTUDIO DE ESTA SEMANA: 2 Pedro 1:19-21; 1 Corintios 2:9-13; Salmo 119:160; Juan 17:17.

PARA MEMORIZAR:

“Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Tim. 3:16, 17).

LA BIBLIA DICE LO SIGUIENTE acerca de sí misma: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Tim. 3:16, 17). La Escritura cumple este papel porque es la Palabra de Dios, revelada a la humanidad por medio de la obra del Espíritu Santo. En la Biblia, el Espíritu Santo manifiesta cuál es la voluntad de Dios para nosotros y nos muestra de qué modo vivir una vida que lo complazca.

Sin embargo, la actividad del Espíritu Santo no se circunscribe al pasado remoto, en el origen de la Biblia. Él está involucrado con la Palabra de Dios de muchas otras maneras significativas, aún hoy. Y quizá la más importante sea nuestra lectura de la Palabra y nuestro deseo de entenderla correctamente. Aquí es donde necesitamos al Espíritu Santo. Este mismo Espíritu divino despierta en nosotros el deseo de hacer nuestra la Palabra de Dios y de aplicar sus enseñanzas en nuestra vida. De ese modo, el Espíritu obra con la Palabra escrita y a través de ella, para transformarnos en nuevas criaturas en Cristo.

Esta semana, rastreadremos la obra del Espíritu Santo en relación con las Escrituras.

EL ESPÍRITU SANTO Y LA REVELACIÓN

¿De qué manera se asegura Dios de que su voluntad sea transmitida fielmente a los seres humanos caídos? Lo hace por medio de dos actividades importantes del Espíritu Santo, relacionadas entre sí: la revelación y la inspiración.

En el proceso de revelación, los seres humanos dependemos de la ayuda de Alguien fuera de nosotros mismos para que comprendamos cosas que, como seres creados, no podemos conocer por cuenta propia. Es decir, el Espíritu Santo nos enseña verdades que debemos escuchar de otro (ver, por ejemplo, Dan. 2:19-23); verdades que, de otra forma, nunca podríamos llegar a saber por medios naturales.

La revelación es un proceso en el que Dios se da a conocer al ser humano, junto con su divina voluntad. La idea básica asociada con la palabra *revelación* es la de *desvelar* (quitar el velo), o descubrir; un desvelamiento de algo que, de otro modo, permanecería oculto. Necesitamos una revelación como esa porque, como seres humanos caídos y finitos –separados de Dios por causa del pecado–, estamos grandemente limitados en lo que podemos aprender por nuestra cuenta. Dependemos de Dios para conocer su voluntad. Por lo tanto, dependemos de la revelación de Dios pues no somos Dios y tenemos solo un conocimiento natural muy limitado de él.

Lee 2 Pedro 1:19 al 21. ¿Qué nos dice esto acerca del origen del mensaje bíblico profético? ¿Y acerca del origen divino del mensaje bíblico sobre la autoridad de la Biblia?

Según el apóstol Pedro, el mensaje profético del Antiguo Testamento no es de origen humano. Los profetas fueron movidos por el Espíritu Santo de tal manera que el contenido de su mensaje provino de Dios. Estos hombres no crearon el mensaje por cuenta propia. Fueron meramente recipientes del mensaje, no sus originadores. Pedro fue muy intencional al enfatizar la inspiración del Espíritu como fuente de las profecías: aunque escritas por hombres, “nunca la profecía fue traída por voluntad humana” (2 Ped. 1:21). Y es este origen divino el que da a la Biblia su autoridad última sobre nuestra vida.

Dios utilizó a seres humanos para proclamar su Palabra al mundo. ¿De qué manera podemos nosotros ser utilizados por el Espíritu Santo para hacer algo similar hoy; no para escribir las Escrituras, sino en la proclamación de lo que ya ha sido escrito?

EL ESPÍRITU SANTO Y LA INSPIRACIÓN

Inspiración es el término utilizado para describir la influencia de Dios por medio de la obra del Espíritu Santo al transmitir su mensaje a través de instrumentos humanos. La obra del Espíritu Santo en el proceso de inspiración es la razón por la que encontramos una unidad fundamental en toda la Escritura en relación con la verdad. Como Espíritu de verdad (Juan 14:17; 15:26; 16:13), el Espíritu Santo nos guiará a toda la verdad.

Lee 2 Pedro 1:21; Deuteronomio 18:18; Miqueas 3:8; y 1 Corintios 2:9 al 13. ¿Qué nos enseñan estos textos acerca de los escritores bíblicos y del involucramiento de Dios en el origen de la Biblia?

Ser “impulsados por el Espíritu Santo” (2 Ped. 1:21, NVI) es una afirmación fuerte de la obra del Espíritu Santo en la inspiración. En 1 Corintios 2:9 al 13, el apóstol Pablo atribuye la revelación y la inspiración al Espíritu Santo. A nosotros los apóstoles, dice Pablo, Dios reveló las cosas ocultas que ningún ojo ha visto, y que menciona en el versículo 9. Dios las reveló por medio del Espíritu (1 Cor. 2:10). Los apóstoles han recibido este “Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido” (vers. 12). Luego, en el versículo 13, pasa a referirse a la obra de la inspiración, donde habla “no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las enseñadas por el Espíritu, combinando pensamientos espirituales con palabras espirituales” (BA). Pablo no tenía duda en cuanto a la fuente y la autoridad de lo que estaba proclamando.

Aunque muchas partes de la Biblia son un resultado de la revelación sobrenatural directa de Dios, no todo en la Biblia fue revelado de esa manera. A veces, Dios usó a los escritores bíblicos y su investigación cuidadosa personal de las cosas o su uso de los documentos existentes (Jos. 10:13; Luc. 1:1-3), a fin de revelar y comunicar el mensaje divino. De manera que todas las partes de la Biblia son reveladas o inspiradas (2 Tim. 3:16). Esta es la razón por la cual Pablo afirma que “todo” lo que fue escrito lo fue para nuestra enseñanza, para que por medio del “consuelo de las Escrituras tengamos esperanza” (Rom. 15:4, BA). El Dios que habla y que creó el lenguaje humano capacita a personas escogidas para comunicar en palabras humanas los pensamientos inspirados, de un modo fidedigno y confiable.

“Dios se ha dignado comunicar la verdad al mundo por medio de instrumentos humanos, y él mismo, por su Santo Espíritu, habilitó a hombres y los hizo capaces de realizar esta obra. Guió la inteligencia de ellos en la elección de lo que debían decir y escribir. El tesoro fue confiado a vasos de barro, pero no por eso deja de ser del Cielo” (CS 10).

EL ESPÍRITU SANTO Y LA VERACIDAD DE LAS ESCRITURAS

Mientras que la revelación es el acto sobrenatural por medio del cual Dios revela la verdad a seres humanos escogidos, la inspiración es la actividad del Espíritu Santo que salvaguarda la veracidad de lo que escribieron los autores humanos, a fin de que sus palabras tengan la plena aprobación de Dios. Dios aborrece el falso testimonio (Éxo. 20:16) y no puede mentir (Heb. 6:18); y es llamado el Dios de verdad (Sal. 31:5; Isa. 65:16). De manera similar, el Espíritu Santo es llamado “el Espíritu de verdad” (Juan 14:17).

Lee Salmo 119:160. ¿Qué nos enseña esto acerca de todo lo que Dios nos revela?

Lee Juan 17:17. ¿Qué nos indica Jesús aquí acerca de la Palabra de Dios?

La Palabra de Dios es fidedigna y merece plena aceptación. No es tarea nuestra sentarnos a juzgar la Escritura; más bien, la Escritura tiene el derecho y la autoridad para juzgarnos a nosotros. “Ciertamente, la palabra de Dios es viva y poderosa, y más cortante que cualquier espada de dos filos. Penetra hasta lo más profundo del alma y del espíritu, hasta la médula de los huesos, y juzga los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb. 4:12, NVI).

Aunque, por supuesto, la Biblia fue escrita por aquellos que vivían en momentos, lugares y culturas específicos (no podría haber sido de otro modo), no deberíamos usar ese hecho para diluir o descartar el mensaje de la Biblia para nosotros. Una vez que se abre esa puerta, la Biblia es sujeta a la determinación humana de lo que es la verdad. El resultado es que muchas personas, aunque aseveran creer en la Biblia, rechazan cosas tales como una creación en seis días, un diluvio universal, un nacimiento virginal, la resurrección corpórea de Jesús y la segunda venida literal; y estas son solo unas pocas de las verdades bíblicas que han sido desechadas por personas falibles que se sentaron a juzgar las Escrituras. Ninguno de nosotros debería tomar ese camino jamás.

¿Por qué es tan crucial que sometamos nuestro propio juicio a la Palabra de Dios, y no viceversa?

EL ESPÍRITU SANTO COMO DOCENTE

El Espíritu Santo es importante no solo a la hora de revelar la Palabra escrita de Dios, sino también al ayudarnos a entenderla correctamente. Los seres humanos están limitados en su comprensión de la verdad; por naturaleza, están alienados de Dios (Efe. 4:18). Por eso, el mismo Espíritu que reveló e inspiró la Palabra de Dios es el que nos habilita para entenderla. El problema no es que la Biblia sea un libro oscuro, sino nuestra actitud manchada de pecado hacia Dios, quien se revela en la Biblia.

El Espíritu Santo es un maestro que desea guiarnos a una comprensión más profunda de la Escritura y a una apreciación gozosa de la Biblia. Él trae la verdad de la Palabra de Dios a nuestra atención y nos da vislumbres frescas de esas verdades, a fin de que nuestra vida pueda estar caracterizada por una fidelidad y una obediencia amantes a la voluntad de Dios. Sin embargo, esto solamente puede suceder si nos acercamos a la Biblia con un corazón humilde y dispuesto a ser enseñado.

Lee 1 Corintios 2:13 y 14. ¿Qué enseña el apóstol Pablo acerca de nuestra necesidad de interpretar espiritualmente las cosas espirituales?

En nuestra comprensión de la Biblia, dependemos del Espíritu Santo. Sin el Espíritu Santo, no se discierne el sentido espiritual de las palabras bíblicas, sino solo su significado lingüístico. Más aún, como seres humanos pecadores, a menudo estamos en oposición a la verdad de Dios, no porque no la entendamos sino porque preferimos no seguirla. Sin el Espíritu Santo, no hay afecto por el mensaje de Dios. No hay esperanza ni confianza, y no hay respuesta de amor. Lo que el Espíritu trae a la vida está en armonía con la verdad ya proclamada en la Biblia.

“Las muchas opiniones contradictorias con respecto a lo que enseña la Biblia no surgen de ninguna oscuridad del libro mismo, sino de la ceguera y el prejuicio de parte de los intérpretes. Los hombres ignoran las sencillas declaraciones de la Biblia para seguir su propio raciocinio pervertido” (COES 25). ¿De qué manera tu orgullo ha sido una piedra de tropiezo que te ha impedido implementar la verdad de las Escrituras en tu vida? ¿En qué áreas de tu vida tus propios deseos te impiden aceptar la verdad de Dios para ti? ¿Cómo puedes aprender a entregarlo todo a Dios?

EL ESPÍRITU SANTO Y LA PALABRA

El Espíritu Santo, que ha revelado e inspirado el contenido de la Biblia a los seres humanos, no nos guiará contrariamente a la Palabra de Dios en ningún aspecto.

Lee Juan 5:39, 46 y 47; y Juan 7:38. ¿A qué autoridad se refiere Jesús en estos textos? ¿De qué manera confirma la Biblia que Jesús es el Mesías?

Algunas personas afirman tener “revelaciones” e instrucciones especiales del Espíritu Santo que son contrarias al claro mensaje de la Biblia. Para ellos, el Espíritu Santo ha alcanzado un nivel de autoridad mayor que la Palabra de Dios. Cuandoquiera que la Palabra inspirada y escrita de Dios sea anulada, y se evada su claro mensaje, estaremos caminando por terreno peligroso y no estaremos siguiendo al Espíritu de Dios. Únicamente la Biblia es nuestra salvaguardia espiritual. Solamente la Biblia es una norma confiable para todo asunto de fe y práctica.

“Por medio de las Escrituras, el Espíritu Santo habla a la mente y graba la verdad en el corazón. Así expone el error y lo expulsa del alma. Por el Espíritu de verdad, obrando por la Palabra de Dios, es como Cristo subyuga a sí mismo a sus escogidos” (*DTG* 624).

Elena de White ha dejado muy en claro que “el Espíritu no fue dado –ni puede jamás ser otorgado– para invalidar la Biblia; pues las Escrituras declaran explícitamente que la Palabra de Dios es la regla por la cual toda enseñanza y toda manifestación religiosa debe ser probada” (*CS* 11).

El Espíritu Santo nunca es dado en reemplazo de la Palabra de Dios. Más bien, trabaja en armonía con la Biblia, y a través de ella, para atraernos a Cristo y hacer así de las Escrituras la única norma de espiritualidad bíblica auténtica. Podemos estar seguros de que, cuando aparece alguien haciendo afirmaciones que contradicen la Palabra de Dios, esa persona no está hablando la verdad. No podemos juzgar los corazones ni los motivos. No obstante, sí podemos juzgar la teología; y la única norma que tenemos para hacerlo es la Palabra de Dios.

¿Cuáles son algunas de las enseñanzas claramente contrarias a la Palabra de Dios que ciertas personas están intentando promover en la iglesia? ¿Cuál debería ser nuestra respuesta a (1) las personas que promueven estos errores y (2) los errores mismos?

PARA ESTUDIAR Y MEDITAR: Lee “Nuestra única salvaguardia”, *El conflicto de los siglos*, pp. 579-588; y “No se turbe vuestro corazón”, *El Deseado de todas las gentes*, pp. 617-635.

Piensa en toda la verdad que conocemos solamente porque nos ha sido revelada en la Biblia. Piensa, por ejemplo, en la Creación. Qué contraste entre lo que la Palabra de Dios enseña acerca de cómo fuimos creados y lo que la humanidad afirma al respecto (es decir, que llegamos a existir por medio del proceso que ahora se llama “la síntesis neodarwiniana”). ¡Observa cuán equivocados están los seres humanos! Piensa, además, en la segunda venida de Jesús y la resurrección de los muertos al fin del tiempo. Estas son verdades que nunca podríamos aprender por nuestra cuenta. Deben sernos reveladas; y lo son, en la Palabra de Dios, que fue inspirada por el Espíritu Santo. De hecho, la verdad más importante de todas, que Jesucristo murió por nuestros pecados, y que somos salvos por fe en él y sus obras por nosotros, es una verdad que nunca habríamos podido dilucidar por nuestra cuenta. Lo sabemos únicamente porque nos fue revelado. Piensa en otras verdades que sabemos solamente porque nos han sido dichas por medio de la Palabra de Dios. El hecho de que tales verdades cruciales se encuentren únicamente en la Biblia ¿qué nos debería decir acerca de cuán central debe ser la Palabra de Dios en nuestra vida?

PREGUNTAS PARA DIALOGAR:

1. ¿Por qué, respecto de las cuestiones espirituales, la Biblia es una guía más segura que las impresiones subjetivas? ¿Cuáles son las consecuencias cuando no aceptamos la Biblia como la norma según la cual probamos toda enseñanza e incluso nuestras experiencias espirituales?

2. A menudo escuchamos la palabra “verdad” utilizada en una variedad de contextos. En la clase, hablen sobre el concepto de “verdad”: lo que es verdadero o no, y qué significa que digamos que algo es “verdadero”. Reflexionen: ¿Qué significa que algo sea verdadero?

3. ¿De qué manera debería reaccionar tu iglesia si alguien afirma tener “nueva luz”?

4. Analiza la diferencia radical entre lo que la Biblia enseña sobre el modo en que fuimos creados y lo que propone la sabiduría humana. Lo que afirma la sabiduría humana, es decir, la última comprensión sobre la Teoría de la Evolución, es completamente contrario al mensaje de la Biblia. ¿Qué nos debería decir eso acerca de por qué tenemos que confiar en la Biblia por sobre todo lo demás?

Lección 2: Para el 14 de enero de 2017

EL ESPÍRITU SANTO: OBRANDO TRAS BAMBALINAS



Sábado 7 de enero

LEE PARA EL ESTUDIO DE ESTA SEMANA: Ezequiel 37:5, 9; Génesis 1:2; Job 26:13; Éxodo 31:1-5; Juan 16:13, 14; Gálatas 5:16-23.

PARA MEMORIZAR:

“Él me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber” (Juan 16:14).

EL ESPÍRITU SANTO NO RECIBE en las Escrituras la misma atención prominente que el Padre y el Hijo. No obstante, la Biblia nos dice que el Espíritu Santo estuvo presente en momentos significativos a lo largo de la historia sagrada. En el principio, cuando Dios creó el mundo, el Espíritu estaba allí, pero en un segundo plano. Estuvo activo en la inspiración de los profetas de Dios, jugando así un papel clave en la escritura de la Palabra de Dios. También estuvo involucrado en la concepción de Jesucristo en el seno de María.

Sin embargo, el Espíritu Santo no está en el centro del registro bíblico y sabemos asombrosamente poco acerca de él. Permanece en segundo plano, y eso se debe a que su papel es adelantar la obra de Alguien más en la Deidad (Jesús, el Hijo de Dios) y darle gloria a Dios el Padre. Todo esto para que los seres humanos caídos podamos ser salvos de la muerte eterna que, de otro modo, el pecado traería sobre nosotros.

Por el testimonio de las Escrituras, sabemos que el Espíritu Santo acepta, voluntaria y gustosamente, un papel de apoyo, ayuda, sustento y equipamiento tras bambalinas. No importa si es en la Creación, la Redención o la misión, el Espíritu no busca ser el centro de atención más allá del papel crucial que juega.

EL CARÁCTER MISTERIOSO DEL ESPÍRITU SANTO

Lee Juan 3:3 al 8; y Ezequiel 37:5 y 9. ¿Por qué el viento es una ilustración adecuada de la obra misteriosa del Espíritu Santo?

Al comparar las acciones del Espíritu Santo con el viento, Jesús describe el carácter misterioso del Espíritu. Los movimientos del viento tienen algo misterioso. Es difícil predecir con exactitud de dónde viene el viento y a dónde va. ¿Quién no ha sido sorprendido por momentos por la aparición repentina de viento, aparentemente de la nada? Sin embargo, podemos aprender a familiarizarnos un poco con sus movimientos y patrones.

De un modo similar, el Espíritu Santo obra donde le place. Nadie puede controlarlo. Pero, podemos saber dónde está activo y trabajando. Al igual que el viento, el Espíritu Santo es invisible pero puede ser muy poderoso. Nosotros, por supuesto, podemos sentir la presencia del viento y, a menudo, podemos ver su efecto, aun cuando no podamos ver el viento mismo. Desde una brisa suave hasta un vendaval arrasador, el viento puede ser una fuerza muy potente. Cuando se describe al Espíritu Santo como viento, su actividad es conectada con la idea de traer vida a los muertos. Esto implica un poder del más elevado nivel, que solamente Dios tiene.

El modo en que esto se logra sigue siendo un misterio. Dios y su actividad por medio del Espíritu Santo son más grandes de lo que podríamos llegar a comprender, al igual que muchas otras cosas seculares y sagradas.

Esto no significa que no podamos ver lo que el Espíritu Santo logra, pero debemos reconocer que, al lidiar con los misterios divinos, la virtud apropiada es la humildad. La humildad aprecia la grandeza de Dios, reconoce nuestras limitaciones como criaturas y acepta nuestra necesidad de revelación divina.

Elena de White lo explicó muy bien: “Los misterios de la Biblia, lejos de ser un argumento contra ella, se encuentran entre las más fuertes pruebas de su inspiración divina. Si su descripción de Dios consistiera solo en lo que nosotros pudiéramos comprender, si su grandeza y su majestad pudieran ser abarcadas por mentes finitas, la Biblia no llevaría, como lleva, evidencias inconfundibles de la divinidad” (*Ed* 154).

¿Cuáles son algunas de las fuerzas invisibles de la naturaleza que pueden impactar nuestra vida? ¿Qué debería enseñarnos esto acerca de la realidad de influencias invisibles pero poderosas en nuestro mundo?

EL ESPÍRITU SANTO EN LA CREACIÓN

La primera obra importante de Dios sobre el planeta fue su creación. La Biblia claramente menciona a Dios (Gén. 1:1) y a Jesucristo (Col. 1:16, 17) como los creadores del cielo y de la Tierra, y de todo lo que, de hecho, fue creado.

Lee Génesis 1:2; Job 26:13 y 33:4; y Salmo 33:6 y 104:29 y 30. ¿Cuál fue el papel del Espíritu Santo en la Creación? ¿De qué manera se relaciona el Espíritu de Dios con la creación de la vida?

Génesis 1:2 menciona la presencia del Espíritu de Dios en la Creación. Job 26:13 y 33:4, y Salmo 104:29 y 30, y 33:6 apoyan el rol activo del Espíritu Santo en la creación sobrenatural de la Tierra. Mientras la Biblia claramente menciona a Dios el Padre y a su Hijo divino, Jesucristo, como activos en la creación del mundo (ver Isa. 64:8; Col. 1:16, 17), el Espíritu Santo también estuvo presente, aunque de un modo más sutil.

No aparece como el actor principal en el relato de la Creación. Más bien, se está “moviendo” sobre el abismo y, por medio de su movimiento, está presente en el génesis de la vida sobre esta Tierra. La palabra hebrea para “se movía sobre” (*merahepeth*) la faz de la Tierra, que se usa en Génesis 1:2, es la misma palabra utilizada en Deuteronomio 32:11, donde Dios es comparado con un águila que “revolotea” sobre su nido de polluelos. El Espíritu Santo está íntimamente involucrado en la creación de la vida sobre esta Tierra y cuida de los recién creados seres vivos como un águila cuida de sus polluelos. Salmo 104:30 sugiere que el acto de la Creación fue posible solamente por medio de la obra del Espíritu Santo y que este jugó un papel activo durante ese proceso.

El Espíritu Santo no solamente estuvo presente en la creación de este mundo; también está activo en el proceso de nuestra recreación, en el que nos da un nuevo corazón y una nueva mente. ¿De qué modo se relacionan estas dos actividades? ¿Qué nos dice el sábado acerca de esta obra de creación y recreación?

EL ESPÍRITU SANTO Y EL SANTUARIO

“Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos” (Éxo. 25:8).

Después del acto de la Creación, el plan de salvación de Dios es de importancia primordial en la Biblia. En un mundo caído, ¿de qué serviría la Creación sin un plan de redención? Como pecadores, necesitamos no solamente un Creador sino también un Redentor. Cuán agradecidos deberíamos estar de que tenemos ese Redentor, Jesucristo. Sin él, no tendríamos esperanza en un mundo que, en sí mismo y por sí mismo, no ofrece ninguna.

En el Antiguo Testamento fueron el Santuario y su servicio los que ilustraron el perdón de Dios hacia el pecador y prefiguraron la obra de Jesús, nuestro Redentor. Allí, el plan de salvación fue revelado a los antiguos israelitas (ver Heb. 4:2). Mientras gran parte del servicio del Santuario señalaba a Jesús y su muerte por el perdón del pecado, el Espíritu Santo estaba activamente involucrado en la capacitación de personas específicas para que construyeran el Santuario según el modelo que Dios había revelado a Moisés.

Lee Éxodo 31:1 al 5. ¿De qué manera el Espíritu Santo estuvo involucrado en la construcción del Santuario? ¿Cómo ayudó el Espíritu Santo a aquellos que construyeron el lugar donde Dios habitaría?

La Biblia nos dice que el Espíritu Santo también estuvo presente en la construcción del Santuario, el lugar central donde se llevaba a cabo la reconciliación entre Dios y los seres humanos, y donde un Dios santo venía al encuentro del pecador. Fue Dios quien comunicó a Moisés su plan de construir el Santuario terrenal, según el celestial original (Éxo. 25:9, 40).

El Santuario fue el modelo de Dios para ilustrar su plan de salvación. Dios habría de morar en medio de su pueblo de una manera especial, y lo haría en el Santuario que dijo que debían construir. Y fue tarea del Espíritu Santo capacitar a diferentes seres humanos a fin de que llevaran a cabo con destreza artística y con hermosura lo que Dios les había pedido. Sin esa ayuda, Israel no habría podido realizar esta obra de arte.

Si consideramos el poder del Espíritu Santo, ciertamente él no necesitaba la ayuda humana para construir el Santuario. Pero, aun así, capacitó a seres humanos para hacerlo con habilidad y hermosura. ¿Donde y de qué manera puedes animar y ayudar a otras personas a usar sus talentos a fin de hacer avanzar el Reino de Dios para su gloria?

EL ESPÍRITU SANTO GLORIFICA A JESUCRISTO

El Espíritu Santo estuvo activo durante los tiempos del Antiguo Testamento, aunque no parezca que su tarea fuera tan extensa como en la era del Nuevo Testamento. Con la primera venida de Jesús, el Mesías prometido, el ministerio del Espíritu Santo se vio intensificado, y ahora él provee sus dones a todos los creyentes. Si bien el Nuevo Testamento nos dice que el Espíritu Santo está activo de muchas maneras diferentes en nuestra vida espiritual y en la vida de la iglesia, quizá su obra más importante sea glorificar a Jesucristo.

Lee Juan 16:13 y 14; y 15:26. Según dijo Jesús, ¿cuál es la tarea del Espíritu Santo? ¿De qué manera se relaciona esta tarea central con todo lo demás que hace el Espíritu Santo?

Jesús nos dice que el Espíritu Santo habla no de sí mismo, sino de Jesús. Su tarea consiste en elevar la obra redentora de Cristo. El Espíritu se mantiene a sí mismo tras bambalinas y apunta el reflector de lleno a Jesús. Se ha dicho acertadamente que “el mensaje del Espíritu para nosotros nunca es: ‘Mírame a mí; escúchame a mí; ven a mí; conóceme a mí’, sino siempre: ‘Míralo a él y ve su gloria; escúchalo a él y escucha su palabra; ve a él, y tendrás vida; conócelo a él, y prueba su don de gozo y paz’. El Espíritu, podríamos decir, es el celestino, el casamentero celestial, cuyo papel es unirnos con Cristo y asegurarse de que permanezcamos juntos”.—J. I. Packer, *Keep in Step With the Spirit: Finding Fullness in Our Walk with God*, pp. 57, 58.

Esto es altamente significativo. Cualquier énfasis en la obra del Espíritu Santo que reste importancia a la persona y la obra de Jesucristo no proviene del Espíritu Santo. Por importante que sea el papel del Espíritu Santo para nuestra vida espiritual, nunca debería ocupar, en nuestro pensamiento y para nuestra salvación, el lugar que pertenece solamente a Jesucristo. Dondequiera que Jesús sea exaltado, el Espíritu Santo está obrando. Por eso somos llamados cristianos, es decir, seguidores de Cristo (ver Hech. 11:26), en vez de “pneumianos”, es decir, seguidores del Espíritu (ver Graham A. Cole, *He Who Gives Life: The Doctrine of the Holy Spirit*, p. 284).

¿Por qué es tan importante para nosotros ensalzar al Cristo resucitado en todo lo que hacemos? Después de todo, piensa en lo que Jesús ha hecho por nosotros. Le debemos todo a él. ¿De qué manera podemos mostrarle nuestra gratitud? (Ver, por ejemplo, 2 Tes. 1:11, 12.)

EL ESPÍRITU SANTO Y CRISTO

El Espíritu Santo efectuó la encarnación de Jesús (Luc. 1:34, 35). También ungió a Jesús para su misión (Luc. 3:21, 22). El ungimiento dotó a Jesús de poder para cumplir su misión mesiánica y lo calificó para otorgar el Espíritu Santo a sus discípulos. El Espíritu también guio y sustentó a Jesús en sus tentaciones (Mar. 1:12; Mat. 4:1; Luc. 4:1, 2, 14), por lo que Jesús “es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Heb. 2:18; comparar con 4:15, 16). El Espíritu Santo le dio poder a Jesús para esta obra redentora (Heb. 9:14) e hizo posible su resurrección (1 Ped. 3:18). En todo esto, el Espíritu permaneció tras bambalinas y ayudó a llevar a Jesucristo a la prominencia.

Lee Lucas 24:44 al 49; Gálatas 5:16 al 23; y Efesios 4:23 y 24. ¿Qué aprendemos acerca de la obra del Espíritu Santo en estos pasajes? ¿De qué manera el Espíritu glorifica a Jesús?

El Espíritu Santo glorifica a Jesús, por lo menos, de las siguientes maneras:

1. *Al enseñar acerca de él en las Santas Escrituras de una manera fidedigna y confiable.* Nada de lo que sea necesario que sepamos acerca de Cristo y su salvación está faltando o es engañoso. Está todo allí en la Palabra de Dios, si tan solo la leemos con fe y sumisión.

2. *Al atraer a hombres y a mujeres a una relación salvífica con Jesucristo.* El Espíritu Santo obra suavemente en los corazones y las mentes de las personas. Les da entendimiento para que puedan comprender las cosas espirituales, y para que estén dispuestas a poner su confianza en Jesucristo, y aceptarlo como su Líder y Redentor.

3. *Al reproducir el carácter de Cristo en nosotros.* Así, genera virtudes semejantes a las de Cristo en nuestra vida (Gál. 5:22, 23). Por medio de la sangre de Jesús, recibimos la victoria sobre el pecado (ver Apoc. 12:11); y el Espíritu Santo nos capacita para caminar en fidelidad a los mandamientos de Dios.

4. *Al capacitarnos para vivir una vida semejante a Cristo, altruista y de servicio amante hacia los demás.* Él llama a hombres y a mujeres a ramas específicas de la obra de Dios, y los capacita para alcanzar a otros con el espíritu agradable de Cristo.

¿De qué manera la obra de reproducir el carácter de Cristo en nuestra vida glorifica al Padre?

PARA ESTUDIAR Y MEDITAR: No cabe duda, la obra del Espíritu Santo es crucial para nuestro caminar con el Señor. Puede ser que no lo veamos trabajar, pero podemos ver los efectos de su obra en nuestra vida y en la de otros. Si tu vida ha sido cambiada por la fe en Jesús, ha sido cambiada por medio de la obra del Espíritu Santo. “Aunque el viento mismo es invisible, produce efectos que se ven y sienten. Así también la obra del Espíritu en el alma se revelará en toda acción de quien haya sentido su poder salvador. Cuando el Espíritu de Dios se posesiona del corazón, transforma la vida. Los pensamientos pecaminosos son puestos a un lado, las malas acciones son abandonadas; el amor, la humildad y la paz reemplazan la ira, la envidia y las contenciones. La alegría reemplaza la tristeza y el rostro refleja la luz del cielo” (*DTG* 144). Estas son promesas maravillosas, y un número incontable de vidas ha demostrado cuán reales son.

Sin embargo, la obra del Espíritu Santo no es instantánea. No nos convertimos automáticamente en la clase de persona que deberíamos ser. Una vida de fe y sumisión al Señor es una vida de lucha, de entrega, y de arrepentimiento cuando fallamos. El Espíritu Santo es el Agente divino que trabaja en nuestra vida para hacernos nuevas criaturas en Cristo. Esto, sin embargo, es una tarea de toda la vida. Aunque nuestras faltas y debilidades tendrían que motivarnos a una entrega mayor a nuestro Señor, no debemos permitir que el diablo las use para desanimarnos en nuestra vida cristiana (algo que siempre está ansioso de hacer). Cuando somos burlados por nuestros pecados, debemos siempre recordar la muerte de Jesús por los pecadores. Es precisamente debido a que somos lo que somos, pecadores con necesidad de gracia, que Jesús murió por nosotros y nos da esa gracia.

PREGUNTAS PARA DIALOGAR:

1. ¿Qué te puede enseñar el ejemplo del Espíritu Santo acerca de ministrar tras bambalinas? Es decir, hacer la obra del Señor de una manera tal que muchas personas no lo sepan ni lo vean, o ni siquiera lo aprecien.

2. ¿De qué modo el Espíritu Santo eleva a Jesús y lo pone en foco? ¿De qué forma puedes exaltar a Jesús sin ponerte a ti mismo en el centro de atención? ¿Por qué a veces eso puede resultar tan difícil de hacer? ¿Cómo podemos luchar contra la tendencia natural a la autoexaltación?

Lección 3: Para el 21 de enero de 2017

LA DIVINIDAD DEL ESPÍRITU SANTO



Sábado 14 de enero

LEE PARA EL ESTUDIO DE ESTA SEMANA: Hechos 5:1-4; 1 Corintios 2:10, 11; Isaías 63:10-14; Tito 3:4-6; Romanos 8:11; 1 Pedro 1:2.

PARA MEMORIZAR:

“La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén” (2 Cor. 13:14).

A LO LARGO DE LA BIBLIA, la divinidad de Dios el Padre es dada por sentado. Encontramos esta verdad expresada tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento. Es una de las verdades más cruciales y fundacionales de las muchas que encontramos en la Palabra de Dios. La divinidad de Jesús también es afirmada en muchos lugares en las Escrituras, especialmente en el Nuevo Testamento.

Sin embargo, la divinidad del Espíritu Santo es enseñada en términos más sutiles. Puede ser inferida a partir de varias declaraciones bíblicas indirectas. Aquí debemos comparar versículo con versículo a fin de estudiar cuidadosamente lo que Dios ha revelado en su Palabra acerca del Espíritu Santo. Al hacerlo, no deberíamos afirmar menos que lo que afirma la Escritura y tampoco deberíamos “pensar más de lo que está escrito” (1 Cor. 4:6). Este tema requiere una actitud humilde dispuesta a aprender; no deberíamos hacer de nuestro razonamiento humano acerca de Dios el estándar según el cual el Espíritu Santo debe ser entendido. Más bien, deberíamos aceptar y testificar lo que las Escrituras afirman, sin importar cuán difíciles de comprender plenamente puedan ser algunos de los conceptos.

EL ESPÍRITU SANTO Y DIOS

La Biblia no presenta una descripción sistemática de la divinidad del Espíritu Santo. Más bien, encontramos pistas interesantes que indican que los escritores bíblicos consideraban al Espíritu Santo como igual a Dios. Hay varios pasajes bíblicos en los que la misma actividad es atribuida a Dios y, luego, también al Espíritu Santo.

Lee Hechos 5:1 al 4. ¿Qué podemos concluir acerca de Dios y del Espíritu Santo a partir de las palabras de Pedro a Ananías?

Si el Espíritu Santo no fuera Dios, entonces Pedro habría estado hablando aquí de una manera muy descuidada y engañosa. El aspecto interesante acerca de la naturaleza del Espíritu Santo, sin embargo, es el hecho de que el apóstol Pedro coloca a Dios y al Espíritu Santo en el mismo nivel. En el versículo 3, le pregunta a Ananías por qué le ha mentado al Espíritu Santo, y continúa al final del versículo 4: “No has mentado a los hombres, sino a Dios”. Pedro, claramente, iguala al Espíritu Santo con Dios. Su argumento es que Ananías no solamente estaba mintiéndole a los apóstoles, sino a Dios mismo. Mentirle al Espíritu Santo es mentirle a Dios. El Espíritu Santo es Dios. Pedro lo expresa aquí muy claramente.

¿Por qué el castigo por lo que hicieron estas dos personas fue tan duro?

Debemos recordar que los creyentes de la iglesia primitiva, en Hechos, eran “de un corazón y un alma” (Hech. 4:32). Esta unidad era producto del Espíritu Santo, y esta es la razón por la cual compartían libre y voluntariamente lo que poseían. Mentir con respecto a lo que compartían era negar la unidad de la comunidad y negar al Espíritu, que sustentaba esa unidad y la hacía posible.

Por esta razón, la mentira de Ananías y su esposa falsificó la obra divina y la presencia del Espíritu Santo en la comunidad de la iglesia temprana. Una deshonestidad tan grande hacia Dios es destructiva e impide que el Espíritu de Dios pueda trabajar de manera efectiva en la vida de los creyentes. Dios desea que lo sirvamos indivisamente. Debido a que la nascente comunidad de fe estaba en un momento crucial de su existencia, Dios utilizó consecuencias drásticas para asegurarse de que la nueva iglesia trabajara al unísono y con fidelidad del uno hacia el otro, y estuviera dispuesta a dejarse guiar por su Espíritu.

Piensa cuán fácilmente Ananías y Safira podrían haber justificado su pecado: “Después de todo, ¿acaso no hemos vendido nuestra propia propiedad y hemos dado un poco a la iglesia? ¿Cuál es el problema si nos guardamos un poco?” ¿Qué debería decirnos esta historia acerca de cuán cuidadosos debemos ser en cuanto a cómo justificamos nuestras acciones?

LOS ATRIBUTOS DIVINOS DEL ESPÍRITU SANTO

En varios pasajes bíblicos se describe al Espíritu Santo con atributos divinos.

¿Qué actividades y características del Espíritu Santo son mencionadas en los siguientes pasajes bíblicos, y que pueden ser atribuidas solamente a Dios?

1 Corintios 2:10, 11; compara con Isaías 40:13, 14.

Salmo 139:7.

Hebreos 9:14; compara con 1 Timoteo 6:16.

Lucas 1:35 y Romanos 15:19; compara con Salmo 104:30.

En su examen de la sabiduría de Dios, Pablo argumenta que es el Espíritu Santo el que nos da a conocer esta sabiduría. Los “iguales se conocen” es el razonamiento que Pablo utiliza aquí en su argumento. Solamente uno que es igual a Dios puede saber las cosas profundas de Dios (1 Cor. 2:10, 11). Nadie puede conocer a Dios como lo hace el Espíritu, pues este conoce a Dios desde adentro, de una manera que alguien de afuera no puede. El Espíritu Santo, de hecho, es omnisciente.

La presencia del Espíritu es la presencia de Dios. Si no puedo huir a un lugar donde no esté el Espíritu de Dios, entonces es omnipresente (compara con Sal. 139:7).

El Espíritu Santo es considerado eterno (Heb. 9:14). Según la Biblia, ¿cuántos seres eternos hay? Solamente Dios es eterno (1 Tim. 6:16). Si el Espíritu es llamado eterno, entonces debe ser Dios.

El Espíritu Santo también es todopoderoso. En Lucas 1:35, las frases “el Espíritu Santo” y “el poder del Altísimo” son construcciones sinónimas. Aquí se refieren a un milagro de primera magnitud, la concepción virginal. En Romanos 15:19, el apóstol Pablo reconoce que este ministerio se realizó “con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios”. Por supuesto, el Espíritu Santo puede realizar milagros divinos.

Jesús también dice que la blasfemia contra el Espíritu es imperdonable (Mat. 12:31, 32; Mar. 3:28, 29). Esto es incomprendible a menos que el Espíritu sea divino.

Pero, quizá la obra más asombrosa del Espíritu Santo sea su habilidad de cambiar las mentes y los corazones humanos. Es el Espíritu Santo el que obra un nuevo nacimiento espiritual (Juan 3:5-8). Él tiene el poder para lograr algo que solamente Dios puede hacer.

PISTAS BÍBLICAS

En la Biblia, existen varias referencias al Espíritu Santo que son intercambiables con referencias a Dios.

Lee Isaías 63:10 al 14, y compáralo con Números 14:11 y Deuteronomio 32:12. ¿A quién se estaba refiriendo el escritor en estos pasajes, y qué nos dice esto acerca de la divinidad del Espíritu Santo?

En Isaías 63:10, las personas se rebelaron y contristaron al Espíritu Santo. Sin embargo, el registro paralelo encontrado en Números 14:11 afirma que “Jehová dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo me ha de irritar este pueblo?” Y en Deuteronomio 32:12, se nos dice que “Jehová solo le guió, y con él no hubo dios extraño”. Evidentemente, los escritores bíblicos veían a Dios y al Espíritu Santo a la par en esto.

En 2 Samuel 23:2, leemos: “El Espíritu de Jehová ha hablado por mí”; mientras que la declaración paralela del versículo 3 dice: “El Dios de Israel [...] me habló”. Una vez más, la conclusión de este paralelismo bíblico es que el Espíritu Santo es considerado como igual a Dios.

Compara 1 Corintios 3:16 y 17 con 6:19 y 20; y 1 Corintios 12:11 con 12:28. ¿De qué manera las referencias al Espíritu Santo y a Dios son utilizadas indistintamente en estos pasajes? ¿Qué se atribuye a Dios y al Espíritu Santo de igual forma?

En 1 Corintios 3:16 y 17, Pablo utiliza un lenguaje similar a 1 Corintios 6:19 y 20. Para el apóstol Pablo, que el Espíritu Santo habite en una persona es equiparado a que Dios more en ella. Al igualar la expresión “templo de Dios” con “templo del Espíritu Santo”, Pablo señala que el Espíritu Santo es Dios.

En 1 Corintios 12:11, Pablo escribe que es el Espíritu Santo el que distribuye los dones espirituales a cada creyente. Unos pocos versículos después, en 1 Corintios 12:28, se nos dice que es Dios quien lo hace. El mensaje básico es claro: el Espíritu Santo realiza la misma acción que Dios está haciendo, evidencia poderosa de que el Espíritu Santo es igual a Dios.

Lee una vez más Números 14:11. ¿De qué formas se puede aplicar esto a nosotros hoy? Piensa en las maneras milagrosas en que Dios ha obrado en nuestra iglesia. Piensa en todas las evidencias que nos ha dado para creer. ¿Cómo podemos asegurarnos de no estar haciendo hoy lo mismo que hizo el pueblo de Dios hace miles de años?

LA OBRA DIVINA DEL ESPÍRITU SANTO

El Espíritu Santo lleva a cabo ciertas tareas que la Biblia atribuye únicamente a Dios. Es activo en la obra divina de la creación, y es igualmente activo en la obra que Dios realiza de recrear a los pecadores.

Lee Tito 3:4 al 6. ¿De qué manera Pablo describe el involucramiento del Espíritu Santo en el proceso de recreación?

El Espíritu Santo es mencionado junto con “Dios nuestro Salvador” (Tito 3:4) en el contexto del lavamiento de la regeneración (bautismo) y de nuestra renovación espiritual (3:5). Es el agente de nuestro nuevo nacimiento. El Espíritu renueva nuestro corazón; despierta nuestro deseo de seguir a Cristo. Es el Espíritu de vida (Rom. 8:2). Es el que santifica a los pecadores y transforma su carácter. Nos ayuda a ser obedientes a Jesucristo, quien nos salvó. Solamente un ser divino es capaz de llevar a cabo cosas tan maravillosas.

Compara Isaías 6:8 al 10 con Hechos 28:25 al 27. ¿A quién atribuyen los escritores bíblicos la comunicación divina?

Por otro lado, hay varios pasajes bíblicos en los que se dice que Dios es el que habla y otros en los que escritores bíblicos declaran que el Espíritu Santo es el que habla. Es el Espíritu el que nos impartió sobrenaturalmente las Escrituras (2 Ped. 1:21), algo que en otros pasajes es atribuido a la inspiración de Dios (2 Tim. 3:16). Impartir las Escrituras es otra tarea divina del Espíritu.

¿Qué enseña Romanos 8:11 sobre la divinidad del Espíritu Santo?

La Biblia declara que el Espíritu Santo resucitó a Jesús de entre los muertos y que el mismo Espíritu también nos resucitará a nosotros. Solamente Dios tiene el poder para resucitar personas de los muertos. Por lo tanto, el Espíritu Santo es Dios.

¿Qué cambios puedes realizar que te ayudarán a estar más abierto a la dirección del Espíritu Santo? Es decir, ¿qué prácticas pueden estar impidiendo que disciernas claramente la dirección del Espíritu en tu vida?

LA IMPORTANCIA DE SU DIVINIDAD

¿Qué se perdería si el Espíritu Santo no fuera Dios? Lo que significaría para la salvación y la adoración si el Espíritu Santo no fuera plenamente Dios es serio. La Biblia nos dice que el Espíritu es responsable por la regeneración de los creyentes. Habita en nosotros y nos llena. Renueva nuestro pensar y cambia nuestro carácter. Tiene el poder para resucitar y hace a los seguidores de Cristo como es Dios: santo. Si el Espíritu Santo no es Dios, ¿cómo podemos estar seguros de que no solo puede hacer cualquiera de estas cosas, sino también que puede hacerlas de tal manera que sean aceptables ante Dios?

Lee 1 Pedro 1:2; 2 Corintios 13:14; y Mateo 28:18 y 19. El hecho de que el Espíritu Santo sea mencionado junto con Dios el Padre y con Jesucristo, su Hijo, en el bautismo y en bendiciones, ¿qué nos dice acerca del lugar del Espíritu Santo en la adoración a Dios?

La divinidad del Espíritu Santo nos ayuda a relacionarnos con él de maneras apropiadas que lo reconocen por quien realmente es. Su divinidad es la presuposición para una espiritualidad centrada en Dios. La iglesia del Nuevo Testamento, sin dudar, menciona al Espíritu Santo al lado de los otros dos miembros de la Deidad. El Espíritu Santo ocupa el mismo nivel y posición que el Padre y el Hijo en el acto del bautismo. Este tiene una importancia espiritual intensa y es una ordenanza de adoración profunda. Lo que es cierto en el acto del bautismo es igualmente verdadero en la bendición apostólica. Es una invocación de adoración en la que el Espíritu Santo es alabado al igual que el Padre y el Hijo. Las tres Personas de la Deidad son mencionadas lado a lado y son ratificados de igual manera.

El Espíritu Santo es confirmado como objeto propio de adoración en el Nuevo Testamento, no solamente en la bendición y en el bautismo apostólicos, sino también en el requerimiento constante de que dependamos de él para toda bendición espiritual y de que debemos serle obedientes como nuestro Maestro y Santificador divino. ¿Es importante que el Espíritu Santo sea Dios? Sí, muy importante. Si sabemos quién es él verdaderamente, y reconocemos y aceptamos su divinidad, honraremos su trabajo y dependeremos de él para nuestro propio crecimiento personal y nuestra santificación.

Piensa en lo que significa que el Espíritu Santo, Dios mismo, esté trabajando en tu vida. ¿Qué grandes promesas encontramos aquí para nosotros al saber que es Dios quien está obrando a fin de transformarnos en lo que podemos ser para él? ¿Por qué esta es una verdad elevadora y reafirmadora?

PARA ESTUDIAR Y MEDITAR: Lee “Falsedades concernientes a la divinidad”, *El evangelismo*, pp. 445-448.

Tal como hemos visto esta semana, la evidencia bíblica de la divinidad del Espíritu Santo es muy convincente. El Espíritu Santo es Dios. Pero, recuerda: al reflexionar sobre el Espíritu, estamos abordando un misterio divino. Reiteramos este punto: de la misma manera en que no podemos explicar plenamente a Dios y su naturaleza, debemos resistir la tentación de hacer de nuestra comprensión humana la norma según la cual pensamos cómo debería ser Dios. La verdad va mucho más allá del entendimiento humano, especialmente cuando esa verdad trata sobre la naturaleza de Dios mismo.

Al mismo tiempo, la fe en la divinidad del Espíritu Santo significa más que solamente aceptar la enseñanza básica de la Trinidad. Incluye la dependencia y la confianza en la obra salvífica de Dios, tal como es comisionada por el Padre y llevada a cabo por medio del Hijo en el poder del Espíritu. “No es esencial para nosotros ser capaces de definir con precisión qué es el Espíritu Santo [...]. La naturaleza del Espíritu Santo es un misterio. Los hombres no pueden explicarla, porque el Señor no se la ha revelado. Los hombres de conceptos fantásticos pueden reunir pasajes de las Escrituras y darles interpretación humana; pero la aceptación de esos conceptos no fortalecerá a la iglesia. En cuanto a estos misterios, demasiado profundos para el entendimiento humano, el silencio es oro” (*HAp* 42, 43).

PREGUNTAS PARA DIALOGAR:

1. El filósofo austriaco Ludwig Wittgenstein, cierta vez, escribió: “Las cosas de las cuales no podemos decir nada deben ser pasadas por alto en silencio”. Aunque el contexto en el que lo dijo era bastante diferente de lo que escribió Elena de White en la cita transcrita más arriba, el principio es el mismo. Piensa: ¿Por qué es mejor guardar silencio sobre ciertos aspectos de Dios, y de las verdades espirituales en general, que no han sido revelados por la Inspiración?

2. A veces, es útil reflexionar sobre una posición teológica determinada, planteando la siguiente pregunta: “¿Qué se perdería si esa propuesta no fuera cierta?” Por ejemplo: “¿Qué se perdería si Cristo no fuese divino?” Con respecto al Espíritu Santo, reflexiona sobre la siguiente pregunta: “¿Qué se perdería si el Espíritu Santo no fuera plenamente Dios?”

3. ¿Qué nos dice la siguiente cita en un nivel práctico? “El Espíritu Santo, quien debe colmarnos de su poder, no es una influencia vaga ni una fuerza mística. Es una Persona divina, a quien debe recibirse con profunda humildad, veneración y obediencia. Por lo tanto, no es una cuestión de que nosotros obtengamos más de él, sino de que él ha de tener más de nosotros; sí, ha de poseernos totalmente”.—LeRoy Edwin Froom, *La venida del Consolador*, p. 153.

Lección 4: Para el 28 de enero de 2017

LA PERSONALIDAD DEL ESPÍRITU SANTO



Sábado 21 de enero

LEE PARA EL ESTUDIO DE ESTA SEMANA: Juan 16:13; Romanos 8:14-16; 15:13; Juan 14:6; 17:17; Romanos 5:5.

PARA MEMORIZAR:

“Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26).

DEBIDO A QUE, A VECES, el Espíritu Santo es presentado en la Biblia en términos impersonales, tales como “viento” o “fuego”, algunos han concluido que es impersonal, una especie de poder divino. Según este punto de vista, el Espíritu Santo se asemeja más a una corriente eléctrica que nos da poder en vez de existir como un Ser personal. Sin embargo, la pregunta no es si se pueden esgrimir ciertos pasajes que denotan operaciones o influencias más impersonales del Espíritu Santo. La cuestión es si las Escrituras establecen positivamente su entidad como persona.

Sí, hay textos que lo hacen, y debemos tomarlos en consideración a fin de obtener un cuadro más completo de quién es el Espíritu Santo.

Esta semana aprenderemos más acerca de la personalidad del Espíritu Santo tal como se la describe en las Escrituras. Esta verdad nos ayudará a entender mejor el papel del Espíritu de Dios en nuestra vida. Y nos ayudará a obtener una comprensión más profunda de la importancia de la creencia en la personalidad del Espíritu Santo para nuestra vida espiritual. Solamente así podremos rendirle el amor, la reverencia, la confianza y la sumisión que él merece.

LA DESCRIPCIÓN DE JESÚS DEL ESPÍRITU SANTO

Lee Juan 16:13 y 14; 15:26 y 27; y 14:17 y 26. ¿Qué características sumamente personales atribuye Jesús al Espíritu Santo en estos pasajes? ¿Qué significa para ti que Jesús describa al Espíritu Santo como un ayudador o consolador (*parakletos*)?

Según Jesús, el Espíritu Santo *guía, habla, oye, hace sabery glorifica* (Juan 16:13, 14). El Espíritu Santo también *enseña* y nos ayuda a *recordar* (14:26). *Habita* en nosotros (14:17), *testifica* (15:24, 26) y *convence* (16:8). Estos atributos suenan más a acciones de una personalidad soberana que a una fuerza impersonal.

Lee Juan 14:16 al 18. ¿De qué manera se cumpliría la promesa de Jesús? ¿En qué sentido no serían dejados solos los discípulos?

Jesús se preocupa por sus seguidores. No los dejará huérfanos. Él promete enviar al Espíritu Santo. Jesús aquí dice específicamente que enviará “otro ayudador”, o “consolador”. Las palabras que Jesús utiliza aquí son importantes. Él promete enviar *otro* ayudador. No un ayudador *diferente*. La palabra griega para “otro” es *allos*. En el idioma griego del Nuevo Testamento, *allos* indica que Cristo enviará a otro consolador que es numéricamente distinto pero del mismo carácter, es decir, Uno *igual a él*, Uno que tomará su lugar, Uno que continuará realizando su obra en nosotros y que es su representante.

Esta obra del Espíritu Santo es la de un ayudador o consolador. La Biblia aquí utiliza la palabra griega *parakletos* (Juan 14:16) para describir a alguien que es llamado para apoyar y ayudar, alguien que es llamado para prestar asistencia. Así como Jesús es una persona, el Espíritu Santo también lo es. Esta idea es sustentada por el hecho de que, a menudo, se asignan atributos personales al Espíritu Santo (ver Juan 14:26; 15:26; Hech. 15:28; Rom. 8:26; 1 Cor. 12:11; 1 Tim. 4:1).

¿Por qué es mucho más *consolador* saber que el Espíritu Santo es una persona en vez de una mera fuerza?

ASPECTOS PERSONALES DEL ESPÍRITU SANTO – I

Al leer los siguientes textos, pregúntate si da la impresión de que están hablando de una fuerza impersonal o de una Persona divina. Rom. 8:14-16, 27; 15:30; 1 Cor. 2:10; Hech. 8:29; 10:19, 20; 28:25.

¿Puede una fuerza impersonal interceder en nuestro favor? Un poder o un espíritu impersonal ¿tiene la habilidad de revelarnos cosas acerca de Dios? La habilidad de hablar ¿tiene una influencia espiritual? Que el Espíritu Santo sea un ser personal, en contraposición con alguna fuerza impersonal, es lo que hace que todas esas declaraciones bíblicas tengan mucho más sentido.

Lee los siguientes textos. ¿Qué características se atribuyen al Espíritu Santo en estos pasajes? Efe. 4:30; Hech. 5:3, 9; 1 Cor. 12:11; Rom. 15:30.

Las características distintivas de una persona son: conocimiento (o entendimiento), sentimiento y voluntad. Solamente un ser personal puede ser contristado. Solo se puede mentir o engañar a un ser personal. Únicamente un ser personal tiene la habilidad de elegir como le plazca y tiene su propia voluntad. La voluntad es quizás uno de los elementos más distintivos y característicos en cualquier personalidad. Y solamente un ser personal tiene la capacidad para amar. El amor verdadero es inconcebible de una manera abstracta e impersonal. El amor conlleva un toque muy personal. Estos enunciados de la personalidad indican que el Espíritu Santo es un ser con conciencia propia, conocimiento propio, voluntad propia y determinación propia; capaz de amar. No es una influencia imprecisa o una esencia impersonal. El Espíritu Santo es presentado en estos términos personales porque Dios mismo es un Dios personal.

“El Espíritu Santo tiene una personalidad; de lo contrario no podría dar testimonio a nuestros espíritus y con nuestros espíritus de que somos hijos de Dios. Debe ser una persona divina, además, porque en caso contrario no podría escudriñar los secretos que están ocultos en la mente de Dios” (*Ev* 447).

¿De qué manera la perspectiva bíblica de que el Espíritu Santo tiene características de persona impacta en nuestra relación con él? ¿Qué cambiaría si el Espíritu Santo solamente fuera un poder impersonal, en vez de Dios mismo?

ASPECTOS PERSONALES DEL ESPÍRITU SANTO – II

Un desafío que enfrentamos al intentar comprender al Espíritu Santo es que, por un lado, podemos imaginar a Dios como un Padre de un modo más tangible. Muchos también tienen una imagen concreta de Jesús, tal como se lo describe en los evangelios. Él tomó nuestra naturaleza y apareció en forma humana.

El Espíritu Santo, sin embargo, es presentado de un modo muy diferente. Pareciera ser impalpable, mucho más difícil de comprender que el Padre y el Hijo.

Por ello, algunos llegan a la conclusión de que el Espíritu Santo es solamente un poder impersonal. Como hemos visto anteriormente, esa idea en verdad no hace justicia a la naturaleza del Espíritu Santo. De hecho, hay declaraciones en la Biblia que no tendrían sentido si el Espíritu Santo fuera solo una fuerza impersonal o un poder (divino).

Lee detenidamente los siguientes dos pasajes; reemplaza la referencia al Espíritu Santo con la palabra impersonal “poder”. ¿Por qué estos textos tienen sentido únicamente si el Espíritu Santo es, de verdad, una persona?

Romanos 15:13

1 Corintios 2:4

La declaración de los apóstoles de que “ha parecido bien al Espíritu Santo, y a nosotros” (Hech. 15:28) sería absurda si el Espíritu Santo fuera solamente un poder o una influencia impersonal. En vez de eso, la declaración indica a otro ser personal, del mismo modo en que el Padre y el Hijo son seres personales.

Además, ¿cómo podrían ser bautizados los creyentes “en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mat. 28:19), si los primeros dos que son mencionados son personas, pero el tercero no? Eso no tiene mucho sentido. Más bien, los tres son mencionados como parte del único nombre en quien somos bautizados. Así, el Espíritu Santo es revelado aquí en el mismo nivel que Dios el Padre y Dios el Hijo.

Elena de White ha declarado con perspicacia que “hay tres personas vivientes en el trío celestial [...] el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo” (*Ev* 446). Ella, también, es muy clara en cuanto a la personalidad existente del Espíritu Santo.

EL ESPÍRITU DE VERDAD

Lee Juan 14:6 y 17:17. ¿Cuál es el significado de la verdad en estos pasajes?

En el Evangelio de Juan, la palabra *verdad* es un término clave. Nuestra comprensión contemporánea de verdad a menudo es muy abstracta y teórica. En el mundo occidental, ha sido modelada por la filosofía griega. Sin embargo, en la Biblia, y particularmente en el Evangelio de Juan, la palabra verdad conlleva un significado más bien personal y específico: Jesús es la Verdad (Juan 14:6). Aunque la Palabra escrita de Dios es verdadera (compara con Juan 17:17; Sal. 119:142), la verdad de Dios es revelada de una manera suprema en la persona de Jesucristo. Un conocimiento verdadero de Dios nos es dado en Jesús, de quien hablan las Escrituras, porque Dios se ha revelado por medio de él.

Lee Juan 15:26 y 16:13. ¿Qué función tiene el Espíritu Santo como Espíritu de verdad?

En Juan 16:13 se nos dice que el Espíritu de verdad nos guiará a toda la verdad. Esto lo hace al señalar a Jesucristo, y al ayudarnos a recordar lo que Jesús dijo (Juan 15:26) y lo que ha hecho por nosotros. La verdad a la cual nos guía el Espíritu Santo es muy personal: él exalta a Jesús, y nos lleva a una relación viva y fiel con él. Cuando Jesús habló con la mujer de Samaria, dijo que Dios debe ser adorado en espíritu y en verdad (Juan 4:24). Cuando pedimos la dirección del Espíritu Santo, él nos guía a Jesús, quien es el Camino, la Verdad y la Vida (Juan 14:6).

La verdad en la Biblia no es una teoría ni algo abstracto, como a menudo pareciera ser la filosofía. La verdad incluye una relación profundamente personal y fiel con nuestro Creador y Redentor, que es llamado “Dios de verdad” (ver Deut. 32:4; Sal. 31:5). Así, el Espíritu Santo es apropiadamente llamado el “Espíritu de verdad” (Juan 14:17; 16:13), que es enviado a nosotros, procedente de Dios el Padre (Juan 15:26), lo cual indica no solamente su carácter personal sino también su divinidad.

Tendemos a pensar en la verdad en términos de proposiciones, tal como el concepto lógico conocido como *modus ponens*: “Si A implica B, y A es verdad, entonces B también es verdad”. Por eso, no sorprende que mucho de lo que entendemos como verdad lo entendamos en forma de proposiciones lógicas. Sin embargo, ¿de qué modo comprendemos la idea de verdad como persona? Lleva tu respuesta a la clase el sábado.

¿POR QUÉ ES IMPORTANTE?

La cuestión de la personalidad del Espíritu Santo es muy importante y tiene implicaciones sumamente prácticas. “Si el Espíritu es una persona divina, pero lo consideramos como una influencia impersonal, estamos robando a esta persona divina la deferencia, el honor y el amor que le debemos”.—LeRoy Edwin Froom, *La venida del Consolador*, p. 36.

Si consideráramos al Espíritu Santo únicamente como un poder divino misterioso, nuestros pensamientos serían: *¿Cómo puedo tener más del Espíritu Santo?* Pero, si vemos al Espíritu Santo como una persona divina, nos preguntaremos: *¿Cómo puede el Espíritu Santo tener más de mí?* El punto decisivo es: *¿Deseas poseer al Espíritu Santo o deseas que el Espíritu Santo te posea a ti? ¿Resistes su influencia o estás dispuesto a seguirlo en obediencia gozosa? (Ver Rom. 8:12-14; Gál. 5:18-24.) ¿Deseas usar al Espíritu Santo según tus propios planes? ¿O quieres depender de él para que te capacite, a fin de que seas más semejante a Cristo Jesús y hagas lo que él tiene en mente para ti? ¿Tomas seriamente el hecho que tu “cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios” (1 Cor. 6:19)? ¿Estás dispuesto a glorificar a Dios con tu estilo de vida?*

Lee Romanos 5:5; y Efesios 2:18 y 19. ¿De qué manera están conectados el Espíritu Santo y el amor de Dios? ¿Qué impacto tiene eso para ti personalmente y para la iglesia?

Que una persona elija conscientemente cooperar con otra es algo que puede hacer solo ella misma. Somos invitados a trabajar junto con el Espíritu Santo de manera corporativa, mientras él nos guía y transforma, personalmente y como iglesia de Dios. Si no aceptamos al Espíritu Santo como una persona de la Deidad triuna, será más fácil para nosotros ignorarlo, hacer oídos sordos a su invitación y endurecer nuestro corazón contra su influencia, que busca cambiar nuestra vida. Y, debido a que somos seres caídos, dañados por el pecado y en necesidad de la gracia transformadora de Dios, lo último que precisamos hacer es ignorar las impresiones del Espíritu Santo en nosotros. Al contrario, necesitamos entregar más de nosotros a él. Así, al reconocer que el Espíritu Santo es una Persona divina que desea utilizarnos, Dios es colocado en el centro de nuestra experiencia cristiana.

“No podemos usar al Espíritu Santo. El Espíritu ha de usarnos a nosotros” (DTG 626). ¿Qué piensas que quiso decir Elena de White aquí? ¿De qué manera puede utilizarnos el Espíritu Santo? (Ver Fil. 2:13.)

PARA ESTUDIAR Y MEDITAR: Lee *El Deseado de todas las gentes*, pp. 622-626, donde habla sobre el Espíritu Santo. También, lee *El evangelismo*, pp. 445-448.

“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mat. 28:18-20). Nota que, cuando Jesús dio a sus discípulos su llamado y su obra, dijo que bautizaran a las personas en el “nombre”, en *singular*, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. No dijo: “en los nombres” del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, sino solamente “nombre” (en griego *onoma*). Aquí encontramos más evidencia poderosa de la naturaleza triuna de nuestro único Dios (“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” [Deut. 6:4]). Como ya ha sido señalado en la lección de esta semana, nadie cuestiona la personalidad del Padre y del Hijo; por lo tanto, ¿por qué alguien haría eso con la personalidad del Espíritu Santo? Según la Biblia, tenemos la presencia amorosa, cariñosa y consoladora de Dios mismo obrando en nosotros y por medio de nosotros. Eso es lo que el Espíritu Santo es y hace. Y cuánto más lindo es saber que esta presencia constante es una Persona, tanto como lo son el Padre y Jesús. Sí, es difícil de entender en forma completa. Pero ¿qué importa? Si no podemos entender plenamente la naturaleza de algo tan básico como la luz o el viento, ¿cuánto más nos costará entender plenamente la naturaleza del Espíritu Santo mismo?

PREGUNTAS PARA DIALOGAR:

1. En clase, repasen las respuestas a la pregunta del miércoles acerca de cómo la verdad puede ser una persona, Jesucristo. ¿Qué significa eso? ¿Por qué Jesús sería la Verdad? ¿De qué forma entendemos la “verdad” así, en vez de meramente por preceptos o proposiciones?

2. Elena de White escribió: “Necesitamos comprender que el Espíritu Santo, que es una persona así como Dios es persona, anda en estos terrenos” (*Ev* 447). ¿Qué nos dice esto acerca de la realidad y la presencia del Espíritu Santo?

3. Repasa algunos de los atributos y las características del Espíritu Santo, que hemos visto esta semana. ¿Cuáles te resultan especialmente reconfortantes? ¿Cuál es más significativo para ti? Comparte en clase por qué elegiste ese atributo o característica.

4. ¿Con qué te sientes más identificado: con una fuerza impersonal o con una persona? ¿Cuáles son las implicaciones de tu respuesta?

Lección 5: Para el 4 de febrero de 2017

EL BAUTISMO Y DERRAMAMIENTO DEL ESPÍRITU SANTO



Sábado 28 de enero

LEE PARA EL ESTUDIO DE ESTA SEMANA: Marcos 1:8; Efesios 5:18; Hechos 13:52; Lucas 11:8-10; Hechos 5:32; Gálatas 5:16-26.

PARA MEMORIZAR:

“El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir; yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10).

COMO CRISTIANOS, DEBEMOS SER LLENOS del Espíritu Santo. Sin él, nuestro testimonio carecerá de poder y nuestra vida cristiana no será más que una carga. Puede ser que tengamos conocimiento, talento y elocuencia; pero, sin el Espíritu, no podemos experimentar la vida como Dios desea que lo hagamos. No tendremos la seguridad de la salvación y no conoceremos el gozo que viene de servir a nuestro Señor. Seremos cristianos de nombre únicamente, y un cristiano solo de nombre no es un verdadero cristiano.

Jesús, sin embargo, desea que vivamos la vida en plenitud. Desea darnos vida como debe ser, una vida que es satisfactoria y significativa porque está enraizada en la Fuente de toda vida: Jesucristo. Él es el Creador de toda vida y el único camino a la vida eterna. “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6). Esta plenitud es posible únicamente al estar unidos a él; y esto puede suceder solamente por medio de la obra del Espíritu Santo en nuestra vida.

Esta semana estudiaremos lo que la Biblia dice acerca del bautismo del Espíritu y lo que significa estar llenos de él. También veremos cuáles son algunas de las evidencias que testifican que estamos verdaderamente llenos del Espíritu.

EL BAUTISMO DEL ESPÍRITU SANTO

Lee Marcos 1:8 (compara con Mat. 3:11; Luc. 3:16; Juan 1:33); y Hechos 1:5 y 11:16. ¿Qué otro rito de iniciación acompaña el bautismo del Espíritu?

En el Nuevo Testamento, hay solamente siete pasajes que hablan acerca de ser bautizados con el Espíritu Santo. Cuatro de esos pasajes presentan a Juan el Bautista señalando el futuro Pentecostés, cuando el Espíritu Santo sería dado para marcar el inicio del tiempo de los “últimos días” de la historia de la salvación.

Juan, sin embargo, en contraste con los otros evangelios, no usa el tiempo verbal futuro cuando habla del bautismo del Espíritu. Más bien, utiliza el tiempo presente, indicando que esto es algo que tiene validez permanente, continua en el tiempo (Juan 1:33). El mismo tiempo verbal es utilizado por Juan solamente unos pocos versículos antes, en Juan 1:29, cuando habla acerca de otra obra importante de Jesús: quitar el pecado del mundo. El ministerio de Jesús consiste en quitar nuestros pecados y darnos al Espíritu Santo. Esta experiencia doble también es mencionada en Hechos 2:38. Después de que sus ojos fueron abiertos a Cristo, los discípulos recibieron ambos: el perdón de los pecados y la unción del Espíritu Santo. La misma experiencia aparece con respecto a los creyentes en la casa de Cornelio, en Hechos 10:43 y 44; y más tarde, en Hechos 11:16. El bautismo por agua es conocido como el bautismo de arrepentimiento (Hech. 19:4). Cuando nos arrepentimos del pecado y somos bautizados en el nombre de Jesús, también recibimos al Espíritu Santo (Hech. 2:28, 29).

En el Nuevo Testamento, recibir al Espíritu Santo y ser bautizado van de la mano. Señalan nuestro nuevo nacimiento. En el bautismo somos identificados con Cristo, y Jesús nos da al Espíritu Santo para que podamos vivir en su poder y proclamar las buenas nuevas. El bautismo del Espíritu no es en absoluto una segunda obra de gracia en un momento más tardío de la vida que algunos asocian con dones milagrosos.

En 1 Corintios 12:13, Pablo no tiene en mente la experiencia única del Pentecostés, sino más bien la experiencia de todos los creyentes. Pablo declara que por un Espíritu son todos bautizados en un solo cuerpo y todos beben de un Espíritu. Pablo enfatiza la unidad. La palabra “todos” es crucial. Pablo conecta la iniciación de todos los creyentes en el cuerpo de Cristo con el bautismo del Espíritu.

¿Cuál ha sido tu propia experiencia con el bautismo del Espíritu Santo? ¿Qué importancia ha tenido en tu vida? ¿Cómo serías si el Espíritu no obrara en ti?

SER LLENO DEL ESPÍRITU SANTO

Lee Efesios 5:18; Hechos 13:52; y Romanos 8:9. ¿Qué significa estar lleno del Espíritu Santo? ¿De qué manera nuestra vida puede ser llena del Espíritu?

Una vez que hemos sido bautizados y pertenecemos a Cristo, deberíamos vivir en el poder del Espíritu. Para que esto ocurra, debemos ser llenos del Espíritu. Hay numerosas referencias en el Nuevo Testamento en las que las personas son llenas del Espíritu (Luc. 1:41, 67; Hech. 2:4; 4:8, 31; 9:17; 13:9). El apóstol Pablo utiliza la palabra *lleno* para decir que una persona se ha sometido completamente a Dios, y está abierta a la influencia y la dirección del Espíritu Santo para que la obra de Dios pueda cumplirse en la vida de ella.

Si cedemos a la influencia del alcohol, nuestro caminar, nuestras palabras y nuestros pensamientos se verán afectados negativamente. Cuando estamos llenos del Espíritu Santo, cedemos cada parte de nuestra vida a su influencia transformadora, y el resultado es que nuestro caminar, nuestras palabras y nuestros pensamientos reflejarán a Jesús.

Mientras que el Espíritu es dado por el oír con fe (Gál. 3:2) y es recibido por fe (3:14) en el momento de nuestro bautismo (Tito 3:5, 6), debemos buscar ser llenos del Espíritu Santo cada día. No podemos vivir de una experiencia poderosa que tuvimos el año pasado, o el mes pasado, o incluso ayer. Necesitamos el derramamiento del Espíritu de Dios cada día, pues cada día trae consigo nuevos desafíos.

En Hechos 13:52, el término griego para *llenos* del Espíritu está en tiempo imperfecto, lo cual implica una acción continua. Literalmente, significa: “siendo llenos (continuamente)”. Ser llenos del Espíritu Santo no es un evento de una sola vez. Es algo que deberíamos buscar y recibir cada día. Este bautismo del Espíritu debe ser repetido a fin de que cada aspecto de nuestra vida esté lleno de su presencia, y así tengamos poder para vivir debidamente.

Estar llenos del Espíritu Santo no significa tanto que poseamos más de él, sino que él posea más de nosotros. El Espíritu puede usarnos para la gloria de Dios solamente cuando, cada día, entregamos todos los aspectos de nuestra vida a él.

“Quisiera impresionarlos con esta realidad. Los que tienen a Cristo por fe en el corazón en verdad poseen al Espíritu Santo. Cada persona que recibe a Jesús como su Salvador personal, con certeza, acoge también al Espíritu Santo, que para el creyente es consejero, santificador, guía y testigo” (RP 120).

CONDICIONES – I

La Palabra de Dios señala ciertas condiciones necesarias para que el Espíritu Santo habite en nosotros. Veremos algunas de las más importantes entre la lección de hoy y la de mañana.

¿Cuál es la primera condición para recibir al Espíritu? Hech. 2:37, 38.

Una condición para recibir el don del Espíritu Santo es el arrepentimiento. Escuchar la Palabra de Dios despierta nuestra conciencia, y puede llevarnos a una comprensión de nuestra verdadera pecaminosidad y perdición. El verdadero arrepentimiento es más que simplemente estar triste por las consecuencias nefastas de nuestro pecado. Es un cambio completo del corazón y de la mente a fin de que veamos el pecado por lo que realmente es: un mal terrible y rebelión contra Dios. La única manera en que podemos experimentar verdadero arrepentimiento es ser tocados por el amor de Dios (Rom. 2:4).

Lee Gálatas 3:14; y Santiago 1:6 al 8. ¿Por qué no podemos recibir al Espíritu Santo sin confiar en la Palabra de Dios?

Jesús ha prometido enviar al Espíritu como su representante. Por fe recibimos al Don prometido. Pero, si dudamos de la promesa de Dios y no confiamos en su Palabra, somos como personas de doble ánimo, y no podemos esperar recibir nada de Dios. La fe es más que una aceptación intelectual. Es poner nuestra vida al límite, confiando en que Dios mantendrá su Palabra y no nos defraudará.

¿Por qué la intercesión persistente marca la diferencia? Luc. 11:8-10, 13.

Dios no es renuente a darnos al Espíritu. Dios es bueno y benevolente, más de lo que podemos serlo nosotros, aun con nuestros propios hijos. Nuestra intercesión persistente no hace cambiar de opinión a Dios. Nuestra oración nos cambia a nosotros y nos lleva a la presencia de Dios. La oración no baja a Dios a nuestro nivel, sino que nos eleva hacia él. Nuestras oraciones simplemente revelan nuestra determinación y nos preparan para recibir la bendición.

¿De qué manera podemos aprender a ser más fervientes, diligentes y abnegados en nuestra propia vida de oración? ¿Por qué es importante que aprendamos estas cosas?

CONDICIONES – II

Lee Hechos 5:32. ¿Por qué la obediencia a la Palabra de Dios es una condición tan importante para recibir al Espíritu Santo?

En aquel entonces, al igual que ahora, el Espíritu Santo era otorgado a todo el que obedecía a Dios. En la Biblia, el amor y la obediencia van de la mano, y la fe verdadera se expresa por la obediencia. Si confiamos en Dios de todo corazón, entonces obedeceremos sus Mandamientos. Jesús dijo: “El que me ama, mi palabra guardará” (Juan 14:23). La obediencia es una decisión que lleva a una vida que sigue la voluntad de Dios expresada en su Ley. Debemos continuar en obediencia si deseamos reconocer a Jesús como nuestro Señor (Luc. 6:46). En 1 Juan 2:4 y 5 se nos dice que “el que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado”. Esas son palabras fuertes. Por Juan, también sabemos que “el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado” (3:24). Cuando hacemos lo que Dios ha mandado, tenemos paz mental.

Lee Judas 18 al 21. ¿Por qué debemos evitar toda impureza si deseamos estar llenos del Espíritu?

El fuego del Espíritu Santo no puede continuar ardiendo en nuestra vida cuando nuestra mente está enfocada en las cosas del mundo. El Espíritu Santo reacciona muy sensiblemente a la existencia de todo pecado y mundanalidad en nuestra vida. Por lo tanto, debemos mantenernos en el amor de Dios y permanecer conectados a Dios por medio de la oración, a fin de que cerremos la puerta contra toda impureza, y despleguemos un espíritu de poder, amor y disciplina (2 Tim. 1:6, 7). Únicamente por medio de una batalla cercana y feroz contra el yo podremos ser el tipo de persona que deberíamos ser. Por supuesto, no podemos hacerlo por cuenta propia; la batalla viene a la hora de elegir entre dejar de lado nuestra propia voluntad ante las invitaciones del Espíritu Santo o permitir que la carne domine. La decisión es nuestra.

“No tiene límite la utilidad de aquel que, poniendo el yo a un lado, deja obrar al Espíritu Santo en su corazón, y vive una vida completamente consagrada a Dios” (DTG 216). ¿De qué modo puedes aplicar estas palabras a tu propia vida espiritual?

VIDA CENTRADA EN EL YO VERSUS VIDA CENTRADA EN CRISTO

Lee Gálatas 5:16 al 26; y Efesios 5:1 al 9, y 17 al 20. Compara las diferencias entre una vida centrada en el yo y una vida llena del Espíritu.

PERSONA CENTRADA EN EL YO	PERSONA CONTROLADA POR EL ESPÍRITU
Desea lo que es pecaminoso y que desagrade a Dios.	Desea lo que es espiritual y que agrada a Dios.
Es controlada por pasiones pecaminosas.	Es controlada por el Espíritu.
Utiliza mal su libertad y termina siendo esclava del pecado.	Es librada de la esclavitud del pecado y es llamada a ser libre en Cristo.
Es desobediente a la voluntad de Dios.	Es obediente a la voluntad de Dios.
Busca la complacencia propia.	Es abnegada.
Evidencia el fruto del pecado.	Evidencia el fruto del Espíritu.
No reconoce la necesidad del perdón y es arrogante.	Reconoce la necesidad del perdón y alaba a Jesús por lo que él ha hecho.

La vida de una persona que está llena del Espíritu de Dios se caracteriza por una obediencia amante a la Ley de Dios y un espíritu amable de compasión hacia los demás (ver 2 Cor. 5:14). Habiendo sido renovados en nuestra mente y nuestros pensamientos, y habiendo recibido un nuevo corazón y una nueva perspectiva de la vida, nuestros valores y nuestro comportamiento cambiarán. Ya no desearemos vivir la vida por nuestras propias fuerzas, sino en sumisión al Espíritu (Gál. 3:3).

No podemos transformarnos a nosotros mismos. No poseemos ningún poder real para cambiarnos a nosotros mismos, pues el pecado está demasiado arraigado en nosotros. La energía renovada debe provenir de Dios. El cambio desde adentro solamente puede tener éxito por medio de la obra transformadora del Espíritu Santo. Ningún cambio meramente externo, como corregir este o aquel mal hábito, nos hace cristianos. El cambio debe venir de un corazón renovado por el Espíritu Santo. Es una obra de toda la vida, que Dios promete hacer en nosotros (Fil. 1:6).

¿En cuáles áreas de tu vida ves sobresalir tu parte egoísta y centrada en el yo, y en cuáles ves una vida que refleja la obra del Espíritu Santo en ti? ¿Qué te dice tu respuesta acerca de ti mismo y de las decisiones que debes tomar?

PARA ESTUDIAR Y MEDITAR: Es natural que cualquier persona desee controlar su propia vida. Normalmente dependemos de nuestros propios esfuerzos para lograr todo lo que podamos. Mientras que muchas personas dedican sus vidas a buscar ese control, otros tienen un temor enfermizo de perder el control. Este dilema humano encuentra una respuesta solamente en Dios. Él desea que le des a él, tu Creador y Redentor, el control total. Él te conoce y te ama como ningún otro puede; y esto abre la puerta para que obre en tu vida. Al elegir someter tu voluntad a la dirección del Espíritu Santo de Dios, tendrás su paz sobrenatural e incontables oportunidades de ser una bendición para los demás. Sin embargo, necesitamos el deseo de este poder en nuestra vida. Dios no fuerza a nadie; para ser seres morales, necesitamos ser seres libres. Y, a fin de ser verdaderamente libres en Cristo, necesitamos un sentido de *abandono* (el de desear abandonar nuestros antiguos caminos pecaminosos y caídos) y un sentido de *permanencia* (el de permanecer en el poder del Espíritu Santo). A fin de ser verdaderamente libres, debemos estar completamente entregados al control del Espíritu Santo. Y aquí no hay contradicción; nuestra libertad se halla en la liberación de la condenación y del poder del pecado, que siempre nos esclaviza y nos lleva a la muerte. Más bien, al entregarnos al Señor y al abrirle paso a la presencia del Espíritu Santo en nuestra vida, no solamente estaremos sin condenación (ver Rom. 8:1), sino también viviremos una vida no “conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”. Siendo seres pecadores y caídos, esa es la única libertad verdadera a la que podemos acceder.

PREGUNTAS PARA DIALOGAR:

1. Algunas personas piensan que la libertad consiste en poder hacer lo que uno quiera, cuando quiera y de la manera que lo quiera. ¿Cuál es el problema con ese concepto, desde una perspectiva cristiana? ¿Cuál es la idea bíblica de la verdadera libertad? (Ver Sal. 119:45; Luc. 4:18; Juan 8:34-36; 2 Cor. 3:17; Gál. 5:1.)

2. ¿Por qué es importante poner el yo de lado y consagrar nuestra vida enteramente a Dios antes de que el Espíritu Santo pueda obrar poderosamente a través de nosotros? Si colocas tu yo de lado y abres tu corazón a la obra del Espíritu Santo, ¿qué podría hacer Dios en ti que haría que fueras una bendición mayor para los demás?

3. “La vida del cristiano no es una modificación o mejora de la antigua, sino una transformación de la naturaleza. Se produce una muerte al yo y al pecado, y una vida enteramente nueva. Este cambio puede ser efectuado únicamente por la obra eficaz del Espíritu Santo” (*DTG* 143). Comenta en la clase las implicaciones de estas palabras.

4. Compara la evidencia de una vida centrada en el yo con una vida llena del Espíritu (ver el cuadro del jueves). Comenta con los miembros de tu clase de Escuela Sabática cuál podría ser para nosotros la mayor bendición de una vida llena del Espíritu.

Lección 6: Para el 11 de febrero de 2017

EL ESPÍRITU SANTO Y UNA VIDA SANTA



Sábado 4 de febrero

LEE PARA EL ESTUDIO DE ESTA SEMANA: 1 Pedro 1:14-16; Isaías 6:3; Hebreos 12:14; 1 Corintios 6:11; 1 Timoteo 1:8; Salmo 15:1, 2.

PARA MEMORIZAR:

“Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tes. 5:23).

ES FÁCIL VOLVERSE INSENSIBLE a la santidad de Dios y no pensar demasiado en el odio revelado de Dios hacia el pecado y el mal. La santidad, sin embargo, es un tema crucial en la Biblia. La búsqueda de la santidad –llegar a ser amable y puro como Jesús– debería ser una prioridad para todo cristiano. Nos horrorizamos, y con razón, ante la actitud de “soy más santo que tú”. Pero, al mismo tiempo, podemos olvidarnos fácilmente lo que significa vivir una vida pura y santificada.

El amor de Dios y su santidad van inseparablemente juntos. Sin la santidad de Dios, su amor estaría en peligro de volverse sentimentalismo; sin su amor, la santidad de Dios sería severa e inaccesible. Ambos atributos, su amor y su santidad, son fundamentales a su naturaleza.

El Espíritu Santo está estrechamente conectado con nuestra búsqueda de la santidad. Después de todo, su nombre es Espíritu *Santo* y es llamado el “Espíritu de santidad” (Rom. 1:4). Su nombre nos recuerda que Dios es santo y que el mayor deseo de Dios es transformar a los pecadores a la imagen de su propia santidad.

Esta semana veremos más de cerca qué significa ser santo y vivir una vida santa.

LA SANTIDAD DE DIOS

Lee 1 Pedro 1:14 al 16. ¿Por qué la máxima motivación para alcanzar la santidad es, simplemente, la realidad de Dios mismo? ¿Qué te motiva a vivir una vida santa? ¿Qué significa que Dios sea santo?

Es popular enfatizar el amor de Dios y, al mismo tiempo, ignorar su santidad. Aunque Dios es amor, la idea de la santidad en la Biblia se conecta más a menudo con el nombre de Dios que cualquier otro atributo (Sal. 89:18; Isa. 40:25; Jer. 51:5; Eze. 39:7; Apoc. 4:8). La santidad describe la pureza y la perfección moral de su naturaleza. La santidad de Dios significa que es perfectamente bueno y completamente libre de mal. La santidad de Dios es la perfección de todos sus demás atributos.

Si Dios fuera solamente omnipotente (poder infinito), omnisciente (conocimiento perfecto y completo) y omnipresente (presente en todas partes), pero no tuviera santidad perfecta, sería un poder de quien estaríamos aterrizados, y con razón. Sin embargo, él es un Dios a quien deberíamos amar.

Su poder es poder santo; su misericordia es misericordia santa; su sabiduría es sabiduría santa; y su amor es amor santo. En este sentido, la santidad es la palabra más íntimamente divina de todas, porque tiene que ver con la misma naturaleza de Dios. Negar la pureza del Dios santo es, quizá, peor que negar su existencia. Lo último lo hace inexistente; lo primero, un dios repugnante y detestable.

La santidad de Dios significa que está separado del pecado y enteramente dedicado a buscar el bien que representa en sí mismo. En otras palabras, la santidad denota una cualidad relacional al igual que una cualidad moral. Incluye separación del pecado y devoción completa a la gloria de Dios.

En Isaías 6:3 y Apocalipsis 4:8, se describe a Dios como “santo, santo, santo”. Cuando los escritores bíblicos deseaban enfatizar algo que era importante, repetían la palabra a fin de llamar la atención a lo que se decía. Jesús llama nuestra atención a declaraciones importantes al repetir las palabras “de cierto, de cierto” (Juan 5:24; 6:47; etc.), o “Jerusalén, Jerusalén” (Mat. 23:37), o al llamar a alguien por nombre: “Marta, Marta” (Luc. 10:41). De todos sus atributos, solo la santidad de Dios es mencionada tres veces seguidas. Esto indica algo de suma importancia. La naturaleza de Dios es, verdaderamente, santa. Él es puro y bueno.

¿Cuán aterrado estarías, y con justa razón, si nuestro Dios y Creador todopoderoso no fuera santo y amante? ¿Qué te dice tu respuesta acerca de por qué deberíamos estar tan agradecidos de que Dios sea como es?

LA NATURALEZA DE LA SANTIDAD

“Cuanto más cerca estéis de Jesús, más imperfectos os reconoceréis; porque veréis tanto más claramente vuestros defectos a la luz del contraste de su perfecta naturaleza. Esta es una señal cierta de que los engaños de Satanás han perdido su poder, y de que el Espíritu de Dios os está despertando” (CC 64, 65).

Lee Efesios 1:4, y 5:25 al 27; y Hebreos 12:14. ¿Cuál es el propósito de Dios para todos sus hijos y para la iglesia?

La santidad es un don de Dios y, a la vez, un mandato divino. Por eso deberíamos orar pidiendo santidad y esforzarnos por manifestarla a diario. La santidad es el fruto del Espíritu desplegado en nuestra vida al caminar, cada día, con Cristo por el Espíritu (Gál. 5:16, 22, 25). La santidad, en pocas palabras, es ser semejante a Cristo. Significa pertenecer a Jesús y vivir como sus hijos, en obediencia y entrega por amor, siendo cada vez más semejantes a él. El significado básico asociado con el concepto de santidad implica un estado de ser separado, ser puesto aparte para un servicio especial a Dios. Por otro lado, la santidad también implica una cualidad moral y espiritual intrínseca; es decir, ser justo y puro ante Dios. Ambos aspectos deben mantenerse juntos.

En el Nuevo Testamento, los creyentes son llamados santos por causa de su relación única con Jesús, que los separa para un propósito especial. Ser santo no los hace éticamente perfectos y sin pecado, sino que los cambia a fin de que puedan comenzar a vivir una vida pura y santa. (Compara con 1 Cor. 1:2, donde Pablo llama a los corintios “santos”, aun cuando no estaban libres de pecado ni eran perfectos.) Los creyentes son llamados a buscar la santidad, sin la cual nadie verá al Señor (Heb. 12:14). La aceptación de Dios de cada creyente es perfecta desde el inicio, pero nuestro crecimiento en la santificación es un proceso de toda la vida, y necesita seguir extendiéndose cada vez más para que seamos transformados más y más a la imagen inmaculada de aquel que nos salvó.

Hay una tensión entre ser santo y, aun así, tener que buscar la santidad. ¿De qué manera nuestra búsqueda de la santidad será diferente si sabemos que ya pertenecemos a Dios y que somos aceptos en él por causa del sacrificio de Jesús por nosotros?

EL AGENTE DE SANTIFICACIÓN

¿Qué nos dicen 1 Corintios 6:11; Tito 3:5; y Hebreos 13:12 acerca de la santificación?

Nuestra santificación se logra por fe (Heb. 11:6) y gracias al poder del Espíritu Santo (2 Tes. 2:13; 1 Ped. 1:2). El apóstol Pablo escribe: “Mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Cor. 6:11). Jesús produce en nosotros un crecimiento de toda la vida en santidad, produciendo el fruto del Espíritu en nosotros (2 Cor. 3:18).

Lee Gálatas 5:16 y 17. ¿Qué nos enseña Pablo en estos versículos?

Hay una batalla que se libra en todo creyente. La tensión que todos enfrentamos se produce por el hecho de que el pecado mora en nosotros (Rom. 7:20). El apóstol Pablo sabía de esta batalla cuando declaró, hacia el final de su vida: “Yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3:13, 14).

¿Cuál es la lucha de fe que debemos librar contra el pecado? Heb. 12:1, 2.

La batalla que somos llamados a pelear es fijar “los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe” (Heb. 12:2). Demasiado a menudo nuestra religión se centra en nosotros mismos. Nos enfocamos demasiado en nuestras victorias y en nuestras derrotas en vez de en Dios, el único que puede darnos victoria sobre el pecado. Cuando el Espíritu Santo nos ayude a ver a Jesús, no tendremos deseo alguno por el pecado y todo lo que tan fácilmente nos enreda es puesto a un lado (Heb. 12:1). Pero, cuando nos enfocamos en nuestros pecados y defectos, nos miramos a nosotros mismos en vez de a Jesús. Esto nos lleva a una derrota fácil porque, al mirar nuestros fracasos, podemos desanimarnos con mucha facilidad. Sin embargo, al contemplar a Jesús, encontraremos fortaleza para vivir victoriosamente.

Si alguien te preguntara: “¿Cómo puedo obtener la victoria sobre el pecado que se promete en la Biblia?”, ¿qué responderías, y por qué? Lleva tu respuesta a la clase el sábado.

LA NORMA DE LA SANTIDAD ES LA LEY DE DIOS

Sabemos que Dios nos llama a guardar su Ley. Sin embargo, nos puede surgir la pregunta: ¿Por qué debemos guardar su Ley si no podemos ser salvos por ello? La respuesta se halla en la idea de la santidad.

Lee Romanos 7:12 y 1 Timoteo 1:8. ¿Qué atributos utiliza Pablo para describir la Ley? ¿De qué manera la Ley refleja el carácter de Dios?

La Ley es santa, justa y buena. Estos tres atributos designan, de forma apropiada, únicamente a Dios mismo. Por ende, la Ley es una expresión del carácter de Dios.

Vivir una vida llena del Espíritu significa vivir según la Ley de Dios. La Ley es la norma constante de su santidad. El estándar que fija la Ley no cambia, así como Dios mismo no cambia. Jesús afirmó que la Ley no fue abolida, sino que ha de cumplirse cada aspecto de ella (Mat. 5:17-19). Guardar la Ley no es legalismo; es fidelidad. La Ley no nos salva; nunca podría hacerlo. La Ley nunca es nuestro camino a la salvación. Más bien, es el camino de los salvos. La Ley, por así decirlo, es el calzado en el que nuestro amor camina y se expresa. Por eso Jesús pudo decir, de una manera asombrosa, que “debido al aumento de la iniquidad [transgresión de la Ley], el amor de muchos se enfriará” (Mat. 24:12). El amor disminuye cuando se desecha la Ley.

Lee Romanos 13:10 y Mateo 22:37 al 40. ¿Por qué el amor es el cumplimiento de la Ley?

Mientras la regla y la norma de la santidad es la Ley de Dios, el corazón de su santidad es el amor. El amor es la respuesta a los actos salvíficos de Dios y se manifiesta en fidelidad. No puedes ser un buen discípulo de Jesús sin ser, por amor, un guardador consciente de la Ley. Aunque es posible guardar la letra de la Ley sin amor, no es posible exhibir verdadero amor sin guardar la Ley. El amor verdadero desea ser fiel. El amor no abole la Ley, la cumple.

¿Por qué la Ley es una expresión del amor de Dios hacia nosotros? ¿De qué manera están relacionados el amor y la obediencia?

EN BÚSQUEDA DE LA SANTIDAD

Lee Salmo 15:1 y 2; Efesios 4:22 al 24; y 2 Timoteo 2:21. ¿Qué nos enseñan estos versículos acerca de la santidad?

La santidad es la precondition para disfrutar de la felicidad del compañerismo con Dios. Es la precondition de nuestra utilidad para Dios. Conocemos la veracidad del dicho: “Siembra una acción, y cosecharás un hábito; siembra un hábito, y cosecharás un carácter”. Y, podríamos agregar, “el carácter es el destino”. Lo único que llevaremos al cielo con nosotros será el carácter.

No obstante, desarrollar nuevos hábitos y un nuevo carácter no se logra por medio de la autosantificación ni por un esfuerzo propio. La formación de hábitos es el modo normal en que el Espíritu nos guía hacia la santidad. Los hábitos son importantes en nuestro caminar cristiano, especialmente aquellos que crecen en conexión con virtudes bíblicas tales como paciencia, amor, fidelidad, bondad, benignidad, amabilidad y dominio propio.

Cuando el Espíritu Santo ha llenado nuestro corazón, sin duda prestaremos un servicio activo para Dios. Pero, demasiado a menudo, nos olvidamos que es Dios quien nos santifica y quien terminará en nosotros la buena obra que él comenzó (Fil. 1:6). A veces, estamos tan ocupados haciendo toda clase de cosas para Dios que nos olvidamos de disfrutar nuestro tiempo con él en oración. Cuando estamos demasiado ocupados para orar, en realidad estamos demasiado ocupados para ser cristianos.

Quizá nuestros conocimiento y éxito nos han llevado a depender tanto de nosotros mismos y confiar tanto en nosotros que damos por sentado nuestras habilidades y planes; y de esa manera nos olvidamos que sin Cristo y sin el Espíritu Santo no podemos lograr nada.

El activismo no es santidad. Habrá personas que pensarán que han hecho grandes cosas para el Señor y, sin embargo, en realidad no lo estaban siguiendo a él en absoluto. “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?” (Mat. 7:22, 23). Hay una enorme diferencia entre ser llamados por Dios y, simplemente, actuar por cuenta propia. Si no hemos tomado primeramente el tiempo a solas para escuchar el llamado de Dios, corremos el riesgo de actuar por cuenta propia, sea lo que fuere que hagamos. Pero no habrá fuerza, ni poder, ni paz, y no habrá una bendición duradera asociada con nuestros esfuerzos, si estos no surgen a raíz de un llamado divino. Nuestra mayor necesidad en el ámbito de la santidad es pasar tiempo de calidad con Dios cuando escuchamos su voz y recibir nuevas fuerzas de su Palabra al ser guiados por el Espíritu Santo. Esto otorgará credibilidad única y poder convincente a la tarea que emprendamos.

PARA ESTUDIAR Y MEDITAR: Lee “Un poder que transforma y eleva”, *Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 68-74.

Siendo que nuestra propia naturaleza es caída y corrupta, y la de Dios es invariablemente santa, ¿de qué modo podemos comenzar siquiera a entender su santidad? La santidad de Dios lo define como singular y separado del mundo de pecado y de muerte que experimentamos los seres humanos. Sin embargo, lo más asombroso es que Dios nos ofrece la oportunidad de participar de su santidad. Eso es parte de lo que implica una relación de pacto con él: “Habla a toda la congregación de los hijos de Israel, y diles: Santos seréis, porque santo soy yo Jehová vuestro Dios” (Lev. 19:2). O, como lo expresa el libro de Hebreos: “He aquí vienen días, dice el Señor, en que estableceré con la casa de Israel y la casa de Judá un nuevo pacto [...]. Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios, y ellos me serán a mí por pueblo” (Heb. 8:8, 10). En estos textos, podemos ver la conexión entre santidad, pacto y Ley. No podemos ser santos si no obedecemos la Ley de Dios, y obedecemos su Ley solamente a medida que él mismo, el Espíritu Santo, escribe su Ley en nuestros corazones y mentes. Qué sagrado privilegio tenemos, “que participemos de su santidad” (12:10), lo cual expresamos al obedecer su Ley en amor.

PREGUNTAS PARA DIALOGAR:

1. En clase, repasa tu respuesta a la pregunta final de la lección del martes acerca de lo que dirías a alguien que te preguntara sobre cómo obtener el cumplimiento de las promesas de victoria sobre el pecado en su propia vida.

2. ¿Qué significa que la Ley de Dios esté escrita en nuestro corazón y nuestra mente? ¿Por qué esto es tan diferente de que solamente esté escrita en tablas de piedra?

3. Cuando piensas en la santidad de Dios, ¿qué viene a tu mente? Con la participación de toda la clase, hablen acerca de cómo se imaginan que es la santidad de Dios. ¿Qué nos revela Jesús sobre ella?

4. ¿Cuál es el fundamento para nuestra santidad? ¿De qué manera se logra la santidad?

5. En la lección del miércoles, se afirma lo siguiente: “La Ley no nos salva; nunca podría hacerlo. La Ley nunca es nuestro camino a la salvación. Más bien, es el camino de los salvos”. ¿De qué modo esta declaración nos ayuda a entender cuál debería ser el papel de la Ley para los cristianos santificados, en quienes está obrando el Espíritu Santo?

Lección 7: Para el 18 de febrero de 2017

EL ESPÍRITU SANTO Y EL FRUTO DEL ESPÍRITU



Sábado 11 de febrero

LEE PARA EL ESTUDIO DE ESTA SEMANA: Juan 15:1-11; Gálatas 5:22; 1 Corintios 13; Romanos 14:17; Efesios 5:9; Mateo 5:5.

PARA MEMORIZAR:

“Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley” (Gál. 5:22, 23).

EL FRUTO DEL ESPÍRITU es la verdadera esencia de la vida cristiana. Aunque el apóstol Pablo presenta una lista de nueve diferentes aspectos de este fruto, sin embargo es un fruto y debe ser visto de manera integral. El fruto del Espíritu no nos dice lo que una persona puede ser capaz de hacer para Dios por medio de dones espirituales y talentos. Más bien, nos muestra de qué modo la persona vive para Dios. Nos dice quién es la persona. Todas las virtudes introducidas en Gálatas 5:22 y 23 están presentes en Jesucristo. Por ende, el fruto del Espíritu es la vida de Jesucristo en nosotros, hecha posible gracias al poder del Espíritu Santo.

El fruto del Espíritu no es algo que logramos meramente por esfuerzos humanos. Es posible producir y mostrar algunas de estas mismas virtudes por medio del ejercicio de nuestra fuerza de voluntad, pero esto no es lo mismo que lo que el Espíritu Santo hace en nosotros. Lo que producimos por nosotros mismos es como un fruto de plástico comparado con uno real. Este no es manufacturado; crece a raíz de una relación. Cuando el Espíritu nos conecta con Jesús, por medio de su Palabra escrita, sus características comienzan a ser reveladas en nuestra propia vida.

LA CONDICIÓN FRUCTÍFERA

Lee Juan 15:1 al 11. ¿Por qué el fruto solo puede surgir de una relación viva con Jesús, la Vid? ¿Por qué es tan importante permanecer en Jesús? ¿De qué manera permanecemos en él?

El primer secreto del cristiano para dar fruto es permanecer en Cristo. Sin Cristo, no podemos producir fruto espiritual genuino. El fruto del Espíritu no se nos es impuesto desde afuera, sino que es el resultado de la vida de Cristo en nuestro interior. En Juan 15:1 al 11, Jesús nos dice que el hecho de dar fruto es el resultado de la vida de Cristo, la Vid, que fluye por las ramas, es decir, los creyentes. El crecimiento del fruto es la obra de Dios por medio de Jesucristo.

La responsabilidad del creyente es permanecer en Cristo. Cuando Cristo habita en nuestros pensamientos, se volverá visible en nuestras acciones. Jesús vive su vida en nosotros. La vida que Cristo vivió será reproducida en nosotros, en el sentido de que reflejaremos su carácter.

El fruto del Espíritu es el carácter de Jesús, producido por el Espíritu Santo en los seguidores de Cristo. Cuando Cristo habita en nosotros, andamos “en el Espíritu, y así jamás satisfaceréis los malos deseos de la carne” (Gál. 5:16; RVA).

En las palabras de Jesús: “Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos” (Mat. 7:17, 18). El fruto bueno es el resultado de nuestra relación de permanencia con Jesús, por medio del Espíritu Santo. Cuando cooperamos con las impresiones internas del Espíritu en nuestro corazón, el fruto del Espíritu se hace evidente en nuestra vida. Nuestro carácter es transformado para reflejar el carácter de Jesucristo en lo que decimos y hacemos, e incluso en lo que pensamos. El Espíritu Santo nos da poder para vivir victoriosamente y para desarrollar las virtudes que son características de aquellos que son hijos de Dios.

En 2 Timoteo 3:5, el apóstol Pablo describe a personas “que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella”. ¿Cuál es la diferencia entre una piedad aparente y una vida que está llena del Espíritu Santo? ¿De qué manera podemos saber qué clase de vida estamos viviendo nosotros mismos?

EL FRUTO DEL AMOR

Lee Gálatas 5:22 y 1 Corintios 13. ¿Por qué el amor es el primer y más importante aspecto del fruto del Espíritu? ¿De qué manera el amor afecta todos los demás aspectos de este fruto?

El amor es, apropiadamente, la más importante característica del fruto del Espíritu y permea el resto. En cierto sentido, todas las demás cualidades mencionadas pueden ser vistas como aspectos del amor. Debido a que Dios es amor (1 Juan 4:8), la virtud cristiana más importante es el amor (1 Cor. 13:13). El amor de Dios es el fundamento y la fuente de toda otra virtud; y es derramado en nuestro corazón por medio del Espíritu Santo (Rom. 5:5). El amor es la evidencia de que somos hijos de Dios.

Este amor es mucho más que mero afecto humano. No puede ser producido por esfuerzo humano, sino que llega como resultado de permanecer en Cristo. Un amor así es generoso e inmerecido. Únicamente ese amor tiene el poder para transformar. En su naturaleza dócil pero fuerte, el amor divino guía al pecador al arrepentimiento y despierta el deseo de algo mejor. El amor tiene poder para unir, incluso a aquellos que antes eran enemigos (Luc. 6:27, 28; Rom. 5:8). Por lo tanto, por nuestro amor mutuo, el mundo conocerá que los cristianos somos de verdad seguidores de Jesucristo (Juan 13:35). Este fruto de amor también llevará a los cristianos a manifestar comprensión y sensibilidad hacia los demás.

Es interesante que la descripción maestra del amor en 1 Corintios 13 esté, justamente, entre los capítulos 12 y 14. Esos dos capítulos tratan sobre los dones del Espíritu. El 13, sin embargo, habla del amor: el fruto del Espíritu. Incluso los dones superiores no son nada sin amor. Los dones del Espíritu sin el fruto del Espíritu no tienen poder y no producen la bendición que Dios desea. El amor, sin embargo, es el pegamento que une todas las otras virtudes del fruto del Espíritu en una unidad completa y da autenticidad a todo lo que hacemos.

¿Qué aspectos de tu vida carecen de la cualidad del amor? Pídele al Espíritu Santo que te llene de amor hacia aquellas personas con quienes debes relacionarte a diario. Recuerda que Dios también nos ama por medio de otras personas. ¿De qué forma puedes mostrar amor hacia otros? ¿De qué modo el amor afecta esas otras virtudes mencionadas en el fruto del Espíritu?

GOZO, PAZ Y PACIENCIA

Romanos 14:17 dice: “Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”. Es decir, el gozo es la reacción del amor a la bendición de Dios y su gran misericordia y perdón.

Ahora bien, el gozo humano a menudo se enfoca en cosas terrenales y se ve afectado por las condiciones que nos rodean. El gozo que está basado en el fruto del Espíritu se enfoca en Dios y en lo que él ha hecho por nosotros, y no está motivado por las condiciones circundantes. Como pueblo de Dios, debemos estar gozosos. Esto no significa que debemos sonreír todo el tiempo, aun cuando una sonrisa amable expresa mucho. Pero, nuestra confianza en Dios nos dará razones abundantes para regocijarnos con gozo indecible por lo que él ha hecho por nosotros y en nosotros. El gozo espiritual es el resultado de una fe activa.

Lee Juan 14:27 junto con Romanos 14:17. ¿De qué manera se relaciona la paz con la obra del Espíritu Santo?

La paz es más duradera que el gozo, y llega como resultado de ser justificados por la fe en nuestro Señor Jesucristo (Rom. 5:1). Cuando estamos en paz con Dios, el Espíritu Santo nos guía a ser pacíficos y pacientes con los demás. Debido a que el Dios de paz estará con nosotros (Fil. 4:9) por medio del Espíritu Santo, no seremos buscapleitos ni vengativos con los demás. Más bien, buscaremos vivir tan pacíficamente como sea posible con todos (Rom. 12:18).

Lee 2 Pedro 3:9. ¿De qué modo la paciencia refleja el carácter de Dios?

La paciencia nos es una característica común en los seres humanos. Significa aguantar a otros o soportar ciertas características, aun cuando no sean fáciles. Sin embargo, incluso en medio de las dificultades, no estamos solos. Dios nos sostiene por medio de su Santo Espíritu y construye en nosotros paciencia, una característica que es distintiva de los creyentes en el tiempo del fin (Apoc. 14:12). Solamente aquellos que apuntan a un blanco digno pueden ser pacientes.

Gozo, paz y paciencia. ¿Cuánto de este fruto experimentas en tu vida? ¿En cuáles de estas áreas necesitas que el Espíritu trabaje más?

BENIGNIDAD, BONDAD Y FIDELIDAD

Lee 1 Corintios 13:4. ¿Por qué la benignidad genuina tiene un atractivo tan positivo para los demás? ¿Dónde ves la benignidad de Dios en su trato con la humanidad?

“Benignidad” es una palabra que se utiliza con frecuencia para describir la manera en que Dios se relaciona con su pueblo. Benignidad también describe la forma en la que deberíamos tratar a otros cuando fracasan. Dios podría ser muy duro al tratar con nuestras fallas. Sin embargo, él actúa del mismo modo en que un padre amante lo haría con un hijo que está aprendiendo (Ose. 11:1-4). Quizá nada desacredita más, ni con tanta frecuencia, nuestro testimonio y nuestro ministerio cristianos como la antipatía. No cuesta nada ser benigno, y puede abrir la puerta del corazón de la otra persona. No importa cuán firmes debamos ser en la reprobación, no debemos volvernos hostiles en nuestro trato con los demás, más allá de sus faltas y problemas.

Lee Efesios 5:9. ¿Qué acompaña a la benignidad, según este pasaje?

La bondad es amor en acción. La bondad que crece como fruto del Espíritu también incluye obras y actos de bondad. Se demuestra en obras prácticas realizadas con amor para los demás. Cuando estamos llenos del Espíritu Santo, hay un desborde positivo de bondad hacia las personas con las que entramos en contacto.

Lee Gálatas 5:22. ¿Por qué es importante ser confiable y fidedigno en nuestro caminar cristiano con Dios?

Lo que vemos aquí es la fidelidad de carácter y conducta que se produce por medio del Espíritu Santo. “Fidelidad” (“fe”, en la RVR) significa “confiabilidad” o “ser digno de confianza”. Quienes son fieles cumplen lo que prometen. Fidelidad también es una de las características de Jesucristo, quien es llamado “el testigo fiel” (Apoc. 1:5); y de Dios el Padre, que guarda sus promesas y es fiel en lo que hace (1 Cor. 1:9; 10:13; 1 Tes. 5:24; 2 Tes. 3:3). En nuestra fidelidad, reflejamos la imagen de Dios en nuestra vida. “No son los grandes resultados que podamos obtener, sino los motivos que nos impulsan a actuar los que tienen valor para Dios. Él aprecia la bondad y la fidelidad más que la grandeza de la obra realizada” (TI 2:453).

MANSEDUMBRE Y DOMINIO PROPIO

Lee Gálatas 5:23 y Mateo 5:5. ¿Por qué la mansedumbre es importante para tener un liderazgo semejante al de Cristo?

Mansedumbre no significa debilidad. No es cobardía ni falta de liderazgo. Al contrario, Moisés fue llamado el hombre más manso de la Tierra (Núm. 12:3) y, no obstante, fue un líder poderoso del pueblo de Dios. Las personas mansas no son alborotadoras, ni buscapleitos ni egoístamente agresivas. Más bien, sirven con un espíritu dócil. La mansedumbre puede ser la expresión exterior de la fe y la confianza interior, no en uno mismo, por supuesto, sino en el poder de Dios, quien trabaja en nosotros. A menudo, aquellos que son bulliciosos, alborotadores y enérgicos están tapando inseguridades y temores.

Lee Gálatas 5:23 y Proverbios 16:32. ¿Qué miseria nos sobreviene cuando no ejercemos el dominio propio? ¿Qué bendiciones obtenemos si tenemos dominio propio y somos temperantes en nuestra vida?

El último aspecto del fruto del Espíritu es la temperancia, o dominio propio (templanza). En este aspecto, todos debemos ser cuidadosos, porque ¿quién no tiene, en alguna área u otra, luchas con el dominio propio? Antes de poder gobernar una ciudad, una comunidad o una iglesia, uno debe ser capaz de gobernar su propio espíritu. La verdadera temperancia es poder controlar no solamente el apetito o la bebida sino también toda otra área de la vida.

Todos los aspectos mencionados arriba forman parte de un solo fruto del Espíritu. Cuando la Biblia describe la obra de Dios en nuestra vida, los aspectos éticos de santidad tienen prioridad sobre los dones carismáticos. La semejanza a Cristo en todo aspecto es lo que realmente importa en la vida del creyente. Debido a que el fruto del Espíritu es la marca distintiva común de todos los creyentes por doquier, produce una unidad visible en su iglesia.

Piensa en áreas de tu vida en las que deberías ejercer más dominio propio. Quizá lo estés logrando en algún aspecto, pero no tanto en otro. ¿Por qué es importante, gracias al poder de Dios, tener control sobre todas las áreas? Lleva tu respuesta a la clase el sábado.

PARA ESTUDIAR Y MEDITAR: “En lenguaje moderno, el pasaje de Gálatas 5:22 y 23 debería decir algo parecido a lo siguiente: ‘El fruto del Espíritu es tener una disposición cariñosa y amante; un espíritu radiante y un temperamento alegre; una mente calma y una actitud sosegada; paciencia tolerante ante circunstancias provocadoras y personas difíciles; perspicacia comprensiva y una actitud servicial discreta; justicia generosa y profunda caridad; lealtad y confiabilidad bajo toda circunstancia; humildad que se olvida del yo ante el gozo de los demás; y, en todas las cosas, dominio propio y autocontrol, que es la nota final de perfeccionamiento. Este es el tipo de carácter que representa el fruto del Espíritu. Todo se halla en la palabra “fruto”. No es por esfuerzo propio ni por permanencia; no es por preocupación, sino por confianza; no es por obras, sino por fe’ ”.—S. Chadwick, en Arthur Walkington Pink, *The Holy Spirit*, capítulo 30.

“Si usted tiene el amor de Dios en su corazón y ama la verdad, con la fe más santa deseará contribuir al desarrollo de su hermano. Si oye algún comentario que perjudica a un amigo o hermano, no lo fomente; es obra del enemigo. Al que lo exprese, bondadosamente recuérdelo que la Palabra de Dios prohíbe esa clase de conversación” (RP 78).

PREGUNTAS PARA DIALOGAR:

1. En clase, habla sobre la pregunta final del jueves con respecto a la necesidad de dominio propio. Si somos salvos por gracia, ¿por qué es tan importante la victoria sobre el pecado? Después de todo, ¿acaso el evangelio no se trata del perdón de los pecados? Al mismo tiempo, piensa en el carácter de Judas y en lo que le hizo el pecado de la codicia. ¿Qué podemos aprender de este ejemplo en respuesta a la pregunta sobre la necesidad de lograr victorias? Por otro lado, ¿de qué manera lo que dice Elena de White en el siguiente párrafo arroja luz sobre la pregunta de nuestra necesidad de victoria? “Un solo rasgo malo en el carácter, un solo deseo pecaminoso, persistentemente albergado, neutraliza con el tiempo todo el poder del evangelio” (CC 34).

2. ¿Por qué el fruto del Espíritu es más importante que cualquier don del Espíritu?

3. Lee en voz alta 1 Corintios 13 en clase y habla sobre lo que significa. ¿Por qué Pablo hace tanto énfasis en la necesidad de amor? ¿De qué forma podemos aprender a amar de la manera en que describe Pablo? ¿Por qué es tan crucial la muerte al yo y la permanencia en Cristo, especialmente a la hora de amar a aquellos a quienes realmente no queremos?

Lección 8: Para el 25 de febrero de 2017

EL ESPÍRITU SANTO Y LOS DONES DEL ESPÍRITU



Sábado 18 de febrero

LEE PARA EL ESTUDIO DE ESTA SEMANA: 1 Corintios 12:4-7, 11; Efesios 4:7; 1 Corintios 12:14-31; Romanos 12:3-8; 1 Juan 4:1-3.

PARA MEMORIZAR:

“Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo. Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo” (1 Cor. 12:4-6).

CUANDO JESÚS DEJÓ A SUS DISCÍPULOS y ascendió al cielo, con su Padre, les encargó una tarea específica: predicar las buenas nuevas del evangelio al mundo. Y no los dejó desprovistos: les dio los medios necesarios para llevar a cabo lo que les mandó hacer en su nombre, y por medio del poder y la ayuda del Espíritu Santo. En 1 Corintios 1:4 al 7, Pablo agradece “por la gracia de Dios que os fue dada en Cristo Jesús; porque en todas las cosas fuisteis enriquecidos en él, [...] de tal manera que nada os falta en ningún don”. Los dones espirituales son otorgados por medio del Espíritu Santo en Cristo para edificación de su iglesia.

Esta semana estudiaremos al Espíritu Santo como el Dador soberano de los increíbles dones de Dios, y veremos la diferencia entre el fruto del Espíritu y los dones del Espíritu.

EL FRUTO DEL ESPÍRITU Y LOS DONES DEL ESPÍRITU

El fruto del Espíritu y los dones del Espíritu tienen el mismo Autor. Sin embargo, no son lo mismo. A nadie se le requiere manifestar un don del Espíritu, pero todos deberían manifestar el fruto del Espíritu. Los dones espirituales no necesariamente testifican de nuestra espiritualidad; pero el fruto del Espíritu, sí. Mientras que hay un solo fruto del Espíritu, hay muchos dones y algunos son mayores que otros.

Lee 1 Corintios 12:4 al 7, y 11. ¿Cuál es la esencia de lo que Pablo está enseñando aquí?

Aunque todos los aspectos del fruto del Espíritu han sido diseñados por Dios para que sean visibles en la vida de sus seguidores, no todos los creyentes tienen el mismo don o los mismos dones. No hay ningún mandato que indique que todos deban tener un don en particular, tal como hablar en lenguas. Más bien Dios, en su soberanía, dota a sus creyentes de diferentes dones como él ve conveniente. Los dones del Espíritu son dados a fin de que podamos servir a otros y edificar el cuerpo de Cristo, su iglesia. Estos dones no son otorgados para nuestro propio placer ni gloria. Son dados para el avance de la causa de Dios.

Por lo tanto, los dones espirituales carecen de valor sin el fruto del Espíritu. Es interesante que, dentro del contexto de los dones espirituales, a menudo se hace referencia al amor. Inmediatamente después de 1 Corintios 12, viene la descripción suprema del amor, en el capítulo 13. Efesios 4:11 al 13 es seguido, en los versículos 15 y 16, por una referencia al amor. Los versículos siguientes a Romanos 12:3 al 8, donde se mencionan los dones del Espíritu, hablan acerca del amor (vers. 9, 10).

Después de todo, los dones son dones de gracia; es decir, son dones de amor. Son otorgados por amor y sirven al amor de Dios a fin de alcanzar a otras personas. Al amar a otros, estamos revelando el amor de Dios por ellos. Un Dios de amor omnisciente provee los medios para llevar a cabo lo que ha comisionado a su pueblo. Quizá por eso el amor es el don más grande de todos (1 Cor. 13:13).

¿Por qué el amor es tan central en todo lo que hacemos como cristianos? ¿De qué manera el amor, en cierto sentido, nos da “poder” para testificar?

DIOS, EL SOBERANO DADOR DE LOS DONES ESPIRITUALES

No somos nosotros los que decidimos qué dones tener. La palabra griega para los dones del Espíritu es *charismata*; son dones de gracia, distribuidos y dados por Dios mismo. No los obtenemos por nuestro estatus, nuestra posición, nuestro honor, nuestra educación o nuestro desempeño espiritual. Son dones dados libremente por amor, a fin de que podamos cumplir la tarea que Dios nos ha asignado.

Lee Efesios 4:7. A menudo pensamos que el Espíritu Santo es el que otorga los dones espirituales. Sin embargo, el apóstol Pablo también conecta a Jesucristo con su distribución. ¿De qué manera está involucrado Jesús a la hora de otorgar dones?

Pablo dice que la gracia de Cristo se aseguró el derecho de entregarnos dones. Pero es el Espíritu Santo el que los distribuye a los miembros de la iglesia. Aquellos que han aceptado a Jesucristo como su Salvador personal y creen en él serán equipados por el Espíritu Santo con dones espirituales “como él quiere” (1 Cor. 12:11). La distribución de los dones es decisión soberana de Dios.

Una habilidad innata, por sí sola, no es un don espiritual. Los dones espirituales no son lo mismo que los talentos naturales que una persona puede haber desarrollado por medio de educación intensa. Muchos no cristianos son bendecidos con talentos providenciales. Aunque toda cosa buena y todo don perfecto, básicamente, provienen de Dios (Sant. 1:17), él ha decidido equipar a sus creyentes con dones especiales a fin de bendecir la vida de otros cristianos y de edificar a su iglesia. Dios también puede utilizar un talento natural con ese propósito cuando la persona reconoce que aun ese talento, en última instancia, proviene de Dios, y luego, con oración y sumisión, dedica ese talento a la obra de Dios.

¿Qué dice Pablo a sus lectores, en 1 Corintios 12:14 al 31, acerca de la distribución de los dones? ¿Por qué esta perspectiva es tan importante para entender el modo en que funcionan los dones espirituales en la iglesia?

El Espíritu Santo es el que distribuye los dones según su sabiduría y voluntad. Debido a que nos ama y sabe mejor que nadie cómo podemos servirlo eficientemente, no necesitamos ser envidiosos de otros y de sus dones. Enviar dones ajenos es una señal de ingratitud hacia Dios y de que dudamos de su sabiduría al distribuir sus dones.

¿Qué dones ha otorgado Dios a los miembros de tu iglesia? ¿Qué mensaje puedes obtener del hecho de que diferentes personas tienen distintos dones?

EL PROPÓSITO DE LOS DONES ESPIRITUALES

Lee Romanos 12:3 al 8; y Efesios 4:8 al 12. ¿Cuál es el propósito de los dones espirituales que Dios nos da?

Los dones espirituales fueron dados claramente para el servicio, y no para nuestra santificación. No son trucos milagrosos que satisfacen nuestra curiosidad, ni tampoco son otorgados como antídoto para el aburrimiento. A menudo pensamos en los dones del Espíritu Santo en términos de suplir nuestras necesidades espirituales, o con el fin de darnos poder en nuestro caminar con Dios. El resultado es una visión de los dones del Espíritu Santo que está centrada más en el cristiano que en Cristo. Está más enfocada en nosotros que en Dios. Cuando intentamos recuperar la perspectiva centrada en Dios de los dones espirituales, nos damos cuenta de que los dones que Dios da cumplen múltiples propósitos divinos: son otorgados para la edificación de la iglesia y fomentar su unidad (Efe. 4:12-16). Son dados para continuar el ministerio de la iglesia encomendado por Dios (vers. 11, 12). Y, en última instancia, son dados para glorificar a Dios (1 Ped. 4:10, 11).

Esta es la razón por la cual los dones nunca son otorgados para complacernos a nosotros mismos. Son para edificación de los demás (1 Ped. 4:10; 1 Cor. 14:12, 26). Son dados para proporcionar ganancia espiritual y edificación para la iglesia entera. Es una tragedia cuando los dones de Dios, que se supone deberían fomentar la unidad en la iglesia, son mal utilizados y solo algunos individuos se ven beneficiados. Cuando esto ocurre, algunas personas reciben prominencia indebida; lo que, a su vez, fomenta la desunión y da lugar a divisiones.

Demasiado a menudo pensamos en los dones espirituales únicamente en términos de habilidad y de talentos. Mientras estos están involucrados en los dones espirituales, deberíamos recordar que, al otorgar un don espiritual, el Espíritu Santo siempre da una tarea o un ministerio específicos que lo acompañan (1 Ped. 4:10). De modo que se podría decir que los dones espirituales son ciertas capacidades dadas sobrenaturalmente por Dios, por medio del Espíritu Santo. Estos dones capacitan a la persona para un tipo especial de servicio que edificará a la iglesia y son necesarios a fin de alcanzar ese objetivo.

¿Por qué piensas que un propósito primario de los dones es la unidad de la iglesia? ¿De qué manera los creyentes con diferentes dones pueden apuntar a la unidad de la iglesia? ¿Qué debe ocurrir para que los diferentes dones sean una bendición en vez de una fuente de división?

EL DON, ANTES Y AHORA

Lee 1 Corintios 14:1. Compara las diferentes listas en 1 Corintios 12:7 al 11, y 27 al 31; Romanos 12:3 al 8; y Efesios 4:11 y 12. Esos dones ¿fueron dados únicamente a los creyentes del Nuevo Testamento? ¿Por qué también hoy están disponibles?

Hay algunos cristianos que piensan que los dones espirituales mencionados en el Nuevo Testamento estaban restringidos a la época de Jesús y los apóstoles. Argumentan que, con la muerte del primer apóstol, los dones espirituales especiales también han desaparecido de la iglesia. Para sustentar esa posición, citan 1 Corintios 13:10, donde el apóstol Pablo afirma que “cuando venga lo perfecto, entonces lo que es en parte se acabará”. Sí, vendrá el tiempo en el que los dones cesarán. Pero cesarán únicamente cuando lo perfecto haya llegado; es decir, cuando ya no veamos como por un vidrio oscuro, sino cara a cara, cuando Jesús regrese. La Biblia nos dice que los dones espirituales son dados para edificación de la iglesia (1 Cor. 12:28). Pablo amonesta a los creyentes: “Desead ardientemente los dones espirituales” (1 Cor. 14:1; BA). Son necesarios para el bienestar del cuerpo. En ausencia de cualquier evidencia bíblica de que Dios los haya abolido, debemos entender que el propósito de Dios es que permanezcan hasta que la iglesia haya culminado su misión y Cristo haya regresado a la Tierra.

La obra de Dios será completada al fin del tiempo con poder y fortaleza mucho mayores que los inicios. Mientras la iglesia sea llamada a preparar al mundo para la segunda venida de Cristo, Dios no dejará que los miembros de la iglesia queden sin ayuda para cumplir su misión. No obstante, estos dones nunca sustituirán la Biblia, ni ocuparán el mismo lugar que ella. Más bien, son un cumplimiento de la promesa bíblica de capacitar a los creyentes a fin de que puedan edificar el cuerpo de Cristo y preparar al mundo para el pronto regreso de Jesús.

Lee Efesios 4:11 al 13, especialmente el versículo 13, que dice: “Hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”. ¿Qué nos dice esto acerca de la necesidad presente de los dones en la iglesia?

EL ESPÍRITU SANTO Y EL DON DEL DISCERNIMIENTO

Lee 1 Corintios 12:10 y 14:29; y 1 Juan 4:1 al 3. ¿Por qué es importante el don del discernimiento?

Aunque hay dones espirituales genuinos en la iglesia, la Biblia también nos advierte en cuanto a no creer a todo espíritu, sino más bien probar a los espíritus por su conformidad con las Escrituras y su congruencia, y si exaltan a Jesús como el Señor. Es necesario el “discernimiento de espíritus” (1 Cor. 12:10), porque no todo lo que pretende ser de Dios proviene realmente de él. Se nos advierte que hay poderes demoníacos buscando engañar a la iglesia, y que hay imitaciones diabólicas de los dones genuinos del Espíritu, tales como falsas enseñanzas, falsas profecías, visiones mentirosas, dones de lenguas falsos, poderes de sanidad ocultos, maravillas y señales engañosas, etc.

Algunos que aceptan la validez de los dones espirituales aún hoy, sin embargo, les han dado un énfasis especial en *algunos* dones espirituales, y han otorgado prominencia injustificada a la presencia de señales y maravillas especiales. Es interesante que Pablo mencione el don del discernimiento inmediatamente después de referirse al don de “hacer milagros” y el don de “profecía”, y antes de mencionar el don de lenguas (1 Cor. 12:10).

A fin de preservar a la iglesia en la verdad y la unidad, y para salvaguardar a los miembros de seguir a falsos profetas y ser engañados por falsas señales y milagros, Dios da a la iglesia el don del discernimiento. La madurez bíblica, el conocimiento y la fidelidad a la Palabra de Dios, en fe y práctica, son necesarios para hacer evaluaciones apropiadas. La base para todo discernimiento, sin embargo, debe ser la Palabra de Dios. Únicamente al probar todo según la Palabra, podemos estar seguros de si lo que estamos escuchando o viendo es verdaderamente del Señor o si proviene, más bien, de otra fuente.

“Quien haga de la operación de milagros la prueba de su fe encontrará que Satanás puede, mediante una variedad de engaños, realizar maravillas que pasarán por milagros genuinos. [...] No dejéis que transcurran los días ni que se pierdan las preciosas oportunidades de buscar al Señor de todo corazón, y con toda la mente y el alma. Si no aceptamos la verdad con amor, podemos encontrarnos entre aquellos que verán realizarse milagros por el poder de Satanás en estos últimos días, y que creerán en ellos. Muchas cosas extrañas pasarán por milagros maravillosos, pero deberían considerarse como engaños inventados por el padre de la mentira. [...] Habrá personas que, sometidas a la influencia de los espíritus malignos, realizarán milagros” (MS 2:60, 61).

PARA ESTUDIAR Y MEDITAR: Lee *El conflicto de los siglos*, pp. 501-506, 579-587.

Algunos se preguntan: “¿Por qué no vemos hoy los mismos tipos de milagros que se veían en los tiempos bíblicos, tales como curaciones milagrosas?” En primer lugar, sí escuchamos historias de milagros. Y, ciertamente, algunas personas los han visto con sus propios ojos. En segundo lugar, cuando leemos la Biblia, nos da la impresión de que los milagros ocurrían de forma constante. Pero nos parece así solamente porque el Espíritu Santo inspiró a los autores bíblicos a escribir acerca de eventos que eran cruciales en el establecimiento de la iglesia primitiva, y estos eventos a menudo incluían milagros. Podríamos imaginarnos que, en la mayoría de los casos y la mayor parte del tiempo, las cosas en aquel entonces eran igual que ahora: las personas aprendían de la Palabra de Dios y, luego, respondían al Espíritu Santo. Por último, Elena de White escribió: “La forma en que Cristo obró consistió en predicar la Palabra y en aliviar los sufrimientos mediante obras milagrosas de curación. Pero se me ha dicho que hoy no podemos obrar en la misma forma, porque Satanás ejercerá su poder realizando milagros. Los siervos de Dios de hoy no podrían obrar mediante milagros, porque se realizarán obras espurias de curación que se harán pasar por divinas. Por esta razón, el Señor ha designado un método mediante el cual su pueblo debe llevar a cabo la obra del sanamiento físico, combinándolo con la enseñanza de la Palabra. Deben establecerse sanatorios y, con estas instituciones, deben relacionarse obreros capaces de llevar a cabo una obra médica misionera genuina. Así se rodeará con una influencia protectora a aquellos que acuden a los sanatorios en busca de tratamiento” (*MS* 2:62).

PREGUNTAS PARA DIALOGAR:

1. ¿Cuál es la diferencia entre el fruto del Espíritu y los dones del Espíritu?
2. ¿De qué manera la comprensión de que los dones son otorgados por un Dios amante y sabio puede ayudarnos a apreciar los diversos dones en nuestra iglesia?
3. ¿Por qué las señales y las sanaciones milagrosas no son en sí mismas una guía segura para determinar su verdad? ¿Qué necesitamos junto con ellas?
4. “Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno” (Rom. 12:3). ¿Qué amonestación crucial se nos da aquí? ¿Cuán “alto” debería ser el concepto que tenemos de nosotros mismos?

Lección 9: Para el 4 de marzo de 2017

EL ESPÍRITU SANTO Y LA IGLESIA



Sábado 25 de febrero

LEE PARA EL ESTUDIO DE ESTA SEMANA: Efesios 1:22, 23; 1 Corintios 12:13; Romanos 6:3-7; Hechos 17:11; Efesios 4:5, 6; Hechos 2:4-11.

PARA MEMORIZAR:

“Solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo” (Efe. 4:3-5).

A VECES PENSAMOS EN EL ESPÍRITU SANTO obrando únicamente en el ámbito individual y en la vida de cada creyente de forma personal. Pero esta obra individual es el fundamento de la comunidad espiritual. El Espíritu Santo es el responsable final de la existencia de la iglesia de Cristo.

A menudo nos vemos tentados a pensar que la iglesia existe y crece gracias a nuestras diversas actividades evangelizadoras y misioneras. Sí, Dios desea lograr sus planes gloriosos para la iglesia, y hacerlo con nuestra ayuda. Pero la verdadera razón de ser de la iglesia no yace en lo que hacemos; tampoco es el resultado de nuestra organización eficiente y administración eficaz, por más importantes que sean. La iglesia existe gracias a lo que Dios ya ha hecho y continúa haciendo por nosotros por medio del Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo el que crea una comunidad espiritual y de compañerismo que tiene la Palabra escrita de Dios, inspirada por el mismo Espíritu, como su autoridad de fe y práctica. La Biblia inspirada por el Espíritu es el fundamento para la unidad teológica de la iglesia. Sin la obra del Espíritu, la iglesia no existiría y no podría continuar cumpliendo su misión unida.

EL ESPÍRITU SANTO NOS UNE CON CRISTO

El Espíritu Santo nos une de muchas maneras. No existiríamos como iglesia si el Espíritu Santo no nos uniera primeramente con Cristo. Cristo es la cabeza de la iglesia (ver Efe. 1:22, 23; 5:23). Por medio del Espíritu Santo, podemos ser unidos de manera efectiva con Cristo mismo. Estar unidos a Cristo es el fundamento de todas las bendiciones de salvación, porque todo lo que tenemos en el Señor proviene de él. Nuestra adopción como hijos e hijas de Cristo, nuestra justificación al igual que nuestra santificación, nuestra vida victoriosa sobre el pecado y nuestra glorificación; todo es recibido gracias a nuestra unión con Cristo. Por ello, él debe ser el fundamento de nuestra experiencia cristiana entera.

Lee Efesios 2:18, y 20 al 22; y 1 Pedro 2:6 y 7. ¿Qué nos dicen estos versículos acerca del papel de Cristo y del Espíritu Santo en la creación de la iglesia?

Por medio del Espíritu, tenemos acceso a Dios el Padre. Jesús es la Roca, el fundamento de nuestra salvación, y aquel sobre quien todas las otras partes del edificio son erigidas.

Luego, la obra del Espíritu en el nivel individual lleva a una comunidad específica de fe: la iglesia. Cuando hemos experimentado la salvación por fe en Cristo Jesús solamente, y habiendo sido tocados por el amor de Dios, hay una dulce “comunidad del Espíritu Santo” (2 Cor. 13:14) en la iglesia. Los creyentes individuales están siendo edificados en una nueva morada espiritual de Dios “en el Espíritu” (Efe. 2:22). Como seguidores de Cristo, deberíamos estar deseosos de “guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (4:3). De toda manera posible, sin comprometer lo que no puede ser comprometido, debemos buscar unidad en la comunidad de creyentes.

Lee Colosenses 3:12 al 14. ¿De qué manera puedes ejemplificar esos atributos y contribuir a la unidad de la iglesia? ¿Por qué estos atributos son tan importantes para la unidad de la iglesia?

EL ESPÍRITU SANTO NOS UNE POR MEDIO DEL BAUTISMO

Lee 1 Corintios 12:13. ¿De qué manera el bautismo nos une con Cristo y con el Espíritu?

Es el Espíritu Santo el que nos une en un solo cuerpo de creyentes. La entrada pública al reino espiritual de Cristo es por medio del bautismo. Somos bautizados en un cuerpo eclesial específico. Por lo tanto, el bautismo tiene una dimensión de comunión distintiva e importantes implicaciones de comunidad. Como seguidores de Cristo, no podemos vivir por nuestra cuenta. Todos necesitamos el apoyo, el ánimo y la ayuda de los demás. Y ciertamente no podemos cumplir solos la misión divina. Por eso Dios creó la iglesia. Seguir a Cristo significa seguirlo en comunión con otros creyentes. Por ello, el bautismo y la iglesia tienen un componente visible.

Lee Romanos 6:3 al 7. ¿Qué simboliza el bautismo bíblico?

El acto de ser enterrados con Jesucristo en la muerte de la tumba de agua, por medio del bautismo, y ser resucitados a una nueva vida de comunión con Jesús, nuestro Señor y Salvador, simboliza la crucifixión de la antigua vida y la confesión pública de aceptar a Cristo como nuestro Salvador.

“El bautismo es una solemne renuncia al mundo. Por esta profesión, el yo muere a la vida de pecado. Las aguas cubren al candidato, y en presencia del universo entero se sella la promesa mutua. En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, el hombre es sepultado con Cristo en el bautismo y se levanta del agua para vivir una nueva vida de lealtad a Dios” (FV 146).

El bautismo es un paso positivo que deben cumplir todos los que desean reconocerse bajo la autoridad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En otras palabras, el bautismo marca el verdadero arrepentimiento y la crucifixión de la vida antigua, y señala al nuevo nacimiento, o conversión. También abarca obligaciones pactuales mutuas. El creyente promete ser fiel a Dios y a sus mandamientos, y Dios garantiza que podemos depender de su ayuda cuando sea que la necesitemos.

¿Ya has tomado la decisión del bautismo del creyente? Si no, ¿qué te detiene de seguir a Cristo a través del bautismo? Si ya has sido bautizado por inmersión, ¿de qué manera ha impactado tu pacto bautismal en tu caminar espiritual con Jesús?

EL ESPÍRITU SANTO UNE A LA IGLESIA POR LA PALABRA DE DIOS

Lee Hechos 17:11; y Juan 5:39, 46 y 47; y 8:31 y 32. ¿Cuál es una de las marcas distintivas de un verdadero discípulo de Cristo? ¿Por qué la Biblia es tan indispensable en señalarnos a Cristo y en ayudarnos a seguirlo fielmente?

El medio principal por el cual el Espíritu Santo nos une con Cristo es la Palabra de Dios. La Biblia es una fuente confiable para conocer a Jesús y la voluntad de Dios. Por eso es tan importante leer las Escrituras y memorizar su contenido. La Biblia es la fuente autoritativa para discernir la verdad espiritual y el error. Pablo felicitó a los bereanos por su nobleza (Hech. 17:11), porque estudiaron diligentemente y escudriñaron las Escrituras a fin de comprobar si lo que oían era verdad.

Toda reforma y reavivamiento espiritual, no importa si nos afecta individualmente o como iglesia en forma corporativa, debe basarse en las Escrituras. La Biblia es el fundamento sobre el cual nuestra fe se construye; al mismo tiempo, el amor de Jesús y a su Palabra es el vínculo que nos mantiene unidos.

Lee Juan 17:17 al 21. Aquí Jesús habla acerca de la unidad como una marca distintiva de discipulado cristiano. Según Juan 17:17, ¿cuál es la base para esta unidad?

La Palabra de Dios es verdad (Juan 17:17; Sal. 119:160). La unidad de la iglesia es la obra del Espíritu *con y por medio de* la Palabra escrita de Dios. El Espíritu Santo nunca nos guiará a dudar, criticar, añadir o reducir la enseñanza de la Biblia. Más bien, el Espíritu nos hace apreciar la autoridad divina de las Escrituras. El Espíritu Santo nunca nos aleja de la Palabra escrita, como tampoco lo haría de la Palabra (el Verbo) viviente. Más bien, nos mantiene en sumisión constante, consciente y voluntaria a ambas. La Biblia es la fuente fundacional para cualquier unidad teológica global. Si fuéramos a minimizar o debilitar nuestra creencia implícita en la Biblia como la Palabra de verdad de Dios para nosotros, la unidad de la iglesia sería destruida.

¿Cuánto tiempo dedicas a la Palabra? Más importante aún, ¿de qué manera puedes aprender a someterte a sus enseñanzas?

EL ESPÍRITU SANTO UNE A LA IGLESIA EN FE Y DOCTRINA

“Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos” (Efe. 4:5, 6). ¿Qué nos está enseñando aquí Pablo acerca de la unidad y de dónde viene?

La unidad en fe y doctrina se logra únicamente en fidelidad a la Palabra de Dios. El Señor, que es el mismo ayer, hoy y para siempre, forma un vínculo espiritual con cada creyente. El mismo nuevo nacimiento, generado por el Espíritu Santo, la misma obediencia a la Palabra de Dios, hecha posible por el Espíritu Santo, llevan a una unidad de fe y práctica que trasciende toda diferencia humana y cultural.

Aunque somos llamados a someternos a la Palabra de Dios y hacer todo lo que podamos para mantener la paz con todos (Rom. 12:18), en última instancia no podemos por nosotros mismos lograr la unidad teológica o la unidad de propósito como cuerpo de la iglesia. Pues la unidad no es tanto algo que tengamos que lograr nosotros sino más bien es un don del Espíritu Santo, que obra en cada creyente de manera individual y en la iglesia de forma corporativa.

El fundamento teológico de esta unidad es la Palabra de Dios. Cualquier apelación al Espíritu sin la Palabra escrita puede llevar a doctrinas y prácticas dudosas. Al mismo tiempo, cualquier apelación a la Palabra de Dios sin el Espíritu Santo seca la Palabra y la vuelve estéril. Dado que hay un solo Señor, hay una sola fe que lleva a un solo bautismo. Solamente en fidelidad gozosa a la Palabra de Dios podremos ver la unidad en nuestra iglesia. Y si no hay unidad en fe y doctrina, no habrá unidad en misión.

“Tenemos un Señor, una fe, un bautismo. El evangelio de Cristo debe alcanzar a todas las clases, todas las naciones, todas las lenguas y pueblos. La influencia del evangelio debe unir en una gran hermandad. Tenemos un solo Modelo que debemos imitar en la edificación del carácter, y entonces todos tendremos el molde de Cristo; estaremos en armonía perfecta; las nacionalidades se unirán en Jesucristo, poseyendo la misma mente, y el mismo juicio, hablando de las mismas cosas, y glorificando a Dios con una sola boca” (NEV 173).

Observa la declaración de Elena de White. Sin pensar en los demás, o en lo que hacen los demás, sino solamente en ti mismo, pregúntate: *¿Qué puedo hacer para ayudar a alcanzar este maravilloso objetivo de la unidad?*

EL ESPÍRITU SANTO UNE A LA IGLESIA EN MISIÓN Y SERVICIO

Lee Hechos 2:4 al 11, y 16 al 21. ¿Cuál fue el resultado del derramamiento del Espíritu Santo en los creyentes del Nuevo Testamento?

El Espíritu Santo fue responsable del esfuerzo misionero más poderoso que la historia había presenciado hasta ese momento. Dios puede hacer más por medio de un grupo pequeño que está unido en su devoción a él que lo que puede hacer por medio de un grupo grande pero dividido. Dios puede hacer cosas mucho mayores cuando todos dedicamos nuestra vida y energía, nuestros talentos y recursos, a él.

La iglesia del Nuevo Testamento creció a partir de la unidad en la vida y la misión de los creyentes. Un pequeño y tímido grupo de creyentes fue transformado hasta conformar una tropa poderosa que se convirtió en una herramienta efectiva que alcanzó a personas de diferentes culturas e idiomas. Se unieron al proclamar “las maravillas de Dios” (Hech. 2:11). El mismo Dios que estuvo activo en los tiempos del Nuevo Testamento estará activo al fin del tiempo, cuando la obra deba ser finalizada antes de que Jesús regrese por segunda vez.

Lee Hechos 2:42 al 47. ¿En qué otros aspectos estaban unidos los creyentes del Nuevo Testamento?

El emprendimiento misionero de Pentecostés estuvo acompañado por otros factores en los cuales la iglesia temprana permaneció unida. Estaban unidos en el estudio de la Biblia y perseveraban en las enseñanzas de los apóstoles (Hech. 2:42). Estaban unidos en comunión y el partimiento del pan, posiblemente una referencia a la unidad en adoración (vers. 42). Estaban unidos en oración (vers. 42) y en alabanzas a Dios (vers. 47). Estaban unidos en servir a las personas necesitadas al compartir sus posesiones y tenían todas las cosas en común (vers. 44, 45). El estudio de la Biblia en unidad y la confraternización darán como resultado el deseo de compartir las buenas nuevas con otras personas y ayudar a otros de maneras muy prácticas. El Espíritu Santo abrirá nuestros ojos a las necesidades de quienes nos rodean.

¿Qué actividades en tu iglesia local ayudan a revelar la unidad de tu iglesia? ¿Qué más se podría hacer?

PARA ESTUDIAR Y MEDITAR: “Esta es la obra en que también nosotros hemos de ocuparnos. En vez de vivir a la expectativa de alguna oportunidad especial de excitación, hemos de aprovechar sabiamente las oportunidades presentes haciendo lo que debe hacerse a fin de que sean salvas las almas. En vez de consumir las facultades de nuestra mente en especulaciones acerca de los tiempos y las sazones que el Señor ha dejado en su sola potestad y ha retenido de los hombres, hemos de entregarnos al control del Espíritu Santo, a la ejecución de los deberes actuales, a dar el pan de vida, sin mezcla de opiniones humanas, a las almas que están pereciendo por la verdad” (*MS* 1:218).

“Todo individuo está luchando para llegar a ser un centro de influencia, y hasta que Dios no trabaje por su pueblo no verán que la subordinación a él es la única seguridad para toda alma. Su gracia transformadora en los corazones humanos conducirá a la unidad, una unidad que todavía no ha sido lograda, pues todos los que son asimilados por Cristo estarán en armonía los unos con los otros. El Espíritu Santo creará unidad” (*MS* 3:21, 22).

PREGUNTAS PARA DIALOGAR:

1. ¿Qué quiere decir Elena de White cuando señala que “todo individuo está luchando para llegar a ser un centro de influencia”? ¿Por qué es esa una tendencia tan natural en todos nosotros, y qué podemos hacer para luchar contra esta tendencia en nuestra propia vida? (Ver también Fil. 2:3, 4.)

2. Algunos argumentan que lo que realmente nos dará unidad es el servicio, no la doctrina. De hecho, argumentan que la doctrina tiende a dividir a las personas; por ende, no debería dársele prominencia. Pero ¿por qué no puede haber unidad en misión y servicio si hay división en doctrina? ¿Por qué una fe compartida es un factor poderoso para la misión unida y efectiva?

3. Al mismo tiempo, ¿cuánto lugar hay para las diferencias teológicas? Pocas personas entenderán la verdad exactamente de la misma manera. ¿De qué forma podemos estar unidos como iglesia mientras, al mismo tiempo, permitimos las diferencias menores que surgirán? ¿De qué manera las personas en tu iglesia local pueden lidiar con las diferencias de entendimiento y aun así mantener la unidad?

4. ¿De qué modo la Biblia puede ser un instrumento que traerá unidad? ¿Qué actitud es necesaria en nuestro estudio de la Palabra de Dios para que podamos estar unidos en misión y fe como iglesia?

Lección 10: Para el 11 de marzo de 2017

EL ESPÍRITU SANTO, LA PALABRA Y LA ORACIÓN



Sábado 4 de marzo

LEE PARA EL ESTUDIO DE ESTA SEMANA: Juan 15:7; Mateo 7:7; Salmo 6:18; Santiago 1:6-8; 1 Juan 5:14, 15; Hechos 2:38.

PARA MEMORIZAR:

“Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles. Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu, porque conforme a la voluntad de Dios intercede por los santos” (Rom. 8:26, 27).

LA ESPIRITUALIDAD Y LA ORACIÓN VAN JUNTAS. No hay vida espiritual verdadera sin oración vigorosa. Después de la necesidad de arrepentimiento, quizás una de las más urgentes y mayores necesidades sea la de un reavivamiento de nuestra vida de oración. Las buenas nuevas son que incluso en nuestras oraciones no somos dejados sin la ayuda del Espíritu Santo. La oración nos acerca a Dios. La oración de fe nos capacita para vivir en respuesta a la abundancia de las promesas de Dios. La verdadera oración y la espiritualidad auténtica siempre tienen a Dios en el centro de nuestra atención, y ambas están fundamentadas en su Palabra.

No deberíamos estar basando nuestra vida espiritual en nuestra experiencia inestable y en sentimientos subjetivos, ni enfocando nuestras oraciones en prácticas contemplativas y de meditación dudosas. Más bien, nuestra espiritualidad debe ser guiada por la Biblia, y seguir la voluntad de Dios tal como es revelada en su Palabra. Es el Espíritu Santo el que despierta en nosotros un deseo de buscar la presencia de Dios y orar los unos por los otros.

LA ORACIÓN QUE PLACE A DIOS

Aunque cubiertas por un manto de piedad, muchas oraciones son guiadas por motivaciones cuestionables. Quizás oremos pidiendo que se salve la vida de una persona únicamente porque no nos gusta vivir solos. O podríamos orar pidiendo éxito en la obra de Dios porque jugamos un papel importante en ella. También puede ser que oremos por la conversión de una persona porque, entonces, nuestra vida será más fácil. A menudo, nuestras oraciones se centran más en lo que nosotros queremos en vez de en lo que Dios desea. La oración que place a Dios tiene un enfoque diferente.

Lee Juan 15:7. ¿Por qué es importante para nuestras oraciones que permanezcamos en Jesús y que sus palabras permanezcan en nosotros? ¿Qué enfoque diferente tendrán nuestras oraciones si no permanecemos en Jesús?

Buscar primeramente a Dios y disfrutar de su compañía es más importante que cualquier otra cosa que él nos pueda dar. Si Dios está en primer lugar en nuestra vida, deseamos hacer lo que él desea; sus pensamientos moldean nuestros deseos. Cuando Dios es el centro de la oración, comenzamos a orar desde su perspectiva. Empezamos a ver nuestra vida entera a través de los ojos de Dios. Esta perspectiva ennoblece la oración.

Dios está profundamente interesado en nosotros. Él anhela ser parte de todos los aspectos de nuestra vida: nuestros temores, preocupaciones, deseos, esperanzas, anhelos, éxitos, alegrías, fracasos; todo. Podemos hablar acerca de estas cosas con él como lo haríamos con un buen amigo. Y lo vemos todo a través de los ojos de él.

La oración no cambia a Dios; nos cambia a nosotros, porque somos llevados ante la presencia de Dios, que transforma vidas.

“Orar es el acto de abrir nuestro corazón a Dios como a un amigo. No es que se necesite esto para que Dios sepa lo que somos, sino a fin de capacitarnos para recibirlo. La oración no baja a Dios hacia nosotros, antes bien nos eleva a él” (CC 93).

¡Qué cita poderosa! ¡Explica tan bien la realidad de lo que la oración hace en nosotros y por nosotros! Solamente la oración nos convierte en receptáculos abiertos, listos para recibir la gracia, el poder y la presencia de Dios en nuestra vida. ¿Quién no ha experimentado en algún punto la realidad de cómo la oración puede acercarnos a Dios?

Piensa en tu propia vida de oración; es decir: qué cosas pides en oración, cuándo oras, por qué oras, etc. ¿Qué te dice esto acerca de tu propio estado espiritual y tu relación con Dios? ¿Qué cambios necesitas hacer?

EL FUNDAMENTO DE LA ORACIÓN BÍBLICA: PEDIR A DIOS

Lee Mateo 7:7. Antes de poder recibir algo de Dios, debemos pedirlo. ¿Por qué es tan importante que pidamos, si Dios ya conoce todas las cosas?

Pedir en oración revela nuestros deseos y expresa nuestra confianza en Dios. Por medio de la oración, nos acercamos a él, en quien buscamos apoyo y ayuda. Cuando pedimos algo a Dios, también le damos permiso públicamente para estar activo en nuestro favor. Dios desea que le pidamos. Desea que llevemos a él nuestros pedidos de oración. Si no le pedimos a él, no recibiremos las bendiciones que ha prometido. Jesús dijo: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” (Luc. 11:9, 10).

Lee Marcos 11:24; 1 Juan 5:14 y 15; y Salmo 66:18. ¿Por qué no hay pedido de oración demasiado grande para Dios? ¿Por qué es bueno saber que Dios es generoso y le gusta dar de su abundancia? ¿Cuál es el requisito para que Dios responda nuestras oraciones?

Verdaderamente, podemos pedir cualquier cosa a Dios. Ningún pedido es demasiado pequeño o poco importante para él. Ningún pedido es tan grande que Dios no pueda manejarlo. Él es omnipotente. Por fe, podemos reclamar toda promesa de la Biblia y recibir el don prometido de sus manos según su voluntad (2 Cor. 1:20).

Sin embargo, hay algunas condiciones que debemos cumplir a fin de recibir lo que estamos pidiendo. Si no estamos dispuestos a someternos completamente a Dios, y si nuestros pedidos reflejan solamente nuestros deseos egoístas y pecaminosos, Dios no responderá nuestras oraciones (ver Isa. 59:1, 2). Una condición importante para el cumplimiento de nuestras oraciones es que estemos dispuestos a seguir la voluntad de Dios y ser obedientes. “Todos sus dones son prometidos a condición de la obediencia” (*PVGM* 111). Sabiendo que Dios es generoso, podemos acercarnos confiadamente a él. “El Señor no es glorificado con una súplica débil que muestra que no se espera nada. Él desea que todo creyente se acerque al trono de gracia con fervor y certeza” (*RP* 286).

EL FUNDAMENTO DE LA ORACIÓN BÍBLICA: CREER

Lee Marcos 11:24. Además de pedir, ¿qué otro aspecto menciona Jesús en conexión con la oración?

No es suficiente con solamente pedir. Hay un segundo aspecto importante que debe estar presente en nuestras oraciones: la fe. El libro de Hebreos nos dice que “sin fe es imposible agradar a Dios” (11:6). Cuando nos arrodillamos ante Dios y abrimos la Biblia en cualquiera de sus más de tres mil promesas, y luego pedimos a Dios, con la simplicidad de un pequeño niño, que cumpla su promesa en nuestro favor, debemos creer que él hará, a su tiempo, lo que es mejor para nosotros.

Lee Santiago 1:6 al 8. ¿De qué forma describe el texto a la persona que tiene falta de fe? ¿Por qué es la fe un requisito para recibir los dones prometidos?

Si venimos a Dios, debemos creer que él existe y que recompensará a todo aquel que lo busca. La oración efectiva debe estar acompañada por fe, no solamente en que Dios *puede* responder, sino también en que *lo hará*, según su divina voluntad.

En la Biblia, la fe está relacionada con la confianza. Podemos confiar en alguien solamente cuando sabemos que la otra persona es confiable. Cuando tenemos dudas de que Dios cumplirá sus promesas, vacilamos y no podemos esperar recibir algo de él. Pero, creer significa fiarnos de la promesa de Dios. Significa que dependemos de Dios y de sus promesas, aun cuando nuestros sentimientos nos dicen lo contrario. Pues “la fe [es] la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Heb. 11:1). La fe se aferra de las promesas de Dios porque confiamos en lo que él ha dicho (11:11). La fe sabe que “es imposible que Dios mienta” (6:18). Dios es el mismo ayer, hoy y por los siglos (13:8). La fe sabe que, para Dios, nada es imposible (Luc. 1:37).

La fe abre la puerta a la casa del tesoro divino. Por medio del Espíritu Santo, Dios mueve los corazones de hombres y mujeres para que confíen en la Palabra de Dios y que, por fe, las oraciones puedan mover el brazo de la Omnipotencia.

¿Qué te ayuda a crecer más fuerte en la fe? ¿Qué aspecto de Jesús te ayuda a tener confianza en su disposición y habilidad para auxiliarte en tus momentos de necesidad?

EL FUNDAMENTO DE LA ORACIÓN BÍBLICA: RECLAMAR LAS PROMESAS DE DIOS

Toda fe es inútil si no reclamamos las cosas por las cuales hemos orado.

Lee 1 Juan 5:14 y 15. ¿Cuál es la razón por la que podemos tener confianza en que Dios nos oye y que recibiremos lo que le hemos pedido?

El tercer aspecto de la oración bíblica es la recepción. Después de pedir a Dios y creer en sus promesas, debemos reclamar lo que él ha prometido. Reclamamos las promesas de Dios cuando le agradecemos por lo recibido. De ese modo, las promesas son aplicadas a nuestro corazón. Elena de White dice que “podemos pedir [...] cualquier don que él haya prometido; luego tenemos que creer para recibir y dar gracias a Dios por lo que hemos recibido” (*Ed 233*).

En Lucas 8:11, Jesús compara la Palabra de Dios con una semilla. Del mismo modo en que el manzano entero está contenido en una semilla de manzana, el don de Dios está contenido en sus promesas. Cuando reclamamos una promesa y agradecemos a Dios por recibirla, ya poseemos el don que él ha prometido. Recibimos el don prometido por fe aun antes de poder sentirlo ni verlo.

El ejemplo de la resurrección de Lázaro en Juan 11 ilustra que Jesús oró de esta manera. Jesús sabía exactamente cuál era la voluntad de Dios en esta situación. Juan 11:11 nos dice que estaba dispuesto a hacer la voluntad de Dios y que fue obediente. En Juan 11:39 al 41, leemos que, por adelantado, Jesús agradeció al Padre por la resurrección de Lázaro, aun cuando Lázaro todavía estaba en la tumba. Cuando Jesús hubo agradecido a Dios, recibió el cumplimiento de su pedido. Como hijos de Dios, debemos vivir basados en las promesas de Dios, no en sus explicaciones. Aun cuando no podamos explicarlo todo, podemos confiar en sus promesas.

“El Señor dice: ‘Invócame en el día de la angustia’ (Sal. 50:15). Él nos invita a presentarle lo que nos tiene perplejos y lo que hemos menester, y nuestra necesidad de la ayuda divina. Nos aconseja ser constantes en la oración. Tan pronto como las dificultades surgen, debemos dirigirle nuestras sinceras y fervientes peticiones. Nuestras oraciones importunas evidencian nuestra vigorosa confianza en Dios. El sentimiento de nuestra necesidad nos induce a orar con fervor, y nuestro Padre celestial es movido por nuestras súplicas” (*PVGM 136*).

¿Por qué es tan importante, siempre, llevar todo a Dios en oración?

ORAR POR EL ESPÍRITU SANTO

Lee Efesios 3:16 y Hechos 2:38. ¿Qué nos enseñan estos textos acerca de recibir al Espíritu Santo en nuestra vida?

Hay muchas cosas por las cuales podemos orar, pero hay una gran necesidad en estos tiempos peligrosos en los que vivimos: es el don del Espíritu Santo. Este es el mayor don que Jesús podría dar. Al otorgar al Espíritu Santo, Dios no podría haber dado más a su pueblo. No hay nada que pueda añadirse a este don. (Después de todo, ¿qué se puede añadir a la Deidad misma?) Por medio del Espíritu Santo y de su obra en nuestra vida, todas nuestras necesidades son suplidas. La bendición del Espíritu Santo traerá consigo todas las otras bendiciones.

Hay, sin embargo, un obstáculo importante: nosotros mismos. A menudo, no estamos preparados para recibir al Espíritu Santo.

Como en los días de la iglesia del Nuevo Testamento, debemos percatarnos de que, primero, necesitamos arrepentirnos y entregar nuestra vida por completo a Jesús. Y sí, es solamente la influencia del Espíritu Santo lo que siquiera nos permite hacerlo.

Sin embargo, cuando respondemos a sus impresiones, arrepentirnos de nuestro pecado es la primicia de la obra del Espíritu en nuestra vida. En humildad y fe, tenemos que confesar nuestros pecados para que él pueda limpiarnos de toda injusticia. Debemos entender cuán caídos estamos, y cuánto necesitamos a Dios y su gracia en nuestra vida. Sin él, estamos perdidos, muertos en nuestros pecados y condenados a la perdición eterna.

Por ello, en oración ferviente, cumpliremos las condiciones sobre las cuales Dios ha prometido darnos su Espíritu Santo. Entonces, todo lo que tenemos que hacer es pedir a Dios, y él gustosamente nos dará su Espíritu. “El Padre celestial está más dispuesto a dar el Espíritu Santo a los que se lo piden que los padres terrenales a dar buenas dádivas a sus hijos” (RP 286).

Al igual que otras cosas espirituales, el don del Espíritu Santo nunca es un fin en sí mismo. El Espíritu es otorgado para elevar a Jesús, reproducir el carácter de Cristo en nuestra vida y habilitarnos para servir a otros en la edificación del cuerpo de Cristo, la iglesia. Por ello, cualquier práctica de adoración, pública o privada, que eleve al Espíritu por sobre Jesucristo está errada. Pues es por medio de Jesús que “tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Efe. 2:18).

PARA ESTUDIAR Y MEDITAR: Lee “Cómo aumentar la fe y la confianza”, *Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 105-115.

Sin oración, no tendríamos poder espiritual en nuestra vida, porque la oración nos conecta con la Fuente de ese poder. Sin oración, no tendríamos conexión vital con Dios. Nos convertiríamos en vasos vacíos, que podrían tener “apariencia de piedad”, pero negarían la eficacia del poder y la promesa de dones de lo Alto. Y, tal como lo hemos visto toda esta semana, sin duda, hemos recibido maravillosas promesas que nos hablan de cómo responde Dios nuestras oraciones. Pero ¿qué sucede con los momentos en que no recibimos lo que pedimos, aun cuando hemos hecho todo de nuestra parte para cumplir con los requerimientos divinos? “No os desaniméis si parece que vuestras oraciones no obtienen una respuesta inmediata. El Señor ve que la oración está mezclada a menudo con mundanalidad. Los hombres oran por aquello que satisfará sus deseos egoístas, y el Señor no cumple sus pedidos en la manera en que ellos esperan. Los pone a prueba, los lleva a través de humillaciones hasta que vean más claramente cuáles son sus necesidades. No da a los hombres aquellas cosas que complacerán un apetito pervertido y que resultarán en perjuicio del agente humano, llevándolo a deshonar a Dios. No da a los hombres aquello que complacerá su ambición y obrará simplemente la autoexaltación. Cuando acudimos a Dios, debemos estar dispuestos a someternos y a estar contritos de corazón, subordinándolo todo a su santa voluntad” (*ELC* 91).

PREGUNTAS PARA DIALOGAR:

1. ¿De qué modos la oración impacta en nuestra existencia espiritual entera? Es decir, ¿qué efecto tiene la oración en tu vida cuando oras? ¿En qué aspectos eres diferente después de haber orado, en relación con cómo te sentías antes de hacerlo?

2. ¿Qué dirías a alguien que ha orado mucho por algo, y no ha ocurrido lo que la persona esperaba y por lo cual oraba (por ejemplo, la sanación de un hijo enfermo o algo similar)? ¿De qué manera podemos aprender a confiar en Dios aun en situaciones como esta?

3. En clase, hablen de sus propias experiencias con la oración y sobre lo que significa para ti. ¿Qué has aprendido acerca de la oración que serviría de ayuda a otros que pueden estar luchando con comprender el propósito de la oración?

4. ¿Por qué es importante orar, incluso cuando no entendemos plenamente de qué forma funciona todo esto?

Lección 11: Para el 18 de marzo de 2017

ENTRISTECER Y RESISTIR AL ESPÍRITU



Sábado 11 de marzo

LEE PARA EL ESTUDIO DE ESTA SEMANA: Hechos 7:51; Hebreos 10:24, 25; Efesios 4:25-5:2; 1 Tesalonicenses 5:19-21; Marcos 3:28, 29.

PARA MEMORIZAR:

“Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención” (Efe. 4:30).

EL ESPÍRITU SANTO TIENE LA HABILIDAD única de guiar a los pecadores a darse cuenta de su verdadero estado de pecaminosidad. También despierta en nosotros un deseo de aceptar a Jesús y su perdón de nuestros pecados. El Espíritu Santo posee un poder sin igual para hacernos victoriosos y para capacitarnos a fin de reflejar el hermoso carácter de Jesús.

Al mismo tiempo, este fuerte y poderoso Espíritu Santo puede ser resistido por los débiles pecadores. Él no nos fuerza a aceptarlo.

El pecado es muy atrayente, muy seductor. Sin embargo, es altamente engañoso y lleva a la muerte. Es diametralmente opuesto a Dios, y su santidad y bondad puras. Reflejando esta santidad divina, el Espíritu Santo se opone al pecado en todas sus formas, y es contristado cuando pecamos y no estamos dispuestos a abandonar el pecado. Aunque es todopoderoso, el impacto positivo del Espíritu Santo puede ser apagado, y podemos resistirlo cuando continuamos en nuestra vida pecaminosa. Los evangelios incluso nos dicen que hay un pecado que no puede ser perdonado: la blasfemia contra el Espíritu Santo (Mat. 12:31, 32).

Esta semana estudiaremos textos bíblicos que tratan sobre el modo en que las personas entristecen, apagan y resisten al Espíritu Santo, y acerca del pecado que no será perdonado.

RESISTIR AL ESPÍRITU SANTO

Lee Hech. 7:51. ¿Qué advertencia fue dada aquí, y de qué manera se aplica a nosotros hoy también?

Hay varios pecados mencionados específicamente en las Escrituras como pecados contra el Espíritu Santo. Muchos de esos pecados están en el ámbito individual. Sin embargo, también hay dimensiones corporativas involucradas, como podemos concluir de Hechos 7:51. Esteban señala que sus acusadores son obstinados, como lo fueron los israelitas rebeldes cuando adoraron el becerro de oro (Éxo. 33:3). Resistieron al Espíritu Santo porque rehusaron escuchar las impresiones del Espíritu Santo a sus corazones, realizadas por medio de los profetas de Dios. Este patrón de oposición contra Dios y su plan finalmente llevó a algunos a rechazar las aseveraciones del Señor Jesucristo. En vez de seguir a Jesús, hicieron del culto externo un sustituto para la obediencia a la Palabra viviente de Dios.

Es un pensamiento increíble que seres humanos frágiles, creados por Dios y dependientes de él, sean capaces de ofrecer resistencia a la obra del Espíritu Santo y, en última instancia, a la gracia de Dios. Por más poderoso que sea Dios, él no fuerza nuestra libertad de elección. Respeta nuestras decisiones.

Después de todo, si Dios deseara forzarnos a serle obedientes, ¿por qué no lo hizo en el Edén, con Adán y Eva, y así le evitaba al mundo entero la crisis del pecado? Dios nos ha hecho seres libres, con el poder de tomar decisiones morales, ya sea para vida o para muerte, para bien o para mal. ¡Qué don sagrado (y costoso) hemos recibido!

Aunque todos son responsables por sus propias decisiones, también tenemos una responsabilidad corporativa: deberíamos animarnos el uno al otro para ser fieles, para obedecer la Palabra de Dios y mantenernos cerca de Jesús (Heb. 10:24, 25). Hoy, también resistimos al Espíritu Santo cuando resistimos la Palabra de Dios y cuando hacemos caso omiso al mensaje de sus profetas.

Es tan fácil mirar hacia atrás al antiguo Israel, y juzgar y criticarlos por todos sus errores. Pero ¿qué sucede con nuestras propias malas decisiones? ¿Cómo te sentirías si fueran hechas públicas como lo fueron los errores del antiguo Israel?

¿De qué maneras podemos estimular a otros “al amor y a las buenas obras” (Heb. 10:24)? ¿Cuál es tu responsabilidad a fin de fomentar en los demás “amor y buenas obras”?

CONTRISTAR AL ESPÍRITU SANTO – I

Lee Efesios 4:30. Aquí Pablo utiliza un imperativo y nos amonesta a no contristar al Espíritu Santo. ¿Qué significa contristar al Espíritu Santo?

El Espíritu Santo es un ser personal, no solamente una fuerza divina. Por eso puede ser contristado. Pero ¿de qué formas contristamos al Espíritu Santo? Quizá deberíamos recordar que una de las tareas del Espíritu Santo es abrir nuestros ojos al pecado (Juan 16:8). Él nos guía a Jesús, quien perdona nuestros pecados y nos santifica. Después de todo, el Espíritu de Dios es llamado “santo”. Esto significa que él odia el pecado. Pero se regocija cuando somos obedientes a Dios en todas las cosas, y pensamos y hablamos lo que es puro y santo. Por otro lado, esto también significa que es contristado cuando atesoramos cualquier cosa que no sea digna de su llamado divino. Cualquier determinación de nuestra parte para aferrarnos del pecado o restarle importancia a la seriedad del pecado lo entristece. Contristar al Espíritu Santo es algo muy serio.

El contexto de la declaración de Pablo en Efesios 4:30 acerca de contristar al Espíritu Santo trata sobre el estilo de vida que vivíamos antes de ser convertidos por Cristo, y lo que vino después de esa conversión. Como nuevas criaturas en Cristo, deberíamos ser pacientes y amables el uno con el otro, soportándonos en amor, y siendo diligentes para preservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz (Efe. 4:2, 3). Al haber sido renovados por el Espíritu (vers. 23), estamos ahora siguiendo a Cristo, nuestra nueva cabeza (vers. 15), y así no caminamos en la vanidad de nuestra mente, como lo hacen los gentiles (vers. 17). En vez de eso, vivimos una vida que es agradable a Dios (vers. 24-31).

Cuando permitimos que encuentren cabida en nuestro corazón cualquiera de las cosas negativas mencionadas en estos versículos del capítulo 4, y cuando se manifiestan en nuestras palabras y actos, entonces el Espíritu queda triste y contristado. Contristar al Espíritu Santo significa desdeñar su presencia santificadora y su poder transformador porque continuamos pecando voluntariamente.

El Espíritu Santo no es indiferente a nuestro modo de vivir. Lee Efesios 4:25 al 31, y haz una lista de comportamientos morales específicos que contristan al Espíritu Santo. ¿Por qué el Espíritu Santo es contristado por estas cosas?

CONTRISTAR AL ESPÍRITU SANTO – II

El hecho que el Espíritu Santo pueda ser contristado nos dice que Dios no es indiferente hacia nosotros, y hacia lo que decidimos y hacemos.

Lee Efesios 4:25 al 5:2. ¿Qué se nos indica aquí que hagamos, y cuán diferente sería nuestra vida si siguiéramos estos mandatos bíblicos?

En términos positivos: deleitamos al Espíritu Santo cuando hablamos la verdad en amor; cuando nos enojamos contra el pecado, pero no pecamos en nuestro enojo; cuando trabajamos con nuestras manos y utilizamos el producto de nuestra labor para hacer el bien a los necesitados; cuando hablamos de un modo edificante e impartimos gracia a quienes nos oyen; y cuando somos amables, tiernos de corazón y perdonadores.

Si afirmamos ser cristianos, pero vivimos como si Cristo nunca hubiese venido, y nuestra vida no es afectada por su dirección y su amor, entonces contristamos al Espíritu Santo. Cuando confesamos que creemos en la Verdad, pero el modo en que actuamos y nos comportamos contradice esa confesión, contristamos al Espíritu. Nuestros esfuerzos misioneros no deben estar divorciados de nuestro comportamiento ético. Si vivimos de tal manera que los demás se dan cuenta de que verdaderamente somos hijos de Dios y reflejamos a Jesús, traemos gozo al corazón de Dios.

Lee Efesios 4:3, 4, 15, 16 y 32. ¿Qué revelan estos textos acerca de los aspectos de la vida en comunión con otros cuando vivimos en el Espíritu? ¿De qué manera una vida llena del Espíritu se ve reflejada en la comunión con otros creyentes?

Es interesante que en Efesios 4 también haya aspectos de comunidad distintivos. La idea de unidad es mencionada varias veces. Pablo está preocupado porque mantengamos la unidad del Espíritu debido a que vivimos la vida de Dios en el contexto de “unos con otros” (vers. 32). La manera en la que nos relacionamos los unos con los otros en la iglesia, “solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (vers. 3), es una parte crucial de no contristar al Espíritu. El modo en que nos tratamos unos a otros en la iglesia, que es el templo del Espíritu Santo (1 Cor. 3:16, 17; 2 Cor. 6:16), es de importancia vital para el Espíritu de Dios.

Es bueno conocer la verdad y el mensaje de los tres ángeles (Apoc. 14:6-12); pero, pregúntate lo siguiente: ¿Cómo tratas a los demás, especialmente a aquellos que están bajo tu autoridad o aquellos que no pueden hacer nada por ti? Es decir, aquellos que no tienen nada para ofrecerte a cambio de tu buen trato.

APAGAR AL ESPÍRITU SANTO

Lee 1 Tesalonicenses 5:19 al 21. ¿De qué manera podemos apagar al Espíritu Santo?

La palabra “apagar” sugiere la idea de un fuego. La misma raíz griega de la palabra utilizada en 1 Tesalonicenses 5:19 aparece también en Efesios 6:16. Esto sugiere que hay algo acerca del Espíritu Santo que es como un fuego que podemos apagar. Deberíamos recordar que el Espíritu Santo hace dos cosas importantes por nosotros: nos da conciencia del pecado y nos da poder para vencer el pecado. Ambos están relacionados con la santificación.

Por medio de la Palabra de Dios, el Espíritu nos dice lo que necesitamos saber a fin de vivir una vida santa, y mediante su poder que mora en nosotros nos capacita para cambiar nuestra vida según este conocimiento. Una de las maneras por las que podemos evitar apagar al Espíritu es no menospreciar las profecías (1 Tes. 5:20). Pablo instruyó a los creyentes de Tesalónica para que no despreciaran los dichos proféticos, pero también pidió que tuvieran discernimiento (vers. 21). Aunque debemos ser abiertos al Espíritu en nuestra vida congregacional y no deberíamos apagar la obra del Espíritu Santo, también necesitamos discernimiento, porque las falsas enseñanzas y los falsos profetas continuarán asediando a la iglesia.

No todos los espíritus son benignos. Sin embargo, la Palabra de Dios, inspirada por el Espíritu, es una lámpara a nuestros pies y una luz en nuestro camino (Sal. 119:105). Por medio de la Biblia, tenemos una norma según la cual medir toda proclamación profética nueva. En los tiempos bíblicos, una lámpara de esas características contenía una mecha encendida que arrojaba luz ante los pies de quienes caminaban en la noche. La Biblia nos dice cómo “[andar] en el Espíritu” (Gál. 5:25). Esto lo hacemos al rendirnos a las enseñanzas de la Palabra de Dios y al obedecer las impresiones del Espíritu Santo mientras nos señala el camino por el cual debemos andar.

Muchos que profesan creer que la Biblia es la Palabra de Dios la interpretan de maneras que prácticamente despojan a las Escrituras de autoridad real, impidiéndoles tener ningún poder real en su vida. Además, cuando despreciamos la Palabra de Dios y la tratamos irrespetuosamente, o cuando no aplicamos sus enseñanzas en nuestra vida, estamos apagando esta lámpara que es dada para guiarnos en nuestro camino y despertar nuestra conciencia a las buenas obras.

Lee 1 Tesalonicenses 4:7 y 8. ¿Qué significa ser llamados “a santificación”? ¿En qué áreas de tu vida necesitas preguntarte si realmente estás actuando en santidad?

LA BLASFEMIA CONTRA EL ESPÍRITU SANTO

Lee Marcos 3:28 y 29; Lucas 12:10; y Mateo 12:31 y 32. Si todos los pecados y las blasfemias pueden ser perdonados, ¿qué es lo que no puede ser perdonado?

Quizá ningún otro pecado ha causado tanta incertidumbre y angustia entre los cristianos, y ha sido más malentendido, que la blasfemia contra el Espíritu Santo. Algunos piensan que Jesús tiene en mente algunos pecados específicos que son particularmente graves. Haríamos bien en recordar, sin embargo, que *todos* los pecados son infames ante Dios, aun cuando algunos pecados puedan tener consecuencias más drásticas que otros. Pero ¿qué quiso decir Jesús cuando habló acerca del pecado imperdonable?

En realidad, ninguno de estos textos dice que este pecado *no puede* ser perdonado; simplemente que *no será* perdonado. Recordemos: la obra del Espíritu Santo es llevar a los pecadores a una concientización de su pecado y despertar en ellos el deseo de aceptar a Jesús, el único que puede perdonar pecados. La blasfemia contra el Espíritu Santo, por lo tanto, debe ser entendida como un repudio deliberado y persistente a la obra salvífica de Jesús. Ocurre cuando un individuo voluntariamente y obstinadamente resiste el testimonio del Espíritu sobre Cristo, y su salvación y gracia.

Jesús no está hablando acerca de proferir palabras soeces y difamatorias. La blasfemia contra el Espíritu Santo es cometida únicamente en el contexto de una actitud de persistente incredulidad y abierta hostilidad hacia Jesús. Blasfemar contra el Espíritu Santo no es un episodio o una acción específicos; es un modo de vida determinado.

“En lugar de recibir la evidencia presentada delante de ellos, en lugar de reconocer en las obras de Cristo el unguimiento del Cielo, se aferraron obstinadamente a sus propósitos malvados y dijeron: ‘Él llevó a cabo esta maravillosa obra por medio del diablo’. Este fue el pecado contra el Espíritu Santo” (*LLM* 156).

Cuando el corazón humano está fijado en oposición obstinada hacia Dios y, por ende, rehúsa conscientemente darle a Jesús el lugar que merece, el corazón se endurece y no reconoce la verdad del testimonio del Espíritu Santo del sacrificio salvador de Jesucristo. Este pecado está más allá de las posibilidades de perdón, no porque Dios no tenga el poder o la voluntad para perdonarlo, sino porque la persona es incapaz de reconocer su pecado. Por lo tanto, esa persona no acepta el perdón en Jesús. Esta actitud, por supuesto, tiene consecuencias eternas.

¿De qué forma podemos estar seguros de que, más allá de lo que profesamos acerca de nosotros mismos, no estamos viviendo en oposición a Dios y resistiendo el Espíritu Santo? (Ver, por ejemplo, 1 Juan 5:3; Rom. 8:14.)

PARA ESTUDIAR Y MEDITAR: El mero hecho de que las personas pregunten ansiosamente si han cometido el pecado imperdonable revela que, con toda certeza, no lo han hecho. Si lo hubieran cometido, ciertamente no estarían preocupándose por ello. Su preocupación es toda la evidencia que necesitan de que, verdaderamente, todavía están abiertas a las impresiones del Espíritu. Lo que la persona debería hacer es reclamar la justicia de Jesús y, aferrándose a los méritos de Jesús, avanzar en fe y obediencia. Solamente bajo el manto de la justicia de Cristo, que es la “justicia de Dios” mismo (Rom. 10:3), pueden tener la paz y la seguridad que sienten que aún les falta.

En realidad, hay una sola persona a la que Dios no puede perdonar, y esa persona es la que rehúsa persistentemente venir a Jesús con arrepentimiento. “El pecado de la blasfemia contra el Espíritu Santo no radica en cualquier palabra o hecho súbito, sino en la firme y determinada resistencia contra la verdad y la evidencia. [...] No se debe considerar el pecado contra el Espíritu Santo como algo misterioso o indefinible; consiste en la negación persistente a aceptar la invitación al arrepentimiento” (“Comentarios de Elena de White”, *CBA* 5:1.068).

PREGUNTAS PARA DIALOGAR:

1. Si alguien se acercara a ti con temor de haber cometido el pecado imperdonable, ¿qué le dirías y qué textos bíblicos utilizarías para ayudarlo? ¿Por qué una comprensión de la salvación únicamente por la fe es tan crucial para ayudar a alguien que siente que está perdido y sin esperanza?

2. Apagamos al Espíritu Santo cuando nos rehusamos a actuar o hablar según su dirección en nuestra vida. ¿En qué aspectos estamos en peligro de apagar al Espíritu? Es decir, ¿en qué áreas de nuestra vida (si las hay) nos estamos resistiendo a la dirección de Dios, y cómo podemos aprender a entregarnos por completo?

3. A veces, Dios permite que aparezcan en nuestra vida ciertas circunstancias que nos enojan o no entendemos. Ese fue el caso, por ejemplo, con Job. ¿Por qué una actitud de resentimiento puede entorpecer la obra del Espíritu Santo en nuestra vida? ¿De qué manera podemos confiar más plenamente en Dios y someternos completamente a él, incluso en los momentos más difíciles?

4. Temerosos de ser “contaminados” por lo que consideran influencias corruptas en la iglesia, algunos se alejan por completo del cuerpo y prosiguen la marcha solos. ¿Cuál es el problema con esa idea y por qué no es el modelo bíblico que debe seguir un cristiano?

Lección 12: Para el 25 de marzo de 2017

LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO



Sábado 18 de marzo

LEE PARA EL ESTUDIO DE ESTA SEMANA: Juan 16:8-11; Romanos 5:10; Hebreos 4:15, 16; 1 Pedro 5:8, 9; 1 Juan 5:12, 13; Salmo 31:24.

PARA MEMORIZAR:

“Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo” (Rom. 15:13).

AL LLEGAR AL CIERRE DE NUESTRO ESTUDIO de este trimestre, sobre el Espíritu Santo y la espiritualidad, nos enfocaremos en una más de las obras decisivas del Espíritu, que aún no ha recibido nuestra atención.

Cuando Jesús anunció a los discípulos que iría al Padre, prometió enviarles al Espíritu Santo. “Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho” (Juan 14:26).

Según Jesús, el Espíritu Santo es un *parakletos*; es decir, un “ayudador”, o “consolador”, o un “abogado” que intercede por nosotros. Al mismo tiempo, Jesús también anunció la obra que este abogado llevaría a cabo: Él “convencerá” al mundo con respecto al pecado, la justicia y el juicio (Juan 16:8).

Durante esta última semana, estudiaremos con más detalle esta obra específica del Espíritu Santo, y cómo está relacionada con otros dos aspectos importantes de su ministerio en nuestro favor: nuestra seguridad de la salvación y la gloriosa esperanza que impulsa nuestra vida como discípulos de Jesucristo.

CONVENCER DE PECADO

Lee Juan 16:8 y 9. ¿Qué obra crucial hace por nosotros el Espíritu Santo, y por qué es tan importante?

Jesús llama *parakletos* al Espíritu Santo, una palabra rica en significado, y que transmite la idea de *ayudador*, *abogado* y *consolador*. El Espíritu Santo no se lanza a esta obra importante de convencimiento como el acusador de los hermanos o como fiscal. Él no es enviado por Jesús para condenarnos sino, más bien, para ayudarnos a ver nuestra necesidad de la gracia de Dios.

Solamente un consolador será recibido como un ayudador. Es una gran tragedia que los cristianos, por más bien intencionados que sean, a menudo se acerquen a los pecadores con un espíritu acusador en vez de ayudador. Si andamos por allí señalando el pecado en la vida de las demás personas, estamos haciendo, entonces, algo que Jesús no nos ha llamado a hacer. Después de todo, ¿quiénes somos nosotros para señalar el pecado en los demás cuando nosotros mismos no estamos libres de pecado?

Lee Romanos 2:1 y Mateo 7:3. ¿Qué mensaje debemos extraer de estos versículos?

Somos testigos de Dios, no acusadores de parte de Dios. Somos llamados a ser testigos del poder redentor de Dios, no a condenar a otros por sus equivocaciones. Al intentar convencer a los demás de sus pecados, asumimos un papel que no nos pertenece; esa es obra del Espíritu Santo.

Es el Consolador, no nosotros, el que “convencerá” (Juan 16:8) al mundo de lo que el pecado realmente es. En general, las personas que no han entregado su vida a Jesús no tienen una comprensión real de lo que el pecado verdaderamente es y de cuán destructivo puede llegar a ser.

La idea aquí no es que el Espíritu Santo hará una lista de actos erróneos. Más bien, el Espíritu va al pecado subyacente: incredulidad en Cristo Jesús (Juan 16:9). Nuestra mayor miseria y alienación no consiste en nuestra imperfección moral, sino en nuestro alejamiento de Dios y en rehusar aceptar a aquel a quien Dios envió con el propósito de rescatarnos de esa condición.

El problema fundamental de todo pecado es que no creemos en Jesús y, por ende, rechazamos al único que puede salvarnos de nuestro pecado y culpabilidad. Este es el pecado que coloca al yo en el centro de las cosas y rehúsa creer en la Palabra de Dios. Solamente el Espíritu Santo puede abrir nuestro corazón y nuestra mente a la gran necesidad que tenemos de arrepentimiento y de la redención que nos es ofrecida por medio de la muerte de Cristo por nosotros.

LA NECESIDAD DE JUSTICIA

Juan 16:8 dice que el Espíritu Santo convencerá al mundo no solamente de pecado, sino también de *justicia*. En otras palabras, el mundo, que no sabe lo que realmente es el pecado, tampoco sabe lo que realmente es la justicia.

Las personas no convertidas piensan que la moralidad externa es suficiente. No desean la justicia de Dios, sino la suya propia. Desean una justicia que provenga de sus propios actos externos, tales como la obediencia a la Ley de Dios. No obstante, nuestros actos de obediencia a la Ley nunca pueden justificarnos ante Dios.

En Isaías 64:6, el profeta describe los actos de justicia propia, del pueblo de su época, como “trapos de inmundicia”. Aun nuestra mejor justicia autopercebida con motivos religiosos es, de hecho, lo opuesto: injusticia.

Sin embargo, la justicia de Jesús es suficiente para nosotros. Cumple con todos los requisitos de la Ley de Dios. Es aceptada para Dios el Padre y podemos reclamarla para nosotros por fe solo en Jesucristo.

Lee Romanos 5:10; y Hebreos 4:15 y 16. ¿De qué manera se relaciona nuestra justicia con el ministerio viviente de Cristo en la presencia del Padre en el cielo?

La justicia que demanda la Ley se cumple en la vida perfecta de Jesús. Él murió por nosotros. Aunque fue rechazado por aquellos que le dieron muerte aquí en la Tierra, fue recibido por el Padre en el cielo. Mediante la resurrección, Dios el Padre colocó el sello de aprobación sobre la vida y la obra redentora de Jesús. Ahora, Jesús vive para interceder por nosotros (Heb. 4:15, 16) y deposita en nuestro favor los méritos de su muerte, porque nosotros no tenemos la justicia necesaria para la salvación.

De ese modo, podemos vivir porque él vive en nosotros. “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál. 2:20). Cuando Jesús vive en nosotros, caminamos por el Espíritu (Rom. 8:4) y recibimos una nueva vida espiritual por el poder del Espíritu (comparar con Gál. 3:2-5; 5:16, 18).

La exaltación de Jesús hacia el Padre vindica su presencia entre nosotros por medio del Espíritu. Fortalecidos por su Espíritu Santo, sus discípulos viven en conformidad creciente con Cristo.

¿Has experimentado la veracidad de lo “inmundos” que son, en realidad, tus propios intentos de justicia? ¿Qué te enseña esto acerca de tu necesidad de la justicia de Cristo?

CONVENCIMIENTO DE JUICIO

Lee Juan 16:8 y 11. ¿A qué juicio se está refiriendo Jesús? ¿Por qué este juicio es una buena noticia?

Resta una última convicción importante que forma parte de la obra del Espíritu: convicción acerca del juicio. Aquí es donde mucho de la predicación sobre este pasaje parece ir en la dirección equivocada. Generalmente, un debate sobre el pecado y la justicia parecen llevar a muchos profesos cristianos a pronunciar, sobre aquellos que rechazan a Cristo, una advertencia acerca del Juicio. Al hacerlo, su intención es advertir a los pecadores, a menudo con un matiz de temor, sobre el Juicio futuro que les espera.

Y, aunque ese Juicio es una realidad, Jesús no se está refiriendo a eso en Juan 16:11. El lenguaje indica que el Señor no está hablando del Juicio venidero, como lo hizo en Juan 12:48. Más bien, el aspecto del juicio al que se refiere aquí Jesús es la buena nueva de que Satanás ya ha sido juzgado en el Calvario. El diablo, el gran enemigo de la verdad, ahora está viviendo con tiempo prestado. El Juicio vendrá, pero el foco aquí está puesto en la certeza de que el príncipe de este mundo ya ha sido condenado (Juan 12:31).

Lee 1 Pedro 5:8 y 9. ¿Cómo describe Pedro a Satanás? ¿De qué manera podemos resistirlo?

El diablo, aun sabiendo que su tiempo es corto y que ha sido derrotado fatalmente en el Calvario, todavía está vivo. Y está furioso, intentando devorar al mayor número posible de personas. Sin embargo, es un enemigo vencido. Jesús ha obtenido la victoria. La sangre de Jesús nos hace libres.

Durante la Segunda Guerra Mundial, la invasión exitosa de Francia por parte de los aliados fue un golpe decisivo para las tropas nazis. Ese 6 de junio de 1944, estaba claro que Hitler había sido derrotado. No obstante, los once meses entre el Día D (cuando se inició el ataque) y el Día VE (8 de mayo de 1945, cuando finalizó la guerra en Europa) fueron los más sangrientos de todos. De manera similar, Satanás sabe que fue derrotado contundentemente en la Cruz, pero sigue peleando testarudamente e intenta devorar a todos los que pueda. En estos tiempos difíciles, somos llamados a ser sobrios y velar, y a echar todas nuestras ansiedades sobre Jesús, porque él tiene cuidado de nosotros (1 Ped. 5:7, 8).

¿Por qué el Juicio implica buenas nuevas? ¿Quién es nuestra seguridad en el Juicio? ¿Cómo podemos predicar acerca del Juicio de tal manera que inspiremos esperanza en vez de temor?

SEGURIDAD DE SALVACIÓN

Lee 1 Juan 5:12 y 13; Romanos 8:15 al 17; y 2 Corintios 5:5. Una vez que hemos aceptado a Cristo como nuestro Salvador, ¿por qué podemos tener la seguridad de la vida eterna? ¿Cuál es la base de esta seguridad?

El Espíritu Santo es el que guía a los pecadores a Jesús. La muerte sustitutiva de Jesús nos ha reconciliado con Dios. El perdón de Jesús nos libera para vivir una nueva vida como hijos adoptivos de Dios. Ya no somos enemigos de Dios (Rom. 5:10), sino que caminamos según el Espíritu (8:4) y ponemos nuestros pensamientos en las cosas del Espíritu (vers. 5). Si no tuviéramos al Espíritu de Cristo, no seríamos sus hijos y no perteneceríamos a él (vers. 9). Pero, ahora tenemos el testimonio interno del Espíritu Santo, que mora en nosotros. Él nos testifica que pertenecemos a Jesús, y que somos herederos de Dios y coherederos con Cristo (vers. 17). La misma vida poderosa que levantó a Jesús de entre los muertos está ahora activa en nosotros y, aunque antes estábamos muertos espiritualmente, nos da vida (vers. 10). Más aún, el Espíritu Santo también sella en nuestro corazón la seguridad de que, verdaderamente, pertenecemos a Dios. Habiendo oído y creído el evangelio de nuestra salvación, fuimos sellados en Jesús con el Espíritu Santo, que es otorgado como “garantía de nuestra herencia” (Efe. 1:13, 14; BA). Cada creyente puede tener esta seguridad (1 Juan 5:12, 13).

Lee Efesios 1:13 y 14. ¿Qué significa estar sellados con el Espíritu?

Aquellos que aceptan a Cristo son nacidos de nuevo; es decir, nacidos “del Espíritu” (Juan 3:3, 5). El Espíritu Santo sella este hecho en nuestro corazón para que podamos tener la seguridad de que estamos salvos y experimentar así el gozo que proviene de ser un hijo de Dios. El Espíritu Santo nos identifica como pertenecientes a Cristo. “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Rom. 8:9). Ahora tenemos un entendimiento de que Dios es nuestro Padre amante y que nosotros somos sus queridos hijos. El Espíritu Santo es el adelanto, el depósito o la garantía del don final de la vida eterna y la inmortalidad que nos será dada en la segunda venida de Jesús (1 Cor. 15:51-54). Esta es la marca distintiva de la fe auténtica. Es difícil que encontremos a un cristiano que pueda testificar con poder convincente sin tener esta seguridad.

“Hablemos de la fe, de la esperanza, del valor, y difundiremos luz por todas partes. Sigamos pensando en la puerta abierta que Cristo ha colocado ante nosotros y que ningún hombre puede cerrar. Dios cerrará la puerta a todo mal, si le damos la oportunidad. Cuando el enemigo llega como inundación, el Espíritu del Señor levantará para nosotros un baluarte contra él” (RH, 16 de abril de 1889).

EL ESPÍRITU SANTO Y LA ESPERANZA

Lee Romanos 5:4 y 5, y 15:13; y 1 Corintios 13:13. ¿De qué forma están relacionados el amor y la esperanza? ¿En qué sentido es fundamental el Espíritu Santo para darnos amor y esperanza?

El Espíritu Santo es el que ha derramado el amor de Dios en nuestro corazón. El amor incólume e inmutable de Dios es la razón y el fundamento de nuestra esperanza. Sin amor, no habría esperanza. Solamente el amor genera esperanza. Debido a que el amor de Dios está combinado con su fidelidad, tenemos la esperanza maravillosa de que él vendrá otra vez y nos llevará a su Morada celestial.

Lee Salmo 31:24. ¿Qué efectos tiene la esperanza en nosotros?

La esperanza inspira. La esperanza da nuevas fuerzas, y nos permite cantar y estar gozosos. La esperanza es esencial para la vida. Sin esperanza, ¿cuál es el propósito de la vida?

Tener esperanza, sin embargo, no es lo mismo que ser optimistas. El optimista piensa que todo mejorará: el clima, la economía, las notas en la escuela, las finanzas, etc. La esperanza, en contraste, no es un optimismo ciego. Más bien, está fundamentada en la fidelidad de Dios y en las promesas que él ha hecho. La esperanza cree que Dios cumplirá lo que ha dicho, porque es fiel y verdadero. Dios ha probado ser digno de confianza, y no cambia. Su inmutabilidad y su verdad son el fundamento de nuestra esperanza.

Sin duda, también, el fundamento de nuestra esperanza se encuentra en Jesús y en la Cruz. No es posible ver la realidad del amor de Dios por nosotros de un modo más poderoso que cuando miramos a la Cruz. Esta, que significa la muerte de Jesús por nuestros pecados, nos da a nosotros y al universo una revelación sin igual de cómo es verdaderamente nuestro Dios. Por lo tanto, siendo seres caídos y temporales en un vasto e inmenso cosmos, podemos encontrar esperanza, no en nosotros o en cualquier cosa “grandiosa” que podamos lograr, sino en nuestro Dios, un Dios que se ha revelado a nosotros en la Cruz.

¿De qué manera la esperanza del advenimiento está fundamentada en las promesas fieles de Dios? ¿De qué forma la esperanza influye en nuestra vida? ¿Cómo podemos desarrollar un estilo de vida que refleje esperanza en vez de desesperanza?

PARA ESTUDIAR Y MEDITAR: Lee algunas porciones de *Recibiréis poder*, especialmente la sección de octubre: “Preparados por el Espíritu”.

Podemos resumir la actividad del Espíritu Santo al decir que obra armoniosamente junto con Dios el Padre y Dios el Hijo, para lograr nuestra salvación. El Espíritu Santo nos despierta de nuestra muerte espiritual. Nos lleva a una comprensión de nuestra pecaminosidad y abre nuestros ojos al hecho de que estamos perdidos, en nosotros y por nosotros mismos. El Espíritu enciende en nuestro interior el deseo de cambiar y nos lleva a Jesucristo, el único que puede suplir las necesidades de nuestro fuero más íntimo. Nos da la seguridad de la salvación porque siempre nos señala a Jesús y a lo que Jesús ha hecho por nosotros. Nos hace más semejantes a Jesús. Nos mantiene fieles en nuestro caminar con Dios. Nos capacita para cumplir con la voluntad de Dios e involucramos eficazmente en la misión. Genera la Palabra escrita de Dios como nuestra guía y norma segura, para nuestra vida y doctrina cristianas. ¿Dónde estaríamos sin el Espíritu Santo? Seríamos miserables y estaríamos perdidos, y no podríamos hacer nada que diera gloria y honor a Dios. Gracias a Jesús por haber prometido y enviado al Espíritu Santo. “El Consolador era el más excelso de los dones que podría solicitar al Padre con el propósito de exaltar a su pueblo” (*RP* 15).

PREGUNTAS PARA DIALOGAR:

1. Medita un poco más en la pregunta sobre qué es el pecado y qué es la justicia. Dado que somos cristianos que creemos en la Biblia como la Palabra de Dios, ¿por qué nuestra comprensión de lo que es el pecado y la justicia debería ser distinta de la de quienes no creen en la Biblia? ¿Cuáles son esas diferencias? ¿Qué nos enseña la Biblia acerca del pecado y de la justicia que otras fuentes no dicen?

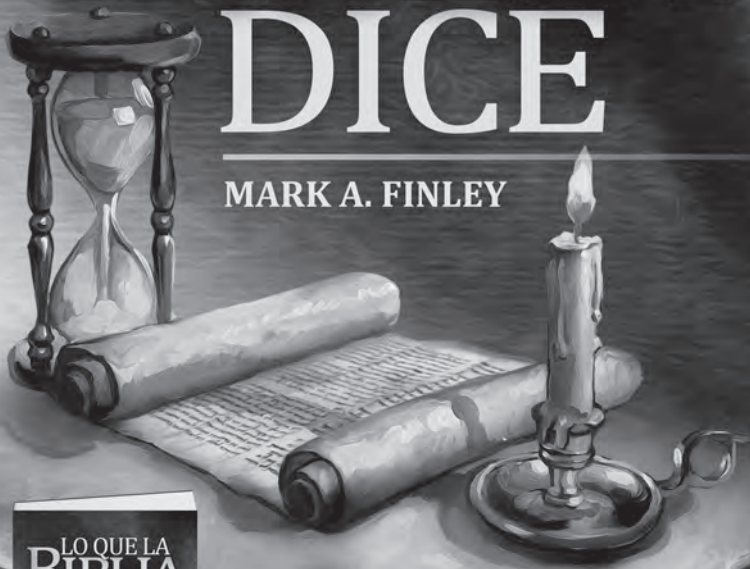
2. Comparte con los miembros de tu clase de Escuela Sabática qué aspecto de la obra del Espíritu Santo ha sido más valioso para ti. ¿Por qué es tan importante y de qué manera ha impactado en tu vida?

3. En clase, hablen sobre la esperanza que tenemos en Jesús. ¿Cuáles son las razones de esa esperanza? Es decir, si alguien te preguntara por la “razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Ped. 3:15), ¿qué respuesta podrías dar y por qué? ¿Cuán convincente podría ser tu argumento?

4. La lección de esta semana habló acerca de la seguridad de la salvación. ¿Qué es la seguridad de la salvación? Y si la tenemos, ¿por qué la tenemos? ¿Sobre qué debe estar basada? ¿De qué manera difiere de la presunción?

LO QUE LA BIBLIA DICE

MARK A. FINLEY



¿Por qué estoy aquí?
¿Qué me depara el futuro?
¿Cómo puedo vivir para siempre?
¿Qué significan las profecías del Apocalipsis?
¿Si Dios es tan bueno, ¿por qué hay tanto sufrimiento en el mundo?

Con esta guía de estudios, podrá entender mejor lo que la Biblia dice. Permita que la Palabra de Dios responda sus preguntas más profundas y hable a los anhelos más profundos de su corazón.

Tapa dura, 526 páginas
0-8163-9266-8



Pacific Press[®]
Publishing Association

Tres maneras para comprar:

1 Local	Adventist Book Center [®]
2 Llamar	1-888-765-6955
3 Internet	LibreriaAdventista.com

NOTAS

NOTAS

NOTAS

NOTAS

NOTAS



Mark A. Finley **10 Días en el APOSENTO ALTO**

El Pentecostés marcó una diferencia dramática en la vida de los primeros discípulos, y también puede producir un cambio radical en la nuestra. Llenos del poder del Espíritu Santo, los hijos de Dios cambiarán el mundo.

0-8163-9285-4
Cuaderno de estudio
US\$9.99



Disponible en Norteamérica a través de la Pacific Press® y las Agencias de Publicaciones (ABC).



©2012 Pacific Press®
Publishing Association
25591253

Por favor póngase en contacto con su ABC para conocer los precios en Canadá.

Tres maneras para comprar:

1 Local	Adventist Book Center®
2 Llamar	1-888-765-6955
3 Internet	LibreriaAdventista.com

CLAVE DE ABREVIATURAS

BA	<i>La Biblia de las Américas</i>
CBA	<i>Comentario bíblico adventista, 7 tomos</i>
CC	<i>El camino a Cristo</i>
COES	<i>Consejos sobre la obra de la Escuela Sabática</i>
CS	<i>El conflicto de los siglos</i>
DTG	<i>El Deseado de todas las gentes</i>
Ed	<i>La educación</i>
ELC	<i>En los lugares celestiales</i>
Ev	<i>El evangelismo</i>
FV	<i>La fe por la cual vivo</i>
HAp	<i>Los hechos de los apóstoles</i>
LLM	<i>Loma Linda Messages</i>
MS	<i>Mensajes selectos, 3 tomos</i>
NEV	<i>Nuestra elevada vocación</i>
NVI	<i>La Biblia, Nueva Versión Internacional</i>
PVGM	<i>Palabras de vida del gran Maestro</i>
RH	<i>Review and Herald [Revista Adventista, en inglés]</i>
RP	<i>Recibiréis poder</i>
RVA	<i>La Santa Biblia, versión Reina-Valera Actualizada (1989, Junta Bautista)</i>
RVR	<i>La Santa Biblia, versión Reina-Valera (revisión 1960)</i>
TI	<i>Testimonios para la iglesia, 9 tomos</i>

DATOS BIBLIOGRÁFICOS

Chadwick, S., en Arthur Walkington Pink. *The Holy Spirit*. Bellingham, Wash.: Logos Bible Software.

Cole, Graham A. *He Who Gives Life: The Doctrine of the Holy Spirit*. Wheaton, Ill.: Crossways Books, 2007.

Froom, LeRoy Edwin. *La venida del Consolador*. Buenos Aires: ACES, 1990.

Packer, J. I. *Keep in Step With the Spirit: Finding Fullness in Our Walk with God*. Grand Rapids: Baker Books, 2005.